



*ECOS de
amor*

Mimi Romanz



Ecos de amor

Por

Mimi Romanz

Copyright © 2016 Mimi Romanz
Corrección, maquetación
y diseño de portada: LoEs
Imágenes: Fotolia.com

Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la

reprografía y el tratamiento informático,
al igual que la distribución de
ejemplares mediante alquiler o
préstamos públicos sin permiso expreso
del autor de la obra.

ISBN: 153021291X
ISBN-13: 978-1530212910

Para Mar y Yolanda,
que me prestaron los nombres
de sus más grandes tesoros
para dar vida a sus protagonistas

y poder crear esta historia.

Capítulo 1

—¿Qué? —Carla abrió grande los ojos ante las palabras que acababa de expresarle su amiga—. ¿Acaso te volviste loca? No. No pienso hacerlo, ni lo sueños. —Cruzó los brazos sobre su pecho y frunció el ceño al mismo tiempo que enfatizaba su negativa con la cabeza.

—Eres la mejor en el tema, Carla. ¿Quién más podría ayudarle? ¿Yo? — Almudena imitó su gesto y se paró frente

a ella para detener sus pasos—. Vamos, no veo por qué no puedes hacerlo.

Carla la fulminó con la mirada. Sí, solía jactarse de que lo era, pero lo que Almudena pretendía que hiciera podía poner en jaque aquello que venía planificando desde hacía tiempo.

—Vale —aceptó Almudena—. Pero podrías hacerme el favor a mí, ¿no?

Cerró los ojos en un gesto cansino y resopló. «Lo que me faltaba», pensó. Esa jugada era digna de su amiga, que sabía que no podía negarse a nada de lo que le pidiera.

—¿A ti? —intentó hacerse la desentendida, aunque estaba segura que no le serviría de nada.

—¡Ja! Muy graciosa. De más está que

te recuerde que estoy loca por Rodrigo. Anda, ayúdame. Mientras tú le das clases a Julio, yo puedo entretener a su amigo. —Le guiñó un ojo.

Carla se retiró las gafas y frotó los cristales con la parte baja de la camisa que llevaba puesta, los levantó para mirarlos a contraluz y volvió a ubicarlos sobre el puente de su nariz. Lo haría, aun a costa de saber lo que ello implicaba, pero quería hacerla rogar un poco.

—Por favor, por favor, por favor —suplicó Almudena, juntando las manos.

—Está bien —dijo al fin—, sabes que no puedo decirte que no, pero que conste que me debes un favor, y uno muy grande.

Almudena soltó un grito de alegría y la abrazó efusivamente.

—Pero que quede claro que será de acuerdo a mis horarios. Si no puede, lo lamento —sentenció.

—Lo que tú digas. Eres la mejor amiga en todo el mundo. Voy derechito a contarle a Julio.

Carla no tuvo opción a nada, su amiga apenas se despidió y, rauda, desapareció de su vista y la dejó sola. Se acomodó la mochila en el hombro y se encaminó a la parada del autobús para regresar a su casa. Como siempre, no prestó atención a nada ni a nadie, pero el sí que le había dicho a Almudena no la dejaba mantener la

mente en otra cosa. No se caracterizaba por ser tímida, pero darle clases a uno de los chicos por el que más de una chica suspiraba —y ella no era la excepción—, tenía que reconocerlo, la ponía un poco nerviosa.

Suspiró con resignación antes de entrar a su casa, ya no había vuelta atrás, y debía acomodar sus horarios para pasar unas horas con Julio, seguramente, en la biblioteca, porque no deseaba tener un encuentro con él en ningún otro lugar que no fuera ese, y siendo que tanto Almudena como Rodrigo y Julio también vivían en Cartes, sabía que esa era la mejor opción.

—Llegué —gritó al traspasar la puerta, para que su madre estuviera al

tanto, y subió las escaleras directo a su habitación. Se descalzó incluso las medias; adoraba sentir la piel sobre el frío suelo, y más cuando el calor comenzaba a hacerse notar. Tiró la mochila sobre la cama, se deshizo de la chaqueta y se cambió el vaquero por un pantalón corto. Lista para la merienda, bajó y se dirigió a la cocina.

—Hola, peque —saludó a su hermana menor, Dara, que ya estaba sentada a la mesa con un tazón de cereales frente a ella. Esta le respondió apenas meneando la cabeza, concentrada en el cómic que tenía entre manos.

—¿Qué tal tu día, cariño? —la voz de su madre sonó detrás de la puerta

vaivén que separaba la cocina del comedor.

—Normal —mintió, no le iba a contar sobre la ayuda que debía brindarle a Julio; no era que no quería hacerlo, pero prefería mantener justo esta en silencio. Su madre la conocía muy bien y, con solo una mirada directa a sus ojos, podía descubrir todo lo que ocurría en su interior—. Nada nuevo ni interesante. Siendo el año final de instituto, parece que todos están más relajados, aunque, claro, siempre están los rezagados que piden un empujón a último momento.

—¿Quién lo hizo en esta ocasión? — Su madre entró al comedor con una bandeja en las manos.

Carla se reprochó a sí misma; su boca había hablado de más.

—Eh... un conocido de Almudena — dijo y cogió una taza para servirse leche y evitar el tema—. ¿Me pasas el chocolate, por favor?

A su madre no le pasó desapercibido el cambio en su hija. Era común que ayudara a otros compañeros, ya fueran de su mismo curso o de otros, y solía nombrarlos a todos; de hecho, tenía un registro de cada uno en un cuaderno, cual profesora que pasaba lista y ponía notas. Le alcanzó el frasco y se la quedó observando.

—¿Y no tiene nombre ese chico? Porque es raro que no lo digas.

Carla tragó saliva, de repente, no tenía palabras para argumentar lo que quería ocultar, mas algo le saldría.

—Supongo que sí —señaló sin apartar la vista de la taza—, pero Almudena solo me dijo que es un amigo de Rodrigo, ya sabes, el chico del que está locamente enamorada.

—Ahora entiendo —comentó su madre—. Mientras tú le das clases, ella entretiene a Rodrigo.

Carla levantó la cabeza, ¿era bruja, acaso? Eso mismo le había dicho Almudena.

—No me mires así, hija, es entendible. Además, ¿a quién le van a pedir ayuda si no es a la mejor alumna?

Estoy muy orgullosa de ti, cielo.

—Gracias, mamá. —Carla respiró aliviada y volvió a centrarse en su taza. Por suerte, su madre zanjó el tema, o eso le pareció, y pasó a amonestar a su hermana menor por tener la nariz tan metida en la revista.

De vuelta en su habitación, sacó los cuadernos de la mochila, junto a su agenda, y se sentó en la cama. Puso un almohadón sobre sus piernas cruzadas y apoyó la espalda en el cabecero. Tenía que planificar sus horarios, y mal que le pesara a Julio, iba a tener que conformarse con que le diera una sola clase a la semana, al fin y al cabo no era al único al que debía ayudar.

A la mañana siguiente, cuando llegó

al instituto y divisó a Almudena, sintió que las piernas se le aflojaban, ya que su amiga estaba acompañada por Rodrigo... y Julio. Su corazón latió frenético, sin embargo, demostró la estabilidad e indiferencia que solía anteponer ante todos los chicos.

—Hola —los saludó en cuanto estuvo frente a ellos.

Los tres respondieron al unísono, y Julio continuó hablando:

—Gracias por la ayuda que me darás.
—Le dedicó una sonrisa radiante, de esas que lograban derretir a todas las chicas.

—No es nada. Espero que puedas los miércoles a las cinco de la tarde, es el

único horario que tengo disponible —le dijo de forma seca mientras su mente no dejaba de repetir «ojalá que no, ojalá que no», y su interior se descontrolaba por su gesto.

—Me viene perfecto. ¿En tu casa o en la mía? —le preguntó.

—En la biblioteca —respondió—. Y sé puntual, si llegas tarde, no me encontrarás.

—Allí estaré en hora, te lo aseguro. —Le guiñó un ojo, le dio las gracias y se marchó jovial junto a su amigo.

Almudena se la quedó observando y frunció el ceño antes de hablar:

—¿Me puedes decir qué es lo que te pasa? ¿Acaso estás loca, Carla?

—No sé de qué estás hablando.

—De que vas a dejar pasar la mejor oportunidad que puedes tener si no abres los ojos. Creo que le gustas a Julio.

—Déjate de tonterías, Almu, eso no es verdad. Ya es hora de entrar, y sabes que detesto llegar tarde.

Su amiga bufó, pero la siguió y se puso a la par. Tal vez Almudena tuviera razón, pero no quería hacerse falsas ilusiones. Por otra parte, estaba decidida a terminar el instituto con honores y meterse de lleno en su futura carrera. No podía permitir que nada se interpusiera en su camino, y eso significaba también que ningún chico fuera un obstáculo, sin importar que uno ya hubiera tocado su corazón.

Julio no podía estar más feliz, y su amplia sonrisa así lo demostraba. Había conseguido que Carla le hablara, lo cual ya era un gran paso después de casi tres largos años sin animarse a acercarse a ella. Sí, podía ser que fuera uno de los chicos por los que más de una chica suspiraba, pero él solo tenía ojos para Carla. Lo había hipnotizado con su indiferencia y su vista siempre perdida en algún libro. Y aunque era cierto que solía pasearse con alguna compañera, solo lo hacía para ver si ella se dignaba siquiera a mirarlo. Pero no, Carla no

daba muestra de registrar su presencia. Pensó que, tal vez, no fuera de su tipo, sin embargo, estaba seguro de que no era así. Rodrigo, quien había comenzado a sentir algo por Almudena, no había dudado en ayudarlo a saber más sobre ella. Cada vez que entablaba una conversación con Almudena, intentaba que los cuatro salieran a bailar o a tomar algo, en plan amigos, claro. Pero ella siempre respondía lo mismo, que no estaba interesada y que tenía mucho que estudiar.

Casi desistió de seguir buscándola, mas era perseverante y cabeza dura, por lo que no lo hizo. A menos que ella le plantara que no quería saber absolutamente nada con él, no bajaría

los brazos. Y así fue como se le ocurrió la idea de ser uno de los tantos jóvenes a los que solía ayudar. No era que la necesitara realmente, podía decir que sus calificaciones estaban apenas por debajo de las de ella (sí, las sabía gracias a Almudena), pero era la única opción que tenía para lograr llegar a Carla. La palabra estudio era infalible para que ella no pudiera decir que no.

Y allí estaba él, frente a la biblioteca y diez minutos antes de lo que habían acordado. No le importó que su amigo le recriminara el que no asistiera a la práctica de fútbol ni que se marchara antes de terminar la jornada escolar. Ni bien sonó el timbre de salida para el

almuerzo, cogió sus pertenencias y se largó a su casa; quería poder ducharse y regresar sin contratiempos.

Su rostro se iluminó cuando divisó que Carla se acercaba. Estaba hermosa, y no podía dejar de observarla. Vestía un jean algo gastado, una camisola suelta y una cazadora encima. De su hombro colgaba la mochila que, imaginaba, estaba cargada de cuadernos y libros, y en una de las manos, otros tantos se aprisionaban contra su pecho. Su cabello, como solía ser, estaba atado en una cola de caballo, y ante sus ojos y bajo el flequillo, la montura roja de sus gafas le daba ese toque de intelectual que tanto adoraba en ella.

Podía ser un adolescente con las

hormonas revolucionadas, como le decía su madre, pero estaba más que seguro de que le había entregado su corazón desde el mismo momento en que la había visto. Solo esperaba que ella lo aceptara y él poder hacerse con el suyo, aunque sabía que le iba a costar.

—Hola —la saludó cuando estuvo a su lado.

—Eres puntual —respondió ella, pasó por su lado y avanzó hacia el interior de la biblioteca sin siquiera saludar.

Julio negó con la cabeza, iba a necesitar más paciencia de la que suponía si quería lograr su cometido. Dejó escapar el aire contenido en sus

pulmones y la siguió.

Y así fueron los tres encuentros que siguieron a ese. Carla se concentraba mientras escribía números y símbolos en su cuaderno. Las palabras salían de su boca, pero Julio apenas si les prestaba atención. Él solo podía centrarse en lo bella que la veía y en lo musical que le sonaba su voz cada vez. Atontado, así estaba. Pero no le importaba en absoluto.

—... y cuando uno se oxida, siempre hay otro que se reduce. Es el principio de este tipo de reacciones, solo debes tener en cuenta la cantidad de átomos en cada lado para que quede igualada la ecuación —aclaró Carla mientras terminaba de hacer unas anotaciones

junto a los elementos químicos expresados en el papel. Levantó la vista para observar a su receptor y apretó el lápiz entre sus dedos cuando lo vio con la cabeza apoyada sobre su mano y con una sonrisa tonta en sus labios, que desapareció en cuanto un bostezo hizo acto de presencia. Más que un chico que necesitaba ayuda, parecía un oso que recién se despertaba de su receso invernal. Sin decir una palabra más, cerró de un golpe los libros y cuadernos.

—¿Qué? —preguntó Julio como si nada.

—No sé para qué me molesto —refunfuñó—. Son todos iguales —agregó al tiempo que metía los útiles en su

mochila.

—Espera, ¿qué haces?

—¿Acaso no es obvio? —Lo fulminó con la mirada—. Me voy, solo estoy perdiendo el tiempo contigo.

—¡Oye! ¡Eso no es verdad! —se defendió.

—¿No? Tu cara y tu bostezo me dicen lo contrario.

—Aunque no lo creas, presté mucha atención, tanto que te diré que no va un dos delante del ion amonio, sino tres.

Carla apretó los dientes y frunció el ceño.

—No es cierto.

—Compruébalo tú misma —señaló.

A regañadientes, abrió el cuaderno y buscó la hoja con las anotaciones.

Mentalmente, revisó la ecuación.

—¿Ves? —Julio se acercó a ella y le indicó el error—. Son tres. Tenía razón. No eres tan perfecta, ¿eh? —Apenas la empujó con su cuerpo.

Carla sintió el roce y contuvo la respiración. Dio un paso al costado y guardó el cuaderno.

—Nadie dijo que lo era —expresó enojada, más consigo misma que con él, por equivocarse. «El muy capullo», pensó, «le habrá atinado de suerte que tiene»—. Errar es humano.

—¿No será que mi presencia te pone nerviosa? —se burló él.

—Sí, claro —se mofó ella, aunque sabía que mentía en toda regla. Miró su

reloj pulsera para cambiar de tema—. Por hoy terminamos. Se me hace tarde y tengo cosas que hacer. —Se giró con la intención de salir

—¿El miércoles a la misma hora? —le preguntó.

Carla se dio la vuelta y lo observó; se había vuelto a sentar y estaba con las manos cruzadas sobre el vientre y los pies apoyados en el borde del escritorio. No pudo evitar suspirar en su interior, por más que no quería reconocerlo, era guapo, y su forma tan amigable de ser lograba conquistar a todas. Ella no era la excepción, sin embargo, intentaba mostrarse lo más indiferente y taciturna que le fuera posible, no quería ser una más en su

lista de conquistas.

—Es bueno que me lo recuerdes. —
Le dio un manotazo para bajarle las
piernas de la mesa—. El próximo no
puedo. —Sin darle mayores
explicaciones, ya que tampoco las tenía,
volvió a darle la espalda y se dirigió a
la puerta.

—¿Cómo que no? El examen final
está a la vuelta de la esquina, y todavía
me falta mucho por entender —le dijo al
mismo tiempo que se ponía de pie y
daba los pasos para llegar hasta ella—.
¿Acaso no te interesa que apruebe?

Carla se detuvo.

—La verdad, me da igual si te va
bien o mal —declaró sin mirarlo.

—¿Y por qué me ayudas entonces?
¿Te gusta perder el tiempo conmigo? —
La cogió del brazo y la hizo girar para
que viera la sonrisa socarrona que tenía
en su rostro.

Carla sintió la calidez de su mano
sobre la piel, contuvo una vez más la
respiración y le respondió lo más
serenamente que pudo.

—Por empezar —se soltó del agarre
—, si te ayudo, es porque me lo pidió
una amiga. Segundo, me parece que no
la necesitas mucho. Y para terminar,
nunca pierdo mi tiempo cuando se trata
de estudiar.

A Julio no le pasó desapercibida la
calma que ella quería mostrar ni

tampoco el hecho de que le respondiera. Carla era distinta a la mayoría de las chicas; casi todas, ante una situación similar, reían tontamente, se sonrojaban y le seguían la corriente. La observó detenidamente por unos segundos, su blanca tez le daba un aspecto jovial. Como solía ser, llevaba el cabello color miel atado en lo alto y con un leve flequillo sobre ls frente; largas pestañas cubrían unos ojos marrón oscuro, tan intensos que casi podía asemejarlos a una noche sin luna. Tenía una nariz algo respingona, pero que cuadraba a la perfección en su rostro redondeado, y unos labios carnosos y sonrosados que deseó probar. Tragó saliva, se había babeado con solo verla y no era ni el

lugar ni el momento para perder lo poco que había conseguido con ella si intentaba besarla como estaba pensando. Apartó los pensamientos de su cabeza y le respondió de la misma manera:

—Por empezar —repitió—, tu amiga solo actuó en su beneficio. Segundo, lo creas o no, necesito de tu ayuda. Y para terminar, te contradices, porque hace unos minutos te querías ir por perder el tiempo conmigo. ¿Me equivoco?

—Eres un idiota —soltó ella, le dio la espalda y se alejó.

«Lo soy», pensó Julio al mismo tiempo que se maldecía por haber bostezado justo cuando ella lo observó. «Tendrías que haber disimulado», se reprochó,

pero cómo podía hacerlo si se había quedado hipnotizado con solo verla. Golpeó la puerta con el puño. «Voy a tener que ser más inteligente la próxima vez». Con ese pensamiento en su cabeza, volvió hacia el escritorio, guardó sus útiles y dejó la biblioteca él también.

Capítulo 2

En las dos semanas que pasaron hasta un nuevo encuentro, Carla estaba que echaba chispas. Por un lado, la mentira que le había dicho a Julio para no verlo no hacía más que corroborarle a sí misma lo nerviosa que se ponía ante su presencia. Por más que el estudio era

una prioridad en su vida, no podía evitar sentir que su corazón se moría por él. Quizás, y siguiendo el razonamiento de Almudena, tendría que darle una oportunidad, creer en que Julio podía estar interesado en ella, y ver la posibilidad de, al menos, intentar tener un corto noviazgo con él. Sin embargo, eso solo podía ser una quimera. Dudaba de que un chico tan popular como Julio pudiera fijarse en alguien como ella, siempre metida en los libros y el estudio. Había intentado tener algo, por llamarlo de alguna manera, con uno de sus compañeros, pero sus constantes excusas a la hora de salir a divertirse habían logrado que el chico la dejara

por otra que le prestara más atención y le diera lo que andaba buscando.

Definitivamente, el amor no entraba en sus planes, los cuales tenía más que estructurados y detallados para poder iniciar el magisterio que tanto deseaba cursar. Y a ello se le sumaba el irse a vivir a Santander. Era cierto que no distaba mucho de la casa de sus padres, sin embargo, tenía la necesidad de valerse por sí misma. Incluso se consiguió un pequeño trabajo para poder darse los gustos que quería —sus progenitores le habían obsequiado el departamento en el cual viviría. No estaba dispuesta a perder por nadie lo que tanto deseaba.

Guardando en su interior todo

aquello que pudiera sentir, se cubrió con ese halo de indiferencia con el que solían caracterizarla y se presentó, una vez más, en la biblioteca, donde Julio la esperaba con una flamante sonrisa. Ralentizó sus pasos a pocos metros; por más que intentaba no prestarle atención, le era imposible no observarlo. En esta ocasión, vestía un chándal y un jersey en tono gris que hacían resaltar su cuerpo delgado pero fibroso. Su pelo, castaño y algo revuelto, enmarcaba su rostro de piel apenas bronceada, y sus enormes ojos oscuros, que en ese momento brillaban como el sol en un día de verano, la miraban fijamente. Sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal.

Intentó calmarse mientras llegaba a su lado y con un tenue «hola» como saludo, pasó por su lado y entró a la biblioteca. Se sentó en la silla detrás de la mesa que solían utilizar, sacó los libros y cuadernos y esperó a que Julio hiciera lo mismo.

Le explicó el tema que tenía previsto para ese día. Solo ella hablaba, y él se dignaba a verla y a asentir cuando le preguntaba si estaba entendiendo. Suspiró con resignación al cabo de un buen rato, las matemáticas parecían ser complicadas de entender, pues al observarlo, su cara de *no entiendo ni una palabra de lo que dices* la hizo menear la cabeza.

—Lo haces a propósito, ¿verdad? —

Sus ojos se clavaron en los de Julio—. ¿Cómo es que entiendes las ecuaciones redox y no sabes interpretar una simple fórmula matemática? —Al tiempo que lo decía, arrancó la hoja del cuaderno y volvió a copiar el enunciado—. A ver si esta vez prestas verdadera atención a lo que digo.

—Es que tú me desconcentras — pronunció Julio.

Carla detuvo el movimiento de su mano por un segundo, y hasta su corazón se saltó un latido. Hizo caso omiso de sus palabras y continuó escribiendo.

—Carla —la llamó con voz melosa —, te ves más linda cuando intentas hacerte la indiferente, pero a mí no me

engañas. —Cogió entre los dedos el mechón que descansaba sobre su mejilla y lo colocó detrás de su oreja.

Carla sintió el roce como una caricia, contuvo la respiración —algo que venía haciendo muy seguido—, tragó saliva y habló como si nada hubiera pasado:

—Primero, hay que usar una misma unidad de peso —le explicó nuevamente.

—Y una vez hecho, reemplazar los valores en la fórmula —prosiguió él. Ella levantó la vista y lo miró a los ojos —. Hay que simplificar números como medidas en común, hacer las cuentas correspondientes y se obtiene el valor buscado. Más claro que el agua, o lo cristalino de tus ojos; son muy bonitos

—la aduló.

—Deja de querer camelarme, Julio. Estamos estudiando, presta atención — dijo cortante y volviendo la vista al papel.

—¿Y si no fuera así? ¿Y si estuviéramos a la salida del colegio, en una discoteca o en un bar? ¿Podría hacerlo? ¿Me permitirías llegar a dónde quiero?

Carla interrumpió todos sus movimientos, él no podía estar diciéndole aquello, no a ella. Era una sabelotodo, y los chicos guapos como Julio no se fijaban en chicas como ella más que para pedir ayuda en ciertas materias y sacar buena nota. Nerviosa,

dejó caer el bolígrafo de su mano y se acomodó las gafas sobre el puente de la nariz. Seguro que era una broma o una apuesta entre amigos para hacerla quedar en ridículo.

Ante su silencio, Julio volvió a preguntarle:

—¿Me dejarías, Carla?

—Ni aunque fueras el último hombre en la Tierra —dijo, se puso de pie, cogió su mochila y lo dejó solo antes de que pudiera reaccionar.

Sus palabras retumbaron en la cabeza de Julio con un golpe seco. ¿Por qué ella se resistía a creer en lo que le decía? ¿Por qué no podía ver que realmente estaba interesado en ella? Golpeó el escritorio con el puño y maldijo. No le

estaba resultando nada fácil conquistarla. Carla era un hueso duro de roer, sin embargo, él era perseverante y lucharía hasta el final. Que ella hubiera escapado de tal forma tenía que significar algo, estaba seguro de que no le era indiferente. Guardó sus pertenencias y salió con una nueva idea en su cabeza para poner en marcha. No iba a bajar los brazos.

—¿Que hiciste qué? —Almudena no podía creer lo que Carla le estaba contando—. ¿Acaso te volviste loca, amiga?

—Lo dicho, y estoy muy cuerda. No niego que me gusta, que me vuelve loca como tú dices, pero no creo ni una sola palabra de todas las que me dijo. Piénsalo, Almudena, soy la sabelotodo, el mejor promedio, a la que adoran todos los profesores. ¿Crees posible que un chico como él pueda fijarse en mí para otra cosa más que no sea por el simple hecho de ayudarlo en las materias que necesita?

—¿Por qué no? Eso no quiere decir que no pueda estar interesado en ti. Deberías darle, y darte, una oportunidad. Dime, ¿con cuántos chicos has salido, Carla? —Almudena la miró de forma inquisidora y antes de que

podiera responderle, contestó por ella —. No cuenta ese intento fallido, por llamarlo de alguna forma, que tuviste con Vicente. Reacciona, amiga, apenas se te acerca alguno, lo espantas como moscas.

Carla frunció el ceño, no le agradaba que su amiga fuera tan sincera, aunque tuviera razón. Deslizó las manos en los bolsillos de la cazadora y bajó los hombros.

—El estudio es mi prioridad, mantener las buenas notas. No puedo distraerme por un chico, mis padres están más que orgullosos por mis logros y no voy a permitir que uno pueda causarme un desliz en ello. —En su voz se podía notar la madurez que pocas

chicas tenían a su edad. Ser la hija mayor de una madre experta en marketing y un padre que se vanagloriaba de su destreza en liderazgo no le permitía demostrar debilidades, y más que orgullosos estaban ambos de los logros que venía obteniendo—. Cuando acabe los estudios, tendré tiempo para pensar en el hombre que pueda estar a mi lado.

—En la vida también hay que divertirse, Carla, y lo que no hagas de adolescente no lo podrás hacer cuando seas más grande. No voy a permitir que después de la entrega de diplomas vayas a encerrarte en una cena familiar como imagino que estás planeando hacer.

—Pero... —intentó Carla rebatir.

—Que te quede clarito, amiga, esa noche va a ser la mejor para ambas. El sábado nos vamos de compras, tenemos que encontrar el vestido que deje a todos con la boca abierta. —Al tiempo que hablaba, Almudena cogió a Carla del brazo y la arrastró hacia fuera del instituto—. No voy a dejar que me des una negativa —la cortó cuando ella intentó ponerle otro *pero*—. Por una vez en la vida vas a dejar de pensar en estudiar para pasarlo bomba. Y no hay excusa que valga. —La señaló con el índice—. Tú y yo dejaremos babeando a todos los chicos, aunque a mí me interese solo uno.

Como había pronosticado Almudena, el sábado se dirigieron al centro de Santander para dar con el vestido ideal para cada una. Recorrieron decenas de tiendas hasta que encontraron el indicado. Para festejar la buena compra que habían hecho, su amiga no había tenido mejor idea que seguir con el recorrido y beber algo cerca del paseo de la costa. Carla estaba cansada, sin embargo, aceptó, aunque hubiera sido imposible negarse dada la insistencia de Almudena.

Una vez que entraron en el local,

visualizaron una mesa cercana al ventanal que daba a la calle y se dirigieron hasta allí. No llegaron a poner sus traseros sobre las sillas, cuando la voz de un joven las sorprendió.

—¡Qué casualidad encontrarlas aquí!
—dijo Julio.

—¡Julio! ¡Rodrigo! —los nombró Almudena más que feliz—. Tienes razón. Compartamos mesa, ¿queréis?

A Carla no le pasó desapercibida la mirada cómplice que su amiga le dedicó a Rodrigo. Frunció el ceño y apretó los dientes; dudaba que fuera una coincidencia.

—Si Carla está de acuerdo —mencionó Julio al notar la cara de

disgusto por parte de ella. Tal vez no había sido buena idea haberle hecho esa encerrona, pero se estaba quedando sin ideas para que ella le dejara demostrarle lo que sentía.

—Es un lugar libre. Como gusten —expresó Carla con fastidio. Dejó a un costado las bolsas que tenía en la mano y se sentó, soltando un sonoro suspiro.

Los tres hicieron lo mismo, y como Rodrigo se ubicó al lado de Almudena, Carla no tuvo más remedio que aceptar que Julio lo hiciera en la silla que tenía libre a su izquierda.

Una joven se acercó para tomarles el pedido. Optaron por unos sándwiches de jamón y queso y unas gaseosas. Cuando

esta se retiró, el silencio se instauró entre los cuatro. Rodrigo y Almudena se miraban y tonteaban mientras jugueteaban con las manos unidas.

«Lindo espectáculo», pensó Carla con ironía. «Ya te la voy a cobrar, amiga», se dijo mientras la observaba, aunque parecía que Almudena no le prestaba la mínima atención.

—Estás muy pensativa —dijo, de repente, Julio.

Sorprendida, no solo por su voz, sino por la cercanía con que lo escuchó, giró la cabeza para quedar a escasos centímetros de su rostro. El corazón se le aceleró en menos de un segundo, y sus mejillas se tornaron rosadas. ¿Por qué tenía que ser tan lindo? ¿Por qué ella no

podía, simplemente, hacer como si él no existiera? Pestañeó, dejó escapar el aire que había retenido en los pulmones y lo miró a los ojos, bajar la vista solo le demostraría que no le era indiferente.

—Es lo que hago siempre —respondió de forma seca—. Mis pensamientos no se detienen nunca.

—¿Y yo soy parte de ellos? —quiso él saber.

—Ni en tus sueños —le contestó, aunque mentía por completo. Últimamente, sus noches no eran nada tranquilas. El simple hecho de dormir la atormentaba, ya que Morfeo no se compadecía de ella y la transportaba hacia fantasías imposibles junto al chico

que tenía ante sí en ese momento.

Julio chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Ahí te equivocas, Carla. Tú siempre estás presente en ellos —le dijo en voz baja para que solo ella lo escuchara—. Eres la chica de mis sueños.

—¿Por qué no entiendes que no estoy interesada en ti? —insistió, recordándole las palabras que le dijera en la biblioteca.

—¿Porque sé que no es verdad? —rebató con otra pregunta.

Carla cerró los ojos por un instante y negó con la cabeza. Pensó en todo lo que Almudena le había dicho al respecto, en lo que él mismo hacía y le expresaba,

pero se rehusaba a aceptar que fuera verdad.

—Basta, Julio —lo detuvo—. No me interesas —recalcó—, y no voy a caer en tus juegos. Olvídalo.

Julio estuvo a punto de acercarse más a ella y besarla como deseaba hacerlo para demostrarle que sabía que mentía en toda regla, sin embargo, la llegada de la camarera con el pedido los volvió a la realidad de saber que no estaban solos. Maldijo en silencio por la intromisión y se enderezó en su asiento. Cogió su sándwich y se lo llevó a la boca para darle un buen mordisco; si no lo hacía, soltaría toda la rabia que lo estaba consumiendo a raíz de la

testarudez de la mujer que lo tenía completamente enamorado y atontado.

Carla agradeció ser interrumpida. Un segundo más y habría sucumbido a la arrebatadora mirada que Julio le propiciaba. Y por más que su mente era demasiado inteligente para los estudios, en momentos como ese, cuando el corazón llevaba la razón, no habían excusas que valieran para demostrarle que era inmune a él. Desvió la mirada hacia su amiga al sentirse observada. Almudena la contemplaba con el ceño fruncido, señal inequívoca de que no le había pasado desapercibido lo ocurrido entre ambos. Si alguien podía estar inmerso en su mundo sin dejar de saber qué pasaba también a su alrededor, esa

era su amiga.

—Y bien —acotó Almudena, adrede—, ¿qué tal resultó Julio como alumno, Carlita?

Carla apretó los dientes.

—Nada fuera de lo común —contestó simplemente y sin dejar de ver a su amiga a los ojos—, aunque dudo que necesitara de mi ayuda. De hecho, creo que tanto las clases como este encuentro casual —enfaticó— no fueron más que una mentira para lograr que pase algo que yo no estoy buscando. —Se puso de pie, sacó unos billetes del bolsillo del pantalón y los tiró sobre la mesa—. ¿Cuándo van a entender que mi prioridad es el estudio? —soltó

enfurecida antes de dejarlos solos y salir, rauda, del local.

—Carla —la llamó Almudena, pero ella hizo caso omiso y siguió su camino—. Creo que la embarré con esta especie de cita —dijo, al borde del llanto.

—No es tu culpa —exclamó Julio—. Es mía, por insistir. —Apoyó los codos sobre la mesa y dejó caer la cabeza entre las manos—. ¿Por qué se niega a darme una oportunidad? ¿Qué tengo que hacer para que me acepte? Sé que no le soy indiferente.

—Usa el estudio como una excusa para todo —acotó Rodrigo como si tal cosa.

—Es muy cabezota, Julio. Y lo

intenté, te juro que lo hice, pero está demasiado centrada en su futuro — sollozó la joven.

—Lo sé, Almudena. —Suspiró y se irguió—. Pero no me daré por vencido. Todavía tengo un as bajo la manga. Pondré en juego mi última carta, y que sea lo que tenga que ser.

Carla se detuvo a metros de la parada del autobús que la llevaría de regreso a su casa. Sin embargo, no lo cogió en cuanto este se detuvo. Salir como lo hizo no había sido una opción; no obstante, necesitaba escapar, alejarse de los sentimientos que la impulsaban a hacer algo que no estaba segura de querer.

Sacó el móvil del bolsillo del pantalón y le envió un mensaje a Almudena.

Lo siento, Almu. Perdón por haber salido tan rápido. No fue mi intención hacerte sentir mal, pero necesitaba alejarme de Julio. Él quiere algo que yo no estoy dispuesta a darle, al menos no en este momento. Me dejé lo que compramos allí. Te espero en la parada del autobús. Ven sola, por favor.

Almudena no tardó casi nada en encontrarse con ella. Ni bien la vio, se abrazaron, y Carla volvió a disculparse.

—Sé que vas a decirme que soy una

tonta, pero...

—Calla —la silenció su amiga—, también yo actué mal. Perdóname.

—¡Ay, Almu! ¿Qué estoy haciendo?

—Nada. Solo querer seguir el camino que te marcaste.

—¿Y si no es el correcto?

—De los errores también se aprende.

—Es que ya no sé qué es lo que quiero. Creí que tenía todo más que claro, pero Julio... —Suspiró—. ¿Por qué tiene que complicarme? No estoy segura de poder tener algo con él. Me gusta, sí, y siento que el corazón se me acelera cuando está cerca, pero ¿y si no soy lo que espera? Muchas de las chicas con las que estuvo son tan distintas a mí.

—Quizá por eso te busque a ti, Carla, porque eres diferente.

—No lo sé, Almu. ¿Y si solo lo hace por un juego, por conquistar a la sabelotodo?

—Dudo que sea así. Yo creo que es sincero y que deberías darle una oportunidad.

—Tal vez —concluyó Carla. Tenía mucho que pensar, aunque no estaba segura de poder aclarar todas las dudas.

El autobús se detuvo justo en la parada, y ambas ascendieron. El trayecto que las llevaba de vuelta lo hicieron en silencio, cada una sumida en sus cavilaciones. Faltaba una semana para la graduación, y Carla tenía mucho que decidir y

preparar aún, no solo con el final de clases y su discurso en la entrega de diplomas, sino también con todo aquello que venía proyectando desde hacía muchos años.

Capítulo 3

Carla se mordió el labio inferior mientras el espejo le devolvía su reflejo. Aconsejada por Almudena, aunque más bien tenía que decir por insistencia, había aceptado comprar el vestido que, ahora, cubría su cuerpo. Era de un suave tono en color verde agua y con los hombros al descubierto; la parte de arriba se ajustaba a su busto,

ciñéndolo, pero sin hacerlo en demasía. Desde la cintura, una cascada de tela semitransparente le caía en picos hasta los tobillos, y pequeños canutillos tornasolados asemejaban líneas indefinidas que le daban brillo a todo el conjunto. Unas sandalias en plateado, con un tacón medio, se abrazaban a sus pies delicadamente. Para rematar, su madre había insistido en que su propia estilista le hiciera un sencillo pero, a su vez, elegante peinado que dejaba ver entre su cabello unas tenues horquillas de brillantes piedras.

—Esta no soy yo —se dijo.

—Déjate de tonterías, Carla. ¡Claro que eres tú! Mírate, estás hermosa —la

aduló Almudena al tiempo que le acercaba el estuche de sus lentillas.

—No. Yo no me maquillo, no me peino con florituras ni me pongo elegantes vestidos —expresó, moviendo las manos mientras se señalaba—. Me siento como una frágil muñeca de porcelana que se va a quebrar en cualquier momento. Esta no soy yo —repitió.

—Carla —la nombró su amiga—, te dije que esta sería tu noche. ¡Ya sé! Hoy serás como *La Cenicienta*, una chica a la que les costará reconocer, pero que todos envidiarán por su soltura y belleza. Déjate llevar por la magia que te rodea, amiga, y si quieres que el hechizo termine a medianoche, está bien,

lo acepto, pero no dejes de disfrutar este momento. Bien merecido lo tienes por todo lo que lograste en estos años. Y recuerda, aquí —señaló su cabeza—, y aquí —tocó su pecho, justo donde su corazón latía—, sigues siendo tú misma.

Carla miró a Almudena a través del espejo, sus ojos azules tenían un brillo que no le había visto antes, y era más que obvio que estaba ilusionada con la noche que se les presentaba. Suspiró. Tal vez su amiga tenía razón, su exterior podía cambiar, pero no así su interior. Allí seguía siendo la pequeña gran mujer de la que sus padres estaban orgullosos.

—¿Serás mi hada madrina? —le

preguntó para seguir con el juego a la vez que le sonreía.

—Solo por un rato, tengo asuntos propios que atender. —Le guiñó un ojo, y ambas rieron al unísono.

Carla se retorció las manos por enésima vez desde que se instaló en el asiento trasero del coche de su padre. El trayecto al instituto no era largo, pero ella no podía dejar de sentirse como una joven de la alta sociedad del siglo XIX en el día de su debut, aunque había una gran diferencia entre ese acontecimiento y el que a ella se le presentaría en unos minutos. Hablar frente al público, con

alumnos, profesores y padres incluidos, no era un problema para ella. Muchas fueron las veces en las que sus palabras se hicieron presentes a lo largo de los cinco años que transitó por las aulas, salones y pasillos. Pero ahora era distinto.

Una vez más, se miró en el espejo retrovisor para cerciorarse de que los ojos que la observaban eran los suyos, que la joven que reflejaba el cristal era ella misma. Pero seguía sin reconocerse. «Tal vez si me hubiera puesto las gafas no me vería tan diferente», pensó y, en un acto reflejo, se pinzó el puente de la nariz.

—Si quieres sacarte las lentillas, lo

entenderé, pero creo que hoy vale la pena que tus ojos no estén detrás de un cristal —le habló su amiga como si hubiera escuchado su pensamiento.

—Creo que me acostumbré demasiado a las gafas —dijo—. Y no puedo evitar sentirme rara. No es solo el no usarlos; el maquillaje, el peinado, este vestido. —Hizo ondear la falda con la mano—. Hubiera preferido venir con uno de mis jeans, una camisola, la cazadora y las zapatillas que tanto detestas verme puestas.

Almudena negó con la cabeza.

—Ni hablar. Es el último día de instituto y uno de los pocos bailes al que vas a asistir. Estás hermosa, Carla. Y ya te dije que sigues siendo tú, no hagas

que me enoje contigo en este día tan especial.

Carla abrió la boca y la volvió a cerrar frente a la mirada que le dedicó su amiga. Giró la cabeza y se mantuvo en silencio el resto del trayecto. Almudena le dio un breve apretón en la mano, infundiéndole valor. Y sus padres no se quedaron atrás al darle la razón a su amiga.

—Estás preciosa, hija —le dijo su madre mientras le acomodaba unos rizos de su peinado y tras bajar del vehículo.

—Gracias, mamá, pero lo dices porque me quieres.

—Y porque es verdad, cielo. Ve y deslumbra a todos. Estamos muy

orgullosos de ti. —La besó en la frente.

Carla observó a su familia por un momento antes de darles la espalda. Su padre cogía de la cintura a su madre, mientras que Dara, con trece años a cuestas, refunfuñaba por no haber podido llevar uno de sus cómics. Sonrió con melancolía. Era tan distinta a su hermana...

Avanzó, sola y deprisa, hacia la entrada del instituto. Almudena había desaparecido de su lado en cuanto descubrió que Rodrigo ya la estaba esperando. Carla quiso pasar desapercibida, al menos esa era su intención, pero ni bien se acercó a la puerta, sintió que más de un par de ojos se fijaban en ella. «Definitivamente,

tendría que haber venido en jean y camisola», se dijo y apresuró el paso intentando no tropezar al hacerlo.

Por fin llegó al salón de usos múltiples, donde la aguardaban, pero antes de poder entrar, los nervios se apoderaron de ella, y no precisamente por lo que le esperaba, sino porque reconoció la voz de aquel que había pronunciado su nombre.

—¿Carla?

Su mano quedó apoyada sobre el picaporte, y lo apretó con fuerza. ¿Qué hacía él allí cuando debería estar con el resto de sus compañeros? No le prestó atención, no quería hacerlo.

—¡Guau! —soltó él.

Carla sentía que sus ojos la recorrían de pies a cabeza, y un calor extraño comenzó a avanzar por su cuerpo debido al escrutinio. La estaba poniendo nerviosa.

—Casi no te reconozco vestida así y sin lentes —pronunció él.

—¿Qué quieres? —le preguntó sin apartar la vista de la lustrosa madera, se negaba rotundamente a girar para verlo; si de vaqueros y camiseta era guapo, de traje no quería ni imaginarlo.

—¿De golpe te volviste mal educada que ni un hola me vas a decir? —Se colocó a su lado para ver si se dignaba siquiera a mirarlo.

—Creo que la última vez que nos

vimos te dejé en claro lo que pienso.

—¿Y eso significa que ya no podemos saludarnos? Somos compañeros de curso, al menos merezco ese respeto, ¿no?

Carla soltó el aire y giró la cabeza para clavar sus ojos en los de él. Instintivamente, se mordió el labio inferior, no lo pudo evitar, Julio demostraba con creces el porqué más de una chica estaba loca por él.

—Yo... —carraspeó—, tienes razón. Soy una mal educada. Hola —dijo—, y hasta luego —agregó enseguida—, me están esperando.

—A mí también, te acompaño.

Sus palabras la sorprendieron, y más cuando él dibujó una sonrisa de lado en

los labios. «No es posible», pensó Carla, «no puede ser él quien lea el discurso conmigo».

—Sí —respondió como si hubiera escuchado sus pensamientos—. Esta vez me eligieron a mí. El destino nos une aunque no quieras, ¿no crees?

Carla quiso negar con la cabeza, pero por todo movimiento que su mente le dictaba hacer, parecía que su cuerpo se negaba a responder. Dio un paso atrás e intentó aclarar sus pensamientos, la cercanía de Julio la estaba poniendo demasiado nerviosa, pero no se dejó llevar por ella y haciendo acopio de la fuerza de voluntad que la caracterizaba, le habló lo más calmadamente que pudo.

—Aclaremos una cosa, Julio, porque creo que sigues sin entender lo que te dije el otro día —señaló pese a lo que sentía—. Y piensa lo que quieras al respecto, pero no estoy interesada ni en ti ni en ningún otro chico. Mi prioridad es el estudio ante todo, y no hay nada ni nadie que pueda impedirme cumplir con ello. ¿Okey?

Julio la miró intensamente, tenía que reconocer que el maquillaje, el peinado y el vestido la hacían verse más hermosa si eso era posible, y no iba a desistir en cumplir lo que se había propuesto. Se aproximó más a ella y colocó una mano sobre el picaporte mientras que la otra la apoyaba sobre la puerta, justo a unos

centímetros de su hombro, para impedirle así un posible escape.

—Carla —la nombró con voz melosa —, nada más que una noche, esta noche, solo eso te pido, ¿qué puedes perder?

Pese a que su cuerpo le pedía a gritos que se dejara llevar, Carla contuvo todo lo que él la hacía sentir, le hizo frente e intentó mantener la cabeza fría.

—Suenas como título de novela romántica —se burló, recordando uno de los libros de su madre.

—¿Cómo sabes que no soy como uno de esos personajes si no me dejas siquiera demostrártelo?

—Julio, por favor, se hace tarde y me están esperando los profesores —lo apuró.

—A mí también, pero no te dejaré ir hasta que me des una oportunidad, solo una, Carla, nada más.

—Perderás tu tiempo.

—Es mío y hago lo que quiero con él. ¿Qué dices?

Las palabras que su amiga le dijera golpearon en la mente de Carla. «Serás como *La Cenicienta*». ¿Y si se daba esa posibilidad, la de tener una noche mágica como le había dicho Almudena? ¿Qué podía perder con ello? Suspiró.

—Está bien —cedió finalmente, y su corazón se saltó un latido al ver la sonrisa que Julio le dedicó antes de que sus labios apenas rozaran los suyos. «¡Oh, Dios!», pensó sin poder

reaccionar.

—Vamos, se hace tarde. —Julio le dedicó una radiante sonrisa y cogió su mano para, juntos, ingresar al salón donde ya comenzaba a sentirse el bullicio de los encargados de organizar que la entrega de diplomas fuera perfecta.

Finalizado el acto, los graduados se saludaban entre sí a la vez que padres y profesores se mezclaban entre ellos. Almudena buscó a su amiga, deseosa de abrazarla y de felicitarla no solo por el discurso que había dicho, sino también por la compañía que había tenido.

—¡Carla! —la llamó al divisarla y corrió a su encuentro—, estuviste genial, amiga. Y fuiste la envidia de muchas

chicas. Te dije que esta noche sería especial.

—Cállate, creo que todavía me tiembla todo el cuerpo. Y eso no es todo, ven, hay algo que tengo que contarte, pero en privado, no quiero que nadie nos escuche —dijo a la vez que la arrastraba fuera del salón. Tras varios saludos y sortear los pasillos ocupados, Carla empujó a Almudena hacia un aula para poder hablar tranquilas—. Antes de decir nada, prométeme que te mantendrás tranquila y callada.

—Me estás asustando, Carla, ¿qué pasa? ¿Tiene que ver con Rodrigo?

—No es con él. Prométemelo.

—Prometido —dijo—. Cuéntame ya,

me tienes en ascuas.

—Es sobre Julio. Él, bueno, me abordó antes de entrar al salón de usos múltiples. Fui grosera; sí, no pongas esa cara —la amonestó—, y así y todo me pidió que le diera una oportunidad.

—Te lo dije. —Almudena sonrió satisfecha y segura—. ¿Se la vas a dar? Te conozco, Carla, y sé que eres capaz de negarte pese aamarlo.

—¿Amarlo? Ya te dije que no exageres, que me guste no significa que lo ame. Te recuerdo que somos muy jóvenes todavía para saber cómo se siente ese sentimiento —mintió, aunque sabía exactamente lo que su corazón le decía.

—Pareces mi abuela hablando así. Y

dilo por ti, yo estoy segura de mi amor por Rodrigo.

—Vale, no te enfades. Perdóname.

—Está bien. Pero dime qué le respondiste, ¿le vas a dar una oportunidad?

—Mi intención era decirle que no, pero recordé tus palabras sobre ser *La Cenicienta*, y bueno...

Almudena no esperó a que dijera nada más, se abalanzó sobre su amiga y la abrazó efusivamente, contagiando a Carla con su alegría.

Pese a haberle dicho que sí, Carla no

podía evitar sentir cierto temor ante lo que Julio le había pedido. Sabía que no era de las chicas más guapas del instituto y que ser una sabelotodo y preferida de los profesores la hacían ver como una don nadie para chicos como él. Las dudas y miedos volvieron a hacerse presente en su cabeza. ¿Y si Julio estaba jugando con ella?, ¿si no era más que una apuesta entre sus compañeros? Se mordió el labio inferior, ya no estaba tan segura de que su noche pudiera ser mágica. Cuando salieron del instituto, se formaron varios grupos de chicos para ponerse de acuerdo en cómo irían hasta Torrelavega. Carla sabía que habían optado por seguir el festejo en Kroker,

una de las discotecas más frecuentadas por los jóvenes. Almudena casi la había arrastrado hasta el coche de sus padres para que no se escapara (algo que se le había pasado por la mente) y con un «esta es la dirección, señor Ortega» obligó a su progenitor a que las acercara hasta el lugar. En la entrada se encontraron con algunas compañeras. Muchas la felicitaron por el discurso, mientras que otras la miraban con complicidad, y algunas más, con envidia, debido a su acompañante en aquel momento. Les sonrió, intentando no mostrar su fastidio; no necesitaba que le recordaran cómo era Julio, ella ya lo sabía. Tiró del brazo de Almudena y la

fulminó con la mirada cuando esta la observó como si no supiera qué quería.

—Acabo de ver entrar a Rodrigo —
mintió cerca de su oído para que solo ella la escuchara.

Sin siquiera excusarse con sus compañeras y sin soltarla, Almudena avanzó rauda entre la gente que se agolpaba en la puerta. Le dedicó una radiante sonrisa al portero, le dijo unas palabras que no oyó, y este se hizo a un lado para dejarlas pasar. Carla revoleó los ojos; lo que ella tenía de tímida, Almudena, de desvergonzada. Cabeceaba mientras tiraba de su brazo, y tuvo que hacerla detenerse para poder soltarse y que luego no le quedara una marca por el apretón que le estaba

dando.

—¿Dónde está? —le preguntó ansiosa.

—Y yo qué sé —respondió.

—Carla, me dijiste que lo viste entrar.

—Lo hice para deshacernos de las chicas.

Almudena clavó los ojos azules en los suyos, pero antes de poder reprocharle nada, dio un paso al costado y pasó por su lado como un rayo. Carla se giró para ver cómo su amiga se colgaba del cuello de Rodrigo, le daba un beso en los labios y lo arrastraba a la pista.

«Genial». Su fastidio comenzaba a ir

en aumento. Miró a su alrededor y caminó hasta la barra en cuanto la divisó. Necesitaba un trago, esa noche tenía permitido beber algo de alcohol, por lo que no se lo pensó dos veces y pidió una cerveza. Se situó en el taburete que estaba libre a su derecha y dio unos sorbos del espumante líquido en cuanto el *barman* le dejó la jarra delante. Arrugó la nariz en cuanto el sabor amargo recorrió su paladar, sin embargo, lo saboreó con deleite. Dejó escapar un suspiro, algo más relajada, y se compenetró en la música que llegaba a sus oídos. Tamborileó los dedos sobre el cristal siguiendo el ritmo, incluso se atrevió a cantar la melodía por lo bajo. Tan concentrada estaba que dio un

respingo cuando un «creí que no te volvería a ver» sonó muy cerca de su oído. Volteó el vaso que sostenía su mano, y el poco líquido que quedaba en su interior se derramó sobre la mesa. Instintivamente, se levantó lo más rápido que pudo para evitar que su vestido se mojara. Unos brazos rodearon su talle, y se giró, asustada, para quedar frente a al chico que la tenía revolucionada y más que nerviosa.

—Jolines, Julio —logró decir después de unos segundos—, me asustaste.

—No fue mi intención hacerlo, pero admito que te sienta muy bien el sonrojo en tus mejillas. —Lo vio mirar sobre su

hombro—. Aunque no sé si fue por el susto o por lo que has bebido. Suerte que estaba casi vacío.

—Si vas a juzgarme, mejor te vuelves por donde viniste —respondió enojada y tratando de separarse.

—Ni lo sueñes, no soy tan tonto como para desperdiciar *nuestra noche* con estupideces. Solo fue un comentario. —Apenas la separó y le tendió la mano —. ¿Bailamos?

—¿Nuestra noche? —Lo miró con cierto recelo—. No me hagas reír, ya te dije que perderás tu tiempo.

—Es mío, ¿recuerdas? Y hago lo que me venga en gana con él. Además, aceptaste darme una oportunidad, ¿lo olvidaste ya?

Carla negó con la cabeza, y las dudas que había logrado quitarse por unos minutos volvieron a su mente. Él tenía razón. Observó la mano que Julio le ofrecía; era grande y de dedos largos, y la suya pareció pequeña en comparación cuando, con timidez, la colocó encima. Sintió que una corriente eléctrica la recorría por completo, su tacto suave y la delicadeza con que la envolvió la estremecieron aún más. Se dejó llevar hacia la pista de baile. Sus mejillas, automáticamente, se colorearon cuando varios pares de ojos se posaron en ellos, y más cuando Julio no lo pensó dos veces y rodeó más su cintura. Supuso que había esperado el momento justo en

que la música comenzaba a ponerse más tranquila, el mismo en el que las baladas se hacían cómplices de las parejas que querían aprovechar un acercamiento. «Chico listo», pensó, «pero no lograrás nada conmigo. Si soy *La Cenicienta*, a medianoche se acaba mi cuento de hadas». Tenía que hacerlo, los finales felices sólo pasaban en las novelas, y ella tan solo era una adolescente con un sueño por cumplir. Y aunque tuviera las hormonas revolucionadas como tal, no podía dejarse llevar por lo que su corazón intentaba decirle. No. No era momento para que el amor entrara en su vida.

Inmersa en sus pensamientos, y con la música envolviéndolos con sus notas,

Carla no se percató de que ya no se encontraba en medio de la pista de baile, sino en un lugar apartado del resto. Sorprendida, apenas se separó de Julio para mirarlo a los ojos. No supo, o no quiso, interpretar lo que ellos le decían e, instintivamente, pretendió alejarse, pero él se lo impidió.

—Lo viste, ¿verdad, Carla? —le preguntó.

—No sé a qué te refieres.

—Eres demasiado inteligente como para que te hagas la desentendida.

—Y tú, muy cabeza dura, Julio. — Suspiró. Hasta allí llegaba su noche—. Me pediste una oportunidad que no puedo darte. ¿No lo entiendes?

Acabemos con este juego, por favor.

—No —respondió él, tratando de mantener la calma—, porque sé que mientes, que bajo ese muro que levantaste a tu alrededor no eres tan indiferente como me quieres hacer ver. Tenías razón cuando dijiste que no necesitaba ayuda con el estudio, pero no encontré otra forma de llegar a ti. Y tengo suerte de tener un amigo enamorado de Almudena, y que ambos fueran mis cómplices para lograrlo.

Carla negó con la cabeza, no podía ni quería creer en todo lo que él le decía. Ya tenía su futuro programado y no iba a permitir que él lo cambiara con sus palabras. Había tomado una decisión al respecto. Además, ¿qué podían tener en

un par de meses antes de que ambos se alejaran de Cartes? Por más amor que sintieran, cosa que no estaba dispuesta a reconocer por su parte, la distancia siempre hacía mella, y no deseaba pasar por ello. Por otro lado, y como solía decirle su madre, lo importante era forjarse una carrera, hacerse un lugar en el mundo y nunca dejar de luchar por mantener eso. Demasiado orgullosos estaban sus padres, y ella muy acostumbrada a ello, como para tirar todo por la borda por un amor de adolescente.

—Te quiero, Carla, ¿tanto te cuesta aceptar que sea cierto? —le preguntó, rendido tras no lograr llegar a ella.

Ella volvió a negar, intentando que las palabras que él acaba de pronunciar no irrumpieran en su interior. Sin embargo, lograron derribar un par de ladrillos para tocar su corazón.

—Mírame. —Julio colocó un dedo bajo su barbilla y la levantó. Sus ojos se encontraron—. Dame la oportunidad de demostrártelo.

—Julio... —apenas lo nombró. ¿Podían ser ciertas sus palabras? ¿La quería? Sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos y los cerró un breve instante para evitar que escaparan. ¿Quién le podía impedir tener su noche mágica más que ella misma? Era su cuento de hadas, como aquel que le

narraba una y otra vez a su hermana menor. «Solo una noche», pensó, «mi noche». Levantó la mano y la acercó hasta su mejilla; tenía la piel suave, y no dudó en rozar sus labios con la yema de los dedos. Dio el paso que había retrocedido, y su cuerpo quedó a un palmo del de él. Se elevó sobre sus pies, se acercó más y lo besó sin importarle nada. Por una vez en su vida, se iba a dejar llevar por lo que su corazón le decía—. Vámonos de aquí — pronunció al tiempo que lo cogía de la mano para salir de la discoteca. No tenía idea de lo que haría, pero en esta oportunidad no iba a pensar en nada y disfrutaría del momento.

Julio la asió de la cintura, y, juntos,

dejaron el lugar. Subieron al primer taxi que se detuvo y regresaron a Cartes, el bullicio en los alrededores no les iba a brindar la tranquilidad que buscaban. El trayecto fue silencioso. Julio pensaba en la forma de llegar a su corazón. La amaba, no tenía dudas de ello, y se lo iba a demostrar. Pagó al taxista en cuanto llegaron a destino y descendieron del coche. Cogidos de la mano, caminaron un buen rato, sin hablar, solo con los sonidos de la noche como compañía. El cielo vestía de gris; las nubes estaban iluminadas por la luna llena detrás de ellas, y una tenue brisa hizo ondear los volados del vestido.

Carla se estremeció, y Julio soltó su

mano y pasó el brazo por su espalda para rodearle la cintura. Ella aprovechó ese instante para aspirar el perfume que desprendía su cuerpo, una fusión de notas de limón, romero y cedro que terminó por embotar sus sentidos. Estaba perdida, lo sabía, y dejó escapar un leve suspiro mientras se dejaba guiar por Julio. La calle Camino Real era un lugar de tránsito diario para ella, pero aquella noche era especial, y observaba todo como si fuera una turista. Las fachadas de las casas, con sus piedras amarronadas a la vista, hileras de macetas con llamativas flores en su interior, enredaderas que se abrazaban a los balcones de madera... Todo parecía ser distinto, incluso ella no creía ser la

misma. Al divisar el torreón medieval, se separó y se apoyó en la pared de piedra que lo flanqueaba. Tenía miedo de lo que esa noche le podía deparar, pero estaba dispuesta a tomar el riesgo y ver hasta dónde podía llegar. Julio volvió a rodearla, esta vez por detrás, y dejó caer la cabeza sobre su hombro. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral cuando sintió que deslizaba sus cabellos sueltos a un lado y comenzaba a besarle el cuello. Soltó el aire que había contenido y se mordió el labio inferior. ¿Cómo podía resistirse a lo que él le hacía sentir? Tembló.

—¿Tienes frío? —le preguntó él, abrazándola más.

—Estoy bien —respondió en un murmullo, no quería decir nada que rompiera ese mágico momento.

Tardaron en darse cuenta de que los pequeños destellos delante de sus ojos se debían a la luz de las farolas que traspasaba las gotas que habían empezado a caer. Rieron de puro asombro y no tuvieron más opción que buscar refugio.

—Ven, sé dónde podemos ir, no está lejos. ¿Me acompañas?

Carla asintió, si lo pensaba mucho, seguramente se negaría. Él le ofreció la mano y la condujo hasta llegar a la puerta de un edificio bajo sobre el mismo Camino Real. Tras abrir y darle

paso, subieron un piso por escalera.

—Aquí vivía mi hermana antes de instalarse en Salamanca —le explicó—. Pertenece a mis abuelos, es un recuerdo de familia, y mis padres lo siguen manteniendo con la ilusión de que yo me quede aquí.

—Y no será así —acotó Carla sabiendo que, al igual que ella, se marcharía en muy poco tiempo.

—No. —Hizo girar la llave en la cerradura y empujó la puerta—. Mi carrera está en Madrid.

—Lo sé; la mía, en Santander —dijo con cierta melancolía en la voz, y más para sí misma, con la intención de no olvidarse la distancia que los separaría.

Julio la observó unos instantes, pero

ella le dio la espalda al acercarse a la ventana.

—Es una linda vista. —Sus ojos se perdieron en la distancia, en los montículos que se elevaban en la lejanía. Iba a extrañar su pueblo, ese verde que se mezclaba con flores recién crecidas, ese aire de montaña mezclado con el de mar. Cerró los ojos por un instante y esperó que las lágrimas no escaparan de ellos. Sus pensamientos la atormentaban, y acallarlos no era una tarea fácil, pues el corazón deseaba anteponerse a la razón, comunicándole que Julio era algo más que un compañero de instituto para ella. Sí, lo amaba, estaba segura de ello, y ese

también era el motivo por el que ella, ahora, se encontraba allí, junto a él.

—Carla —la llamó, y ella apenas giró la cabeza sobre su hombro para verlo de soslayo. Se había acercado—, no quiero solo una noche contigo. Dame la oportunidad de demostrarte que podemos intentarlo, que tener un futuro juntos es posible.

Sus palabras derribaron los últimos ladrillos que cubrían su corazón. Volvió la vista a la ventana para evitar que él viera sus ojos anegados en lágrimas; por más que lo deseaba, se negaba a tener ese futuro que él le ofrecía. Sí, seguramente, era la mujer más tonta que existiera en el planeta, pero cada uno había trazado su camino. Él se iría a

Madrid, ya tenía todo organizado, así como ella también lo haría hacia Santander. No, no podía quebrar ni sus sueños ni los de él. Eran jóvenes, y bien decían que el tiempo todo lo cura. Le daría solo una noche, como bien le había pedido, pero no más que eso. Se volvió hacia él y avanzó hasta quedar a escasos milímetros de su cuerpo.

—Te doy la oportunidad que me pediste, Julio, seré tuya esta noche —«solo esta noche», terminó en su mente—, después, el tiempo dirá. —Le rodeó el cuello con las manos y acercó su boca a la de él para fundirse en un beso que le demostrara lo que ella también sentía.

Carla se quedó de pie al borde de la cama y observó el rostro de Julio; tenía el cabello revuelto, un atisbo de sonrisa dibujaba en su boca y la respiración acompasada, lo que le indicó que seguía plácidamente dormido. Se mordió el labio inferior y suspiró antes de inclinarse para depositar sobre la almohada la carta que acaba de escribir. Llevó una mano hasta su boca, besó sus dedos y acarició con ellos la mejilla del chico que nunca olvidaría. Miró la hora en su reloj pulsera, faltaban cinco minutos para la medianoche. «Aquí termina mi cuento de hadas». Tragó el nudo que se le formó en la garganta e,

intentando mantener el silencio que reinaba, dio media vuelta y dejó atrás la más maravillosa noche de su vida.

Capítulo 4

Diez años más tarde, Santander

—Carla —pronunció la secretaria desde la puerta del salón de profesores—, tienes una llamada.

Carla levantó la vista de los exámenes que estaba corrigiendo y frunció el ceño, no era normal que se comunicaran con ella al instituto. Al instante, se puso de pie y, mientras se acercaba hasta la secretaria, sacó el

móvil del bolsillo del pantalón. Observó que tenía varias llamadas perdidas y un par de mensajes de su hermana, por lo que intuyó que era ella quien la llamaba.

—Gracias —le dijo a Silvia y cogió el auricular—. Hola, pequeña, ¿qué sucede?

—*¡Carlaaa!* —La efusividad en la voz de su hermana le dio a entender que estaba feliz por algo, aunque dudaba lo que podía ser, no hacía más de un día que habían hablado.

—Se nota que estás contenta, Dara, pero dime algo más, me tienes en ascuas. Y trata de ser breve, en menos de media hora sabes que tengo clases.

—*Lo sé, lo sé* —exclamó sin dejar de

demostrar su alegría—. *Es que no podía esperar hasta la noche para contártelo. ¡Estoy tan feliz!*

—Vale, vale. Habla ya de una vez — la apuró.

—*¡Me caaaasooooo!* —gritó eufórica.

Carla abrió la boca y la volvió a cerrar. Sabía que tenía pareja, sin embargo, no esperaba que le diera una noticia como esa.

—*¡Hey! Te dejé muda, ¿eh?* —se burló su hermana.

—Pues sí. Me sorprendiste, la verdad.

—*Imagínate cómo se pusieron mamá y papá.* —Carla escuchó la risa al otro lado de la línea, seguramente estarían

peor que ella misma—. *No lo esperaban ni en cien años, es más, creo que hasta pensaban que tú lo harías antes que yo.*

—Je —apenas sonó un quejido por su parte—, qué ilusos, dudo que eso pueda pasar algún día.

—*No seas aguafiestas, Carla. Estoy segura de que tu chico ideal sigue esperando por ti, y tú ni enterada que estás.*

—Sí, claro —pronunció con un deje de melancolía en la voz—, pues si lo ves, dile que mejor esté sentado, no vaya a ser cosa que se canse, hermanita. Pero bueno, dejemos mi vida amorosa a un lado y cuéntame tú. Te lo tenías bien guardado, ¿eh? Me dijiste que habías

conocido a alguien hace ¿cuánto?, ¿tres meses? ¿No es muy pronto para casarse?

—*Cinco* —la corrigió—, *y no me vengas tú también con un sermón, suficiente tengo con el de papá* —se quejó.

—Algo de razón debe tener —avaló las palabras de su progenitor. Escuchó que Dara resoplaba.

—*No me fastidies, Carla, te llamo para contarte lo feliz que estoy, podrías alegrarte por lo menos, ¿no?*

—Lo siento, pequeña, tienes razón. Soy una desconsiderada, pero es que realmente me sorprendiste.

—*Sí, eso ya lo dijiste* —pronunció Dara, algo molesta.

—Vamos, no te enfades, perdóname,

peque —le dijo con cariño.

—*Jo, sabes que no puedo enojarme contigo. Te llamo en la noche y te cuento todo, ¿vale?*

—Hecho —respondió Carla. Tras despedirse y cortar la llamada, no pudo evitar dibujar una sonrisa en su rostro. Pese a lo apresurado que le parecía el que su hermana se pudiera casar con alguien que apenas conocía, la escuchó tan feliz que ella también se sentía así. Eso era lo que tenía Dara; sin importar lo que sucediera, lograba contagiar a todos con su efusividad y alegría.

Volvió al salón de profesores y juntó los exámenes que todavía le faltaban por corregir, no iba a poder entregarlos un

día antes a sus alumnos como hubiera querido, pero no importaba, tampoco lo había mencionado. Salió con sus pertenencias y sumida en sus pensamientos justo cuando el timbre anunciaba una nueva hora de clases. Apurando el paso, se dirigió al aula que le correspondía y, perdida en las palabras que le dijera su hermana, en vez de hacerlo en la que decía 3° A, se metió en la de al lado. El extraño silencio que sintió, y que no era acorde a su bullicioso grupo, la hizo mirar al frente. En cada pupitre, concentrados y cabizbajos, los alumnos prestaban atención al papel que tenían enfrente. Carla desvió la vista hasta toparse con la mirada del profesor que, con las

manos metidas en los bolsillos del pantalón y una media sonrisa en su rostro, estaba de pie en el fondo, observándola. Se mordió el labio inferior y, rauda, esbozó una disculpa. Girando sobre sus talones, se dio media vuelta y salió para entrar en la que debía.

Antes de que sus alumnos salieran apresurados ni bien se anunciara el fin de hora, Carla dejó anotado en el pizarrón los nuevos textos que debían leer para el siguiente encuentro. Aguardó hasta que todos dejaran el aula y se dispuso a ordenar sus papeles. La mañana había concluido, y tenía por lo

menos dos horas libres para poder almorzar y terminar de corregir los exámenes que le habían quedado pendientes.

—Despistada no eres, por lo que fue extraño que te metieras en mi clase.

El tan característico acento inglés de la voz que escuchó no le dio lugar a duda de saber de quién se trataba. Levantó la vista para ver a John apoyado en el quicio de la puerta y con las manos en los bolsillos del pantalón. Le sonrió. No podía negar el atractivo que tenía. Su porte era distinguido pero informal, llevaba el cabello claro y corto, una piel apenas bronceada, que hacía destacar sus ojos color del cielo, y unos labios sonrosados y bien definidos.

Una tenue barba asomaba en su mandíbula cuadrada y, pese a que sabía cómo se sentía esa aspereza en la yema de sus dedos, deseó poder pasarlos una vez más por allí.

—Aunque siempre es grato recibir visitas que alegran la vista —dijo a la vez que entraba y se acercaba a ella. Apoyó el trasero en el borde del escritorio y cruzó los brazos por encima de su pecho.

—Tenía la cabeza puesta en las palabras de mi hermana —respondió sin dejar de guardar algunas carpetas en los cajones y otras en su maletín—. Me sorprendió con su llamado hace unas horas. Se casa. Todavía no puedo

hacerme a la idea —le contó con la confianza que le tenía.

—Vaya, no recordaba que salía con alguien.

—Sí, desde hace cinco meses —le confirmó de la misma forma que lo hizo Dara.

—¿Y no es muy pronto? —John se rascó la barbilla en un acto reflejo.

—Te diría que sí, pero es mejor no hablar al respecto, con el sermón que ya le dio mi padre no creo que quiera escuchar a nadie más recriminarle por ello.

—Ya lo creo. ¿Y bien?, ¿salimos a festejar entonces? Tengo la tarde libre.

—Solo a almorzar, tengo clases en menos de dos horas.

Las últimas semanas antes de las vacaciones solían ser un ajetreo constante en el instituto. Sin embargo, para Carla, ese ir y venir la mantenía lo suficientemente ocupada para no pensar en el verano que se le iba a presentar. Tras la charla mantenida con su hermana por su casamiento, no tardó en llegar la llamada de sus padres. Decir que no los había notado felices era mentirse a sí misma, puesto que estaban muy ilusionados con el gran acontecimiento. No obstante, no demoraron en reprocharle que si no se apuraba ella

también, se le iba a pasar el arroz. Y, para ser sincera, Carla no terminaba de comprenderlos. «Dale prioridad al estudio», eso solían repetirle una y otra vez hasta el cansancio. Y ella lo había seguido al pie de la letra, como si se hubiera tratado de un mantra, y casi sin romper las reglas que se había autoimpuesto hasta terminar su carrera.

Casi.

La palabra golpeó en su cabeza, y los ladrillos del muro que protegían su corazón se tambalearon como lo hicieron hacía ya diez años. Por más que intentaba dejar el pasado atrás, donde debía estar y quedarse, el recuerdo de su noche mágica aparecía en momentos como estos para atormentarla, y las

mismas preguntas de aquel entonces volvían a aguijonear en su interior. Cerró los ojos y respiró hondo; de nada servía ya repetir las y soñar con el felices para siempre cuando fue ella quien no permitió que así fuera.

El ruido de la puerta al cerrarse, y el posterior chirriar de una silla al correrse, la sacó de sus pensamientos. John entró a la sala de profesores con varias carpetas en las manos, que apoyó sobre la mesa casi dejándolas caer.

—*The last month is the worst*[\[1\]](#) — pronunció, soltó el aire y se ubicó frente a ella.

—*I agree with you*[\[2\]](#) —respondió con una sonrisa en sus labios, y ambos

rieron al unísono—. Ya queda menos. Y por lo pronto, tú irás a descansar. Yo no sé si podré tener esa paz —dijo con cierta resignación.

—¿Lo dices por lo de la boda?

Carla asintió.

—Mis padres están como locos y no tuvieron mejor idea que decirle que nos instalaríamos en Madrid unas semanas antes para ayudarle en todo. Mi madre no va a perderse la oportunidad de estar al pie del cañón dando sus directivas, y más cuando es su pequeña la que se casa. Y mi padre, ¡uff!, no sé cuál de los dos está peor.

—E imagino que ni caso te hicieron a tu negativa.

—¡Ja! Ni tiempo me dieron a decir

nada.

—Ponme de excusa, no sería la primera vez. —John le guiñó un ojo.

—Llego a decir tu nombre y te hacen un lugar para que te vengas con nosotros.

—No es mala idea.

Carla lo miró seriamente. Si bien, desde que lo conoció, habían congeniado enseguida y mantenían una amistad, sus padres aún creían que John seguía siendo su pareja.

—No hablas en serio, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—John —lo nombró—, por empezar, no voy a permitir que no vayas a visitar a tu familia, la que seguramente te

espera tras meses de no verte.

—Existe el *skype* para ello —la interrumpió.

—No es lo mismo, lo sabes.

—No, pero no les extrañará que quiera tomarme las vacaciones visitando un lugar que no conozco. Ya soy mayorcito para elegir a dónde voy y qué hacer, ¿no crees?

—Creo que eres un gilipollas —respondió molesta.

—Vamos, no te enfades, *honey*[\[3\]](#). No tengo problemas en acompañarte y hacerte más amena tu estadía en Madrid. De veras.

—No lo sé, John —dudó.

—Si es por el hecho de no seguir juntos... —Le guiño un ojo con

complicidad.

Carla negó con la cabeza, y sus mejillas apenas se tiñeron de rojo. Era cierto que ya no conformaban una pareja como tal, pero eso no impedía que cada tanto tuvieran algún que otro encuentro de *más que amigos*.

—No es eso.

—¿Entonces?

—Nada. No me hagas caso. —

Prefirió no contarle el verdadero motivo por el que temía ir a Madrid, aunque suponía que, tarde o temprano, John lo intuiría. Suspiró.

—¿Cuándo partimos? —le preguntó para sacarla de la melancolía en la que parecía haber entrado.

—¿Estás seguro? Mi madre te volverá loco, por no decir que tendrás que aguantar el parloteo de mi padre.

—Pareciera que no me conoces todavía, *honey*. ¿No recuerdas aquel fin de semana que pasamos juntos en Londres y nos encontramos con él? Soy buen conversador y mejor oyente. No hay dudas de que son dos cualidades que al señor Ortega le agradaron mucho de mi parte.

—Está bien —cedió finalmente.

Capítulo 5

Carla agradeció que John la acompañara

en su viaje; después de todo, tenía razón, se le había hecho más ameno con su presencia. Y, aunque no lo quería reconocer, sus padres estaban encantados con él.

—Te debo una —le dijo cuando por fin lo encontró solo tras el vuelo.

—No es nada, *honey*, soy parlanchín por naturaleza. Y ya te lo había dicho...

—Sí, lo sé, le caes muy bien a mi padre. Pero de veras, John, estaré eternamente agradecida contigo. Ya pensaré algo para pagarte el favor.

—Una buena cena no me vendría nada mal... y que seas mi guía turística, y algún que otro masaje sería estupendo.

—¡Oye! No te pases. —Apenas lo empujó con su cuerpo.

—Es un favor muy grande, *honey*.

—Me dijiste que... ¡oh! —lo vio sonreír cómplice—. Eres un tonto. —Le dio un codazo y rio con él.

—¡Eh! Tortolitos, ¿no pensáis saludar? —La voz de su hermana los sorprendió, y, rauda, se lanzó a sus brazos. La había extrañado; llevaban más de un año sin verse.

—Mamá me dijo que no podías recibirnos, pues te tocaba trabajar.

—Pedí un cambio, ¿cómo no iba a estar el día en que llegaran?!

—Me alegra que lo hicieras. ¡Te extrañé, peque!

—Y yo a ti. Ahora —le susurró—, preséntame a ese guapetón que vino

contigo. Es John, ¿cierto?

Carla asintió.

—Me pone muy feliz saber que estás con alguien, Carla.

—¿De qué estás hablando? ¡Oh, cielos! Voy a matar a mamá.

—¿Qué?

—John y yo ya no estamos juntos. Me acompaña como amigo.

—¿Uno con derecho a roce, tal vez?
—se burló Dara.

Carla sintió que sus mejillas apenas se coloreaban.

—Te pillé —se emocionó su hermana—. Entonces no fue tan malo que mamá no lo mencionara. De todas formas, si no desean estar juntos, la suite no les será incómoda.

—¿Suite? —preguntó, aturdida—. Creí que...

—En el departamento íbamos a estar muy apretados, por lo que papá me pidió que te reservara una habitación en el Palace cuando propusiste venir con John, además de darte esa libertad. —Le guiñó un ojo—. Pensé que la suite era la mejor. Te conozco, hermana, y sé que no te trajiste medio instituto contigo porque no cabía en la maleta, que si no...

—¡Ja! Muy graciosa. Pero ¿en el Palace? —Dara asintió, y ella soltó un suspiro. El Westin Palace Hotel era uno de los más importantes y conocidos de la ciudad. Y no podía ser menos, viniendo de su padre, que ella se alojara

allí.

—Es lógico también, Carla. ¿Ya te olvidaste todo lo que te conté? —Negó con la cabeza, recordando que los novios habían optado por uno de sus salones para realizar la boda—. Pues déjate de poner excusas y disfruta. Anda, preséntame a ese chico, que mucho me hablaste de él y recién ahora voy a conocerlo en persona.

Carla se resignó, su hermana tenía razón. Se giró hacia su acompañante.

—John, esta es mi hermanita Dara.

—Un placer conocerla, *Little miss*[\[4\]](#). Carla me habló mucho de ti.

—Espero que solo lo bueno. —Rio al tiempo que se le acercaba y le daba dos besos—. ¡Venga! —los apuró—.

Debéis estar cansados del viaje y será mejor que durmáis un rato, en la noche tendremos cena familiar. ¡Qué emoción!

Carla observó a su hermana ir al encuentro con sus padres. A leguas se notaba que rebosaba de felicidad, y a su pesar, la envidió.

—¿Ocurre algo, *honey*? —John se le acercó.

—Nada. Solo que compartiremos habitación. Mi madre y sus silencios — se quejó.

—Mmm... Dicen que los sillones no son tan incómodos como parecen. Te acostumbrarás.

Carla lo miró, pero no pudo objetarle nada; su cara de niño pícaro,

simplemente, la hizo reír.

—Vamos, *Dandy*.

El trayecto hasta el hotel lo hizo sumida en sus pensamientos, y John, a su lado, respetó su silencio. Madrid le traía un recuerdo en particular que no había podido borrar de su corazón. Pero, por más que quiso obviarlo, su traicionera mente lo traía a colación. Cinco años atrás, cuando su hermana estaba por iniciar su carrera, no pudo evitar acompañarla. La insistencia de Dara no era fácil de disuadir, aunque, si era sincera consigo misma, la peque era todo para ella, por lo que tampoco ponía mucha resistencia a sus pedidos.

Fue así que, con las pertenencias de Dara metidas en el maletero de su

vehículo, ambas emprendieron el viaje que las llevaría hasta la capital. Charlaron como siempre lo hacían, se divirtieron y disfrutaron de pasar el tiempo juntas. Carla solo se quedaría por dos semanas, no había sido fácil dar con un buen apartamento para Dara, y, por otro lado, el inicio de clases estaba a la vuelta de la esquina y había mucho que debía preparar.

Instalada ya en su nuevo hogar, su hermana le propuso salir a recorrer los alrededores y quedarse en algún bar a pasar la tarde. Así lo hicieron y, tras caminar varias manzanas, se detuvieron a tomar un refresco en un pequeño café. Se sentaron a una mesa justo al lado del

ventanal que les permitía tener una extensa visión de lo que sucedía fuera; estaban cerca del Hospital Universitario 12 de octubre, y era constante el pasar de jóvenes estudiantes de medicina. Dara observaba con interés el exterior; había elegido Madrid para hacer su carrera de paramédica. Ansiaba andar en la ambulancia e ir de aquí para allá ante una emergencia.

—Algún día —le había dicho Dara —, yo atenderé urgencias antes que ellos. —Le señaló el lugar en la distancia donde un grupo no muy grande de hombres con batas blancas parecía estar conversando.

Carla giró la cabeza para ver en la dirección que ella le indicaba, y su

corazón dio un vuelco cuando reconoció a uno de ellos. «Julio», lo nombró en silencio. No había cambiado mucho, seguía tan guapo como lo recordaba, aunque su semblante denotaba seriedad y profesionalismo. Verlo allí removió en su interior la mejor noche de su vida, pero también el peor verano vivido. Cumplir sus metas fue la prioridad que se había auto impuesto, y lo había hecho a rajatabla, sin importarle nada. Ahora, descubrir a Julio entre ese grupo le demostraba que él tampoco se había quedado atrás, que había logrado ser el médico que deseaba. Rogó porque su hermana no lo hubiera registrado también, si por algo podía

caracterizarla, era por su buena memoria, y, nerviosa, aunque con disimulo, la miró. Dara había vuelto la vista al plato que tenía enfrente y, con cuidado, cortaba en dos el sándwich para tomar uno de los trozos y llevárselo a la boca. Ella hizo lo mismo con el suyo, pero dudaba que pudiera acabar si quiera con el primer bocado.

El tiempo que se quedó en Madrid con ella pasó relativamente rápido para su suerte, aunque no lo vivió después de aquella tarde. Andar por las calles de Madrid ya no era lo mismo, y temía encontrarse cara a cara con él después de lo que le había hecho.

Por eso, estar en la capital una vez más le generaba ese mismo sentimiento

de antaño. Sumida en la nostalgia, apenas se dio cuenta de que John se había encargado de hacer el *check in* en el hotel y que ya tenía la llave de la habitación que ocuparían. Tras despedirse de su hermana y de sus padres, se adentró en el ascensor.

—Estás muy callada —le dijo John.

—Será el cansancio —mintió, no estaba de ánimo para contarle sus tristes recuerdos, aunque, en parte, estaba segura de que él los intuía. John había resultado ser un gran amigo, y su historia con Julio, si la podía llamar así, no era un secreto para él.

—Tu cuerpo está aquí conmigo; no así el resto de ti. ¿Qué ocurre, *honey*?

—la instó a hablar.

Las puertas del elevador se deslizaron a ambos lados, justo para que ella pudiera escapar a su interrogatorio. Salió de inmediato, aunque tuvo que esperarlo, no tenía idea de qué habitación le habían asignado.

—No te vas a salvar —le dijo él al pasar por su lado. Deslizó la tarjeta en la puerta correspondiente y la instó a entrar.

Carla no prestó atención a nada; simplemente, se acercó a la ventana y se perdió en la vista que esta le ofrecía. Habían sido privilegiados al tener esa suite, puesto que la visión que tenía de Madrid le permitía ver gran parte de la ciudad. Solo cuando John despidió al

botones tras dejar el resto de su equipaje y se acercó a ella por detrás, rodeándole la cintura, se atrevió a contarle su miedo.

—Temo encontrarme con...

—Julio —acabó el de decir.

Carla notó cierto recelo en su voz. Asintió, de nada servía ocultarle la verdad que traslucía su interior, y se giró en sus brazos para verlo a los ojos.

—Hace cinco años, cuando acompañé a Dara en su travesía de estudio, lo vi cerca del Hospital Universitario. Nada me hizo más feliz que saber que había logrado cumplir con lo que se había propuesto. Sin embargo, solo fue eso, verlo, porque no me atreví

a buscarlo. —Un nudo se le formó en la garganta, y las lágrimas se agolparon en sus pupilas—. No lo culparía si me odia. Despedirme con una carta, después de darle una de las mejores noches de mi vida, no fue lo mejor que pude haber hecho. Me marché a Santander sin decirle adiós. Ni siquiera me valió que, ese día, él me observara de lejos.

—Madrid es una ciudad grande, *honey*.

—Sí. Pero te olvidas que mi hermana es paramédica y que, para más inri, se va a casar con uno de los mejores cardiólogos del país. ¿Y si Julio es parte de su círculo?

—Todavía lo quieres, ¿no es así?

La pregunta de John no solo la

sorprendió, sino que le heló la sangre. ¿Todavía? ¿A quién quería engañar? Aunque en aquel entonces no quiso reconocerlo, lo amaba, y nunca había dejado de hacerlo.

—Tu silencio te delata, *honey*.

—Yo... —no logró decir mucho, mas tampoco pudo; los besos que John comenzó a brindarle sobre su cuello la hicieron estremecer. Negar que no sentía nada era engañarse a sí misma. No podía rebatir que él sabía cómo hacer que una mujer se rindiera ante sus caricias y que se olvidara de todo. Inevitablemente, lo pronunciado por su hermana, «amigos con derecho a roce», golpeó en su cabeza. Pese a no mantener

todavía un noviazgo, aunque muchos creyeran que aún lo tenían —sus padres incluidos—, tenía que reconocer que, cada tanto, pasaba muy buenas noches a su lado.

—Creo que el sillón no se ve tan cómodo como parece, *Darling*[\[5\]](#), y odiaría que te vieras ojerosa o cansada por mi culpa. Te dejo compartir cama conmigo, aunque ya sabes cómo. — Dibujó una media sonrisa en sus labios y, muy cerca de su boca, y transmitiéndole con la mirada su verdad, continuó—: Si te encuentras con él cara a cara, temo que yo pueda perderte del todo, *honey*.

Sus palabras la traspasaron, y el nudo en su garganta aumentó, así como unas

gotas escaparon de sus lagrimales. ¿Por qué no podía amarlo?

—John... —intentó decir algo, pero le fue imposible.

—No puedo luchar contra tu corazón, Carla, lo intenté y no funcionó. Al menos me queda el consuelo de saber que, mientras, podemos ser... ¿cómo lo llamáis? ¡Ah, sí! Folla amigos. —Y sin más, la besó sin dejar que acotara nada.

No sabía por qué, pero Carla tenía una sensación muy extraña en el cuerpo, como si presintiera que algo iba a ocurrir esa noche. No es que fuera creyente de cosas así, pero no podía quitarse ese presentimiento de encima.

Cerró el grifo y salió de la ducha. El agua se escurría por su cuerpo y un pequeño charco ya estaba formándose a sus pies. Cogió la bata y se cubrió con ella, anudándola sobre su cintura. A su vez, tiró la cabeza hacia abajo y se enrolló una toalla en el pelo; odiaba que la humedad le traspasara la ropa si no lo secaba antes de esta forma. Al volver la vista al frente, dio un respingo, sorprendida porque John la estuviera observando.

—De haber sabido, te habría hecho compañía. Creo que tengo el sueño profundo, no te sentí salir de mi lado ni oí el agua caer.

Carla le sonrió, aunque sintió que se ruborizaba; John estaba tal cual había

llegado al mundo.

—O estabas agotado después de... bueno... tú sabes, *Dandy*. —Se acercó a él, graciosa, y, en puntas de pie, apenas rozó sus labios sobre los de él.

—Mmmm... —John la atrajo hacia su cuerpo, para intensificar el beso, a la vez que su sexo reaccionaba con el contacto—, ¿tú crees?

—¡John! —lo amonestó.

—Tú empezaste, *honey*.

Sin darse cuenta, en un hábil movimiento de sus dedos, John le había desatado el nudo del cinturón, y ya sus manos habían comenzado a rozarle la piel. Intentó detenerlo, mas él era un experto seductor.

—Se hace tarde —logró decir.

—No me importa.

—A mí sí, John.

Él la miró.

—¿Estás segura?

—¡Oh, vamos! No me lo hagas más difícil, por favor.

—Yo no hago nada, *honey* —le dijo, observándola como ya lo había hecho antes.

Carla sintió que se quebraba y, en un acto reflejo, cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre su pecho; odiaba no poder amarlo, pero él tenía razón, no podía luchar contra su corazón.

—Ve a cambiarte mientras me ducho, *Darling*. —Apenas la empujó para que

saliera—. Antes de que me arrepienta.

Capítulo 6

Julio,

escribirte estas palabras no es fácil para mí. No después de esta noche tan mágica y perfecta que me diste. Sé que me quieres, me lo demostraste con cada caricia, con cada mimo que le regalaste a mi cuerpo, a mi alma. Pero no puedo intentar tener algo que no quiero en este momento. Soy joven y tengo una carrera por delante. Y tú tienes la tuya. Yo no soy quién para impedirte que logres llegar a ser el médico que deseas. Estoy segura de

que lo conseguirás. Eres perseverante; me consta que, cuando te propones algo, lo cumples.

Tomé una decisión, acertada o no, es la que necesito ahora.

Quisiera decir que te amo, pero no quiero engañarnos con algo que, a esta edad, no estoy segura de entender. Puede que te haya entregado mi corazón; puede que me sienta vacía por la eternidad, pero eso solo lo sabré con el correr de los días, meses o años; no lo sé. Solo sé que nuestro camino no puede ir en la misma dirección. No creo que me comprendas, pero, si alguna vez volvemos a cruzarnos, espero, al menos, poder mirarte a los

ojos y ver al mismo chico divertido y carismático que me trató como si fuera la flor más delicada y bella de la Tierra.

No me busques, por favor. Necesito seguir. Sola.

*Tuya por una noche,
Carla*

Julio ni siquiera sacó la carta que guardaba celosamente en su billetera. La sabía de memoria. Cada palabra, con el sentimiento que cada una de ellas le transmitía, se había grabado a fuego en su corazón. Quizá por eso había elegido la cardiología como especialidad; tal vez, inconscientemente, lo había hecho para lograr encontrar la cura para el

suyo. Sin embargo, por más que investigaba, por más que se devanaba los sesos intentando comprender la complejidad de tal órgano, todo era en vano.

Su corazón no sanaba.

Y cuando pensó que el tiempo podía hacerlo, Carla volvía para cruzarse en su camino.

Miró a través del cristal mojado de su oficina; la tenue lluvia en el exterior no hacía más que aumentar su dolor y traerle a la mente la última vez que la vio. Encontrar la carta sobre la almohada solo había sido el principio de su desdicha.

«No me busques».

«Estúpidas palabras», se decía siempre que sus pasos lo llevaban hasta su puerta, y solo hasta allí, pues esos mismos vocablos eran los que no le permitían hacer más.

Una y otra vez se repetía que era un total y completo idiota mientras se daba media vuelta y regresaba sobre sus pasos. Sin embargo, nunca lograba alejarse del todo. Y aquella tarde en que, como tantas otras, se había dirigido hasta allí, su corazón terminó de quebrarse por completo. Como si el día lo acompañara en su pesar, el cielo se había cubierto de nubes grises, y finas gotas de lluvia humedecían todo cuanto tocaban, pero no le importó. Medio

escondido detrás del tronco de un árbol, la observó.

Y el dolor se clavó profundo en su interior.

Se marchaba.

Bajo el abrigo de un paraguas, la vio subir las maletas al coche que la aguardaba y antes de entrar al vehículo, como si hubiera presentido que él estaba allí, ella levantó la cabeza y lo miró en la distancia. La vio dudar, pero solo fue producto de su imaginación, o de las ganas que tenía de correr a su encuentro y no dejarla ir. No se dio cuenta cuando era hasta que las luces de la manzana se encendieron y la lluvia se convirtió en tormenta.

Se alejó de la ventana con un suspiro

ahogado y se acercó al escritorio, cogió la carpeta e intentó centrarse en el caso que tenía en sus manos. No era complicado, pero toda cirugía, por más pequeña que fuera, implicaba un riesgo. Y uno no era Dios como para saber qué podía pasar. Sin embargo, no pudo hacerlo. Su cabeza, por no decir su corazón, no dejaba de recordarle el momento en que ella volvió a su vida, y más cuando sabía que estaban a nada de reencontrarse.

—*Le estabilizamos la presión, pero su ritmo cardíaco fluctúa.* —*La joven paramédica explicó los signos vitales del paciente; esa era parte de su tarea. De inmediato, Julio controló la*

situación, y su colega le agradeció.

—Ya nos encargamos nosotros, preciosa.

—Ortega, doctor —respondió ella con lo que a él le pareció una tenue risa de complicidad—, no se olvide que estamos trabajando.

Automáticamente, todos sus movimientos se detuvieron, y su boca repitió el apellido.

—Ortega.

—¿Sí? —La joven lo miró—. ¿Necesita algo más?

—No, nada. Gracias.

Ortega podían haber muchas en toda España, pero solo una que se llamara Dara y que tuviera una hermana mayor, Carla. Sin duda, el destino la volvía a

poner en su camino, y no precisamente de una forma en que pudiera esquivarla. Miguel, su colega y mejor amigo, estaba perdidamente enamorado de la joven paramédica, a tal punto que, con tan solo cinco meses de noviazgo, estaban a algunos días de casarse. ¿Acaso podía negarse a ser el padrino? No, definitivamente, no tenía opción.

Cerró los ojos. ¡¿Cómo concentrarse si sentía que un tornado había pasado por su interior para revolucionar la calma que había logrado conseguir tras su partida?!

—Carla... —la nombró casi como en un lamento, con la sensación de una nueva cicatriz que se abrazaba a su

corazón.

Un par de golpes lo volvieron a la realidad.

—Disculpe, doctor, lo solicitan en urgencias.

Sin dar respuesta, asintió con la cabeza, se puso de pie y salió de la oficina, intentando con ello que todos y cada uno de los recuerdos se quedaran tras la puerta.

Julio deshizo el nudo de la corbata por enésima vez. Sus dedos no lograban entrelazar la tela para que quedara perfecta. Sí, estaba nervioso, no lo podía evitar. Más que el padrino,

parecía el novio en el día de su boda, y eso que todavía restaban un par de días para tal acontecimiento.

—¡Joder! —bufó y desistió de la tarea. Se sentó en el borde de la cama y colocó los codos sobre sus rodillas al tiempo que llevaba las manos hasta la cabeza. Así se quedó por un rato, intentando calmar a su corazón—. Ya estás grande para comportarte como un adolescente —se dijo. Inhaló aire y lo retuvo por unos segundos antes de soltarlo lentamente. Volvió a situarse frente al espejo de su armario e hizo un intento más—. Así te quedas —pronunció mientras bajaba el cuello de la camisa. Descolgó de la percha la

chaqueta del traje y salió de la habitación.

Tras comprobar que dejaba todo en orden, abandonó su apartamento y se dirigió a la entrada del edificio. Un taxi ya lo aguardaba en la puerta. Había decidido sincerarse con Miguel y contarle su historia con la hermana de su futura esposa. Quedó en encontrarse con él en su casa antes de salir hacia el Palace, lugar donde habían establecido tener la cena de bienvenida.

La vivienda de su amigo se erigía en la zona más pudiente de Madrid, y no esperaba menos; los Gallardo Ferrer siempre se habían destacado por su buena posición en la sociedad. Provenían de una familia de médicos de

renombre, por lo que era de esperar que su único hijo también siguiera esta disciplina. Sin embargo, mientras la mayoría había elegido la rama neurológica, Miguel optó por la cardiología. Además estaba decir el orgullo que, igualmente, sentían por sus logros.

Julio no pudo dejar de pensar en la acogida que le habían dado ni bien conocerlo. Había llegado a Madrid con el corazón roto y con todas las fuerzas para centrarse en su carrera. Y así lo había hecho, a tal punto que lo tildaron de sabelotodo, aunque con vistas de ser uno de los chicos más buscados. Varias fueron las jóvenes que se le acercaron,

mas apenas si les prestaba atención. Solo pasaba un rato con alguna que otra, después de todo, tenía sus necesidades, y siempre les dejaba en claro que no iban a conseguir nada con él. Con Marisa habían tenido un noviazgo, sin embargo, no fue capaz de dar un paso más en la relación que tenían, no podía hacerlo, y terminaron por dejarlo.

El coche se detuvo, y bajó aún con cientos de pensamientos rondando en su cabeza. En la puerta, Nora, la madre de Miguel, lo recibió tan cordial y cariñosa como siempre.

—Tanto tiempo sin verte, Julio. —Lo besó en ambas mejillas—. Pasa, hijo. Enseguida le aviso a Miguel que llegaste. Ponte cómodo, esta es tu casa

—le dijo al tiempo que lo acompañaba hasta el despacho y le ofrecía algo para tomar.

—Gracias, prefiero esperar a la cena —respondió; tenía el estómago revuelto a causa de los nervios y esperaba que, contándole a su amigo, se le pasaran, aunque lo dudaba.

Se acomodó en uno de los sillones y cogió una de las revistas que descansaban en la mesa baja que tenía enfrente. Como era de esperar, todas hablaban sobre artículos de medicina. Se centró en una, aunque solo la hojeó. Su mente lo traicionaba. La dejó de nuevo en su sitio y se puso de pie para acercarse a la ventana; el atardecer iba

perdiéndose en el horizonte. Volvió a sentarse y, una vez más, se levantó.

—Si no fuera porque sé que soy yo el que se casa, cualquiera que te vea creería que eres tú. Ni antes de tu primera cirugía a corazón abierto te vi tan nervioso, amigo. Cuenta, ¿qué te anda pasando?

La voz de Miguel lo sorprendió. No se había percatado que estaba en el umbral de la puerta. Lo observó. A su entender, lo veía demasiado relajado terminando de anudarse, como si tal cosa, la corbata al cuello. No pudo evitar sentir envidia, a él le había tomado casi media hora poder hacerlo y, así y todo, no estaba perfecta.

—Tengo algo que decirte —

comenzó.

—Soy todo oídos. —Miguel se acercó a la vitrina de los licores, cogió dos copas y una fina botella tallada y vertió un poco del líquido ambarino—. Creo que necesitas relajarte un poco. — Le tendió una.

Julio la aceptó y le dio un buen sorbo. Sintió el resquemor en su garganta, pero no le importó; realmente lo necesitaba.

—¿Y bien? —lo apremió su amigo.

—La familia de tu novia es de Cantabria, de Cartes más precisamente.

—No es novedad, te lo habré contado en alguna oportunidad. ¿Qué hay con ello?

—También yo lo soy.

—¿Y? Al grano, amigo, no estoy para que andes con vueltas. ¿Acaso la conociste antes? ¿Tuviste algo con ella?

—Con ella no, con la hermana.

—¿Y cuál es el problema? ¿O terminaron tan mal que no pueden ni verse? No me vengas con que tuviste problemas con mis futuros suegros o que tienes una orden para no acercarte a ella. No la habrás acosado, ¿no?

—Joder, Miguel, qué imaginación la tuya.

—Pues entonces habla si no quieres que siga divagando.

—Está bien. Pero no te rías ni me interrumpas. Sé que sonaré como el más

cursi y romántico de los hombres, pero prefiero hacerlo de esta manera a que te enteres en plena cena. Conocí a Carla Ortega en el tercer año de instituto, y fue tan solo verla, que me enamoré y le entregué mi corazón. Pero solo en el último año de cursada me atreví a acercarme a ella. Admito que la forma pudo haber sido poco ortodoxa, pero no encontré cómo hacerlo cuando ella no hacía más que alejar a todo chico que se le cruzaba en el camino. Su excusa: el estudio. No me fue fácil lograr que me dejaran dar el discurso de fin de año con ella, sin embargo, los profesores me aceptaron. Esa noche estaba hermosa, y también me costó, mucho más de lo que yo creía, que tan solo me diera una

oportunidad para demostrarle lo que sentía por ella. Todo fue mágico y surrealista. No obstante, como si hubiera sido un sueño, desperté solo en la cama que compartimos, con la única compañía de una carta de su puño y letra. No voy a entrar en detalles contándote lo que sentí en ese momento y lo que fue después, pero desde el día en que la vi partir hacia Santander, mi corazón se fue con ella, y yo quedé dolido como jamás creí que podía llegar a estarlo por una mujer. No quise saber nada de ella, y bloqueé mi capacidad de sentir. Pero cuando Dara mencionó su apellido, la estabilidad emocional que había conseguido se me esfumó en apenas un

segundo cual edificio en demolición. Soy patético, lo sé, pero ¿entiendes, ahora, por qué mi nerviosismo?

Contarle a su amigo lo que sentía lo había calmado un poco, aunque no podía negar que todavía no lo estaba del todo. Saber que después de diez años volvería a verla hacía que su corazón latiera a mil por hora. Suerte que era cardiólogo, sino pensaría que estaba teniendo una taquicardia.

Miguel se rascó la cabeza y silbó.

—Vaya historia, Julio. Parece que las Ortega no se andan con vueltas. Ya sabes lo que también me costó conquistar a Dara. Y no quisiera poner un obstáculo más en tu camino, pero, hasta donde sé, la hermana no vino sola.

—¡Estupendo! Como si no me sintiera ya un energúmeno por contarte mi patética historia, ahora tengo que enfrentarme a verla con otro.

—Joder, Julio, no seas pesimista.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué parte no te quedó clara? La amo, Miguel, nunca dejé de hacerlo.

—Lucha por ella.

—¿Qué?

—Me escuchaste. Si ella sigue sintiendo algo por ti, no la pierdas. Bien dicen que donde hubo fuego...

Capítulo 7

El ascensor abrió sus puertas en el vestíbulo, y Carla salió precedida por John, quien no había retirado la mano de su cintura ni se había apartado de su lado en todo el trayecto. Los nervios la estaban volviendo loca. Debía calmarse, lo sabía, pero por más que lo intentaba, no podía sacarse ese extraño presentimiento que se había apoderado de su cuerpo desde que pusiera los pies en Madrid. Y quizá, también, el hecho de conocer a una familia tan importante como era la del futuro esposo de su hermana influía aún más en lo que sentía.

—Si sigues apretándome el brazo de ese modo, *honey*, tendrán que hacerme

una cirugía para devolverme la circulación en mis dedos.

—Lo siento —fue lo único que Carla pudo pronunciar.

—No me iré de tu lado, puedes contar con ello —le susurró junto a su oído.

—Lo sé y te lo agradezco, pero no lo puedo evitar. Siento que los nervios se hicieron presa de mi cuerpo. Necesito un trago urgente.

—Si así empezamos la noche... —dijo él, gracioso.

Carla logró esbozar una tenue risa. Se acercaron a la barra, y John pidió las bebidas mientras ella se sentaba en una de las sillas altas. Él se ubicó a su lado, de pie, y le rodeó la cintura. Unos

minutos después, Dara los sorprendía.

—¡Carla! —la llamó efusivamente, le dio dos besos en la mejilla, al igual que lo hizo con John, y siguió hablando—: Mamá y papá ya están con los padres de Miguel, solo faltan vosotros dos. Venga, vamos —los instó a que se movieran.

Carla dio un último trago a su bebida, se puso de pie y deslizó su palma por la falda, como si quisiera alisar una arruga inexistente sobre el encaje negro que cubría la tela turquesa y tornasolada de su vestido. Tenía que reconocer que había acertado con el conjunto que había elegido; elegante y sofisticado, ideal para una cena en el exclusivo restaurante asiático del Palace. Dara no se había

quedado atrás tampoco; mientras la observaba caminar, destacó en ella la hermosa prenda de diseñador que vestía. El tono coral hacía resaltar su piel de porcelana y el vestido se entallaba a su cuerpo a la perfección, parecía que su pequeña hermana era toda una modelo de revista. La vio abrazarse a un hombre y depositar un suave beso sobre los labios de este. Automáticamente, detuvo sus pasos cuando los ojos del novio de Dara se posaron en ella al tiempo que una sonrisa ladeada se dibujaba en su rostro.

John la apremió a que volviera a ponerse en movimiento, pues su hermana la llamaba, y ella parecía no responder.

—No te va a comer —bromeó él

cerca de su oído.

Carla tomó aire, lo soltó lentamente y se pegó más al cuerpo de su acompañante para avanzar junto a él hasta ellos.

—Un placer conocerte, Carla. — Cual caballero de la regencia, Miguel cogió su mano y la besó con delicadeza; a John le dedicó una inclinación de cabeza. Dara dejó escapar una pequeña risa y los apremió a conocer a sus suegros.

—Nora, José —los llamó como si los conociera de toda la vida—, esta es mi hermana mayor, Carla.

La pareja la saludó con cariño, al igual que lo hicieron con su

acompañante, y Carla no pudo menos que sentirse feliz. Los Gallardo Ferrer demostraron ser una familia sencilla y afectuosa. El recibimiento por su parte así lo confirmaba. Pese a recién conocerse, los trataban como si fueran sus pares, como si hicieran años que mantenían una amistad. Sonrió alegre, rebosante. Dara siempre había sido su pequeña hermana, y deseaba su felicidad en todo sentido. Saber que su nueva familia la quería tanto como ella la llenaba de satisfacción. Y no podía negar que Miguel, su futuro esposo, adoraba a la peque; lo veía en sus ojos, en su forma de estar a su lado, en sus gestos.

Por fin pudo relajarse, estaban

teniendo una charla amena, intercambiando alguna que otra anécdota divertida por parte de ambas familias respecto a sus hijos, conociéndose un poco más, antes de pasar al salón para cenar. John se había mantenido a su lado como lo prometió. Aunque no había sido del todo sincera en cuanto a su presentación —todos dieron por hecho que era su pareja—, no le importó, y ni él ni ella los sacaron de la confusión. ¿Qué más daba? No podía negar que sus padres estaban contentos al pensar que aún mantenía una relación con John. ¿Acaso los iba a entristecer con la verdad? No, no era el momento. Si estaban en Madrid, era por Dara, y ella

no iba a ser quien empañara la felicidad que estaban viviendo.

—Bien, bien —habló, de repente, el padre de Miguel—. Creo que ya es hora de que vayamos pasando al restaurante.

—Cariño —lo detuvo su mujer—, recién caigo en la cuenta que no hemos presentado al padrino. —Lo buscó con la mirada y, al no encontrarlo, dirigió la vista hacia su hijo—. Miguel, hijo, no me digas que tuvo una emergencia.

—Casi —expresó—, solo salió a hacer un par de llamadas para que lo cubrieran. Voy a buscarlo. Permiso.

Tras oír la conversación, Carla sintió que los nervios volvían a ella. No le pasó desapercibida la mirada que Miguel le dedicó tras excusarse. ¿Y si el

padrino era...? «Déjate de tonterías», se regañó e intentó prestar atención a las palabras que su padre no había comenzado a pronunciar.

«Mentiroso», Julio se reprochó a sí mismo por milésima vez desde que había puesto un pie en el hotel. Inventarse una llamada había sido la excusa perfecta para retrasar el encuentro con la mujer que le había destrozado el corazón, pero a la que seguía amando pese a todo. No estaba preparado para volver a verla.

«¿A quién quieres engañar?».

Su mente lo traicionaba. Desde el mismo día en que supo que Dara era su hermana, que esperaba el momento de tenerla frente a frente. Entonces, ¿qué lo había hecho retrasar el encuentro?

El rencor... y los celos.

Sí, esos malditos sentimientos que lo carcomían por dentro, que lo hacían actuar como un completo energúmeno. Lo dicho por Miguel aún rebotaba en su cabeza: «no vino sola».

Sola.

La palabra golpeó en su mente con fuerza, y unas más la siguieron.

«Necesito seguir. Sola».

Casi sin notarlo, su mano, cual instrumento automático, se deslizó en el

interior de la chaqueta y retiró la carta que allí guardaba, aquella que Carla le había dejado como única compañía tras la mejor noche de su vida.

«Sola. Sola. Sola».

Cual eco en una caverna, aquel término no dejaba de sonar en su mente.

«¿Y qué esperabas?», se reprochó porque sabía que ya no era así, «¿que te iba a ir a buscar?, ¿que te iba a esperar?».

Sí, estaba preciosa, tan bella como la recordaba y más aún. Se había escondido para observarla mientras ambas familias se presentaban. Se sentía un maldito espía o, mejor, un sicario a punto de atacar, porque eso quería hacer con el hombre que estaba a su lado y al

que ella se aferraba como si no lo quisiera perder.

—Julio —la voz de su amigo lo volvió a la realidad. Guardó la carta y tomó aire antes de girarse—. Te estamos esperando.

—Lo sé. Lo siento, no fue fácil conseguir que me reemplacen —mintió.

—Sí, entiendo. —A Miguel no le pasó desapercibido su semblante, y más ahora que conocía su historia—. ¿Estás bien?

Julio le hizo un gesto con la mano para restarle importancia al asunto.

—No podría estar mejor —dijo con sarcasmo—. Vamos, es hora de enfrentar mi destino —sentenció, seguro

de sí mismo, aunque en su interior no lo estaba tanto.

Accedieron al salón, los padres de Miguel lo observaron y le sonrieron, gesto que él devolvió de la misma manera. La familia Ortega estaba de espalda, y Dara se giró en cuanto su amigo le rodeó la cintura.

—Ahora sí estamos completos — anunció Nora—. El padrino y mejor amigo de Miguel ya está aquí.

—Y no olvides orgullo de la cardiología —agregó el padre—. Ven, hijo, que te presento. Julio Montalvo, un médico excepcional y mejor persona.

Carla se tensó. El nombre retumbó en su cabeza, y tuvo que aferrarse más al brazo de John para no caer, pues no

creía que sus pies pudieran sostenerla por mucho tiempo. Ahí estaba la sensación extraña que la había acompañado durante todo el día. Su amor de adolescencia, aquel a quien le había entregado su corazón, aquel a quien le había negado la oportunidad de un futuro juntos, volvía a aparecer en su vida.

Sus padres lo saludaron como lo que era para ellos, un desconocido, pues jamás les había hablado de él, y estaba segura que, de no ser porque seguía en contacto con Almudena, quien había formado una hermosa familia y se había instalado en Canarias, tampoco se acordaría de ella. Aunque era cierto que

su madre podía descubrir su interior con solo mirarla, tenía que reconocer que era muy reservada en temas del corazón; incluso con Dara, a quien adoraba, no se le hacía fácil hablar al respecto.

Y allí estaba ahora, frente a Julio y aferrada al brazo de otro hombre.

Sus miradas se cruzaron, hipnotizadas ambas por la sorpresa de volver a verse. La de ella cargada de sentimientos que estrujaban su corazón. La de él, vacía, como si hubiera antepuesto una barrera que le impedía ver a través. Se sintió temblar una vez más, y las palabras no salieron de su boca cuando él le tendió la mano y expresó:

—Julio Montalvo para servirle,

señorita Ortega, ¿o debo decir señora...?

No le pasó desapercibida la mirada fugaz que le dedicó a John, quien, para más inri, acotó:

—Señora Huntington..., nada me gustaría más que así fuera, pero habrá que esperar todavía, ¿cierto, *honey*? — La estrechó más contra su cuerpo, con la intención de hacerla reaccionar.

—Claro —respondió simplemente y sin darse cuenta que con su contestación ponía aún más en evidencia el que todos creyeran que eran una pareja.

—Creo que ya podemos pasar al restaurante —anunció Miguel, y todos así lo hicieron.

Julio no dejó de observar a Carla con su acompañante mientras se alejaban, y Miguel, a su lado, no dudó en hablarle en voz baja.

—No vayas a armar un escándalo, por favor.

—¿Me crees capaz? —le preguntó incrédulo.

—No, pero tu cara es todo un poema, y uno malo, por cierto —se burló—. Parece que quieres asesinar al hombre junto a mi futura cuñada.

—Así es —respondió con firmeza—. Joder, Miguel, diez años han pasado y me matan los celos, me mata verla con otro que no sea yo.

—Ya te lo mencioné antes, amigo,

lucha por ella. Algo me dice que no se ha olvidado de ti.

—Yo no estaría tan seguro. ¿No escuchaste, acaso, lo que ese tipejo dijo? —Julio repitió sus palabras con sorna.

—Vamos, no seas pesimista. Pasemos una velada tranquila ahora, y luego encuentra el momento para hablar con ella. Aquí se hospeda, Julio, y no va a marcharse. Puedes plantarte en la entrada y esperarla.

—Te olvidas que no está sola.

—Algo se me ocurrirá para distraer a su pareja. Mira, aunque no lleguen a nada, por el bien de todos, creo que sería bueno que hablen y aclaren las cosas. —Se puso frente a él y lo detuvo

—. Lo que menos quiero es que mi boda se vea empañada por una disputa entre mi mejor amigo y la hermana de mi esposa. Eso sí que no podría perdonártelo, Julio. Ni a ti ni a ella.

—Lo sé, y tienes razón, Miguel. Me estoy comportando como un completo gilipollas. Lo siento.

—No pasa nada, amigo. Solo ten fe. Venga, que nos están esperando.

Carla sentía que sus sentimientos se habían revolucionado en su interior. Tenía una mezcla de emociones que no podía identificar: añoranza, alegría,

tristeza, dolor... Ver a Julio le había hecho remover la huella que él había marcado en su vida y que aún anidaba en su corazón. Por más que había intentado borrarla, le fue imposible. Un amor, un gran amor como aún lo seguía siendo Julio, era muy difícil de sacar.

—*Honey*... —La voz de John junto a su oído la sacó de sus pensamientos.

—No digas nada, por favor. —Las palabras apenas si le salían; un nudo se había apoderado de sus cuerdas vocales, y no tenía intención de escuchar aquello que John pudiera decirle, porque sabía que el dolor, que ya sentía, iba a ser más profundo. Ladeó la cabeza para verlo a los ojos y transmitirle su estado con una sola mirada; él lo entendería, sabía que

así sería.

—*I know*[\[6\]](#) —le dijo en un susurro y rozó su mejilla con las yemas de los dedos en una sutil caricia, aunque ella bien sabía que hubiera deseado besarla y hacerla olvidar todo.

Se acercaron a su familia y, mientras dibujaba la mejor sonrisa en su rostro, se sumaron a la mesa. No pudo evitar llevar su vista a la entrada justo cuando Julio traspasaba la puerta junto a Miguel. Sus miradas volvieron a cruzarse, pero, como antes, no descubrió nada que pudiera transmitirle lo que él sentía después de tantos años sin verse. La mano de John sobre la suya la hizo perder el contacto, de nuevo se había

quedado perdida y no prestó atención a la pregunta que le hacía su madre, quien no dejaba de observarla con cierta preocupación.

—Perdón, me distraje —se disculpó.

—No es nada, hija, solo continuábamos charlando del tiempo pasado y de lo orgullosos que estamos de nuestros hijos.

—Y no solo de ellos —agregó José mientras Miguel y su amigo se sentaban a la mesa—. Julio lo es también para nosotros. Desde que llegó a Madrid, lo adoptamos. —Se rio—. Era muy serio, pero logramos conocerlo a fondo. Tiene un gran corazón. Y no puedo negar que es perseverante, sus honores en cardiología así lo demuestran.

—Gracias, tienes razón, José —
respondió Julio al halago—, puedo ser
muy persistente cuando quiero. —
Adrede, desvió su vista hacia Carla—.
Sin embargo, el camino no es siempre
fácil, y reconozco que la realidad me
golpeó fuerte incluso el último día de
instituto. —Estocada directa al corazón
de la mujer que había destrozado el
suyo. No pudo evitar pronunciar esas
palabras y continuar pese a la patada
que su amigo le dio en la pantorrilla—.
La familia Ortega debe tener muy mala
memoria, ya que ninguno parece
acordarse de mí. Fui compañero de
instituto de Carla, de hecho, el mismo
que pronunció el discurso de fin de

curso junto a ella.

Todas las miradas se dirigieron a la aludida, y el silencio se apoderó de la mesa por unos segundos.

—Julio Montalvo —expresó Yolanda, la madre de Carla—, ya sabía yo que te tenía visto de algún lado, pero no quería meter la pata por si me equivocaba. ¡Qué emoción! ¿No te parece, hija? Después de tantos años, te reencuentras con alguien de tu clase. Seguro que tendrán mucho de qué hablar.

—Ya lo creo que sí —aseveró Julio sin dejar de observarla.

Carla apenas si había probado la comida. El estómago se le había cerrado por completo. Con las palabras de Julio, el centro de atención pasaron a ser ellos, y sus padres no dejaron de rememorar cuantos recuerdos le venían a la cabeza sobre su estudiosa hija mayor. Ella solo podía acertar a contestar con monosílabos y alguna que otra frase muy escueta. Temblaba por dentro, y por todo toque que John le hacía, daba un respingo en su asiento. Debió excusarse para ir al tocador, necesitaba poner su mente en orden y refrescarse la cara con un poco de agua.

Por su parte, Julio no perdió la

oportunidad y justificó su salida alegando que debía llamar al hospital para corroborar que estuviera todo perfecto con su reemplazo. Enfatizó su escapada al sacar el móvil ni bien se puso de pie, el cual volvió a meter en el bolsillo del pantalón en cuanto salió de la vista de ambas familias. Llevó una mano hacia su pecho y apretó contra el corazón la carta que allí guardaba a la vez que corroboraba que le latía a mil por hora. «Tranquilo», se dijo, «solo vas a hablarle». Caminaba de un lado a otro en un pequeño tramo del espacio que había cerca de los tocadores, hasta que se detuvo de golpe cuando Carla también lo hizo al verlo.

—Carla —pronunció con un deje de

melancolía en la voz.

—Hola —dijo ella simplemente.

—Muchos años sin verte, y sigues tan hermosa como te recuerdo.

Carla sintió que su corazón se saltaba un latido y que sus mejillas se sonrosaban. No sabía si lo dicho era un cumplido o si tan solo lo hacía con sarcasmo; inmutable ante ella, su rostro no le demostraba nada que pudiera ayudarla a averiguarlo. Fuera como fuese, se mantuvo callada, sus cuerdas vocales estaban enmarañadas en su garganta y sin posibilidad alguna de expresar nada.

—Qué pequeño es el mundo, ¿no? ¿Quién lo hubiera dicho? El destino

sigue uniéndonos, aunque no quieras, ¿no te parece?

—Julio... —apenas pudo decir su nombre.

—¿Perdiste la capacidad de comunicarte? Porque creo recordar que eras muy buena con las palabras.

—Por favor —logró pronunciar, en mala hora se había excusado, aunque, si era sincera consigo misma, tenía lógica que él estuviera allí para enfrentarla.

—Por favor, ¿qué? ¿Qué no recuerde la mejor noche que tuve en mi vida ahora que vuelvo a verte? ¿Qué no te pida explicaciones por la carta que me dejaste? ¿Qué no te busque como sabes que hice hasta el mismo día en que te marchaste? Por favor, ¿qué, Carla?

—No sigas. No es el momento ni el lugar.

—¿Y cuándo lo será? ¿Acaso hubo alguno en estos diez años que pasaron sin vernos? No, Carla. ¿Y sabes por qué? —Ella negó con la cabeza—. Porque me lo dejaste bien en claro: «No me busques. Necesito seguir. Sola». ¿Te recuerda a algo?

—La carta —articuló en un tono demasiado bajo y con la cabeza gacha, pero que llegó a oídos de Julio, puesto que se había acercado a ella y tan solo estaba a unos centímetros de distancia. La cogió por la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos. Allí dejó él su mano, y el contacto hizo estragos en ambos.

—La misma. Cada palabra y cada letra las tengo grabadas en el corazón, en lo que queda de él, porque tú me lo destrozaste, Carla. —Rozó sus labios con el pulgar, deseaba besarla y volver a sentir su sabor en la boca, pero se abstuvo de hacerlo—. Es irónico, ¿sabes? La cardiología no era exactamente la especialidad que yo hubiera elegido, sin embargo, aquí me ves. Soy uno de los mejores doctores en el tema. No obstante, entre miles de libros y artículos que leí al respecto, en ninguno encontré una cura para el mío. Y sigue doliendo, Carla. Mucho más de lo que yo creía —concluyó. Se dio media vuelta y la dejó sola. Ya no podía seguir

a su lado, porque hacerlo implicaba rendirse ante ella y decirle que nunca había dejado de amarla. Y la verdad era que no estaba preparado para que su corazón sufriera más de lo que ya lo hacía si ella volvía a darle una negativa.

Respiró profundo antes de entrar en el restaurante nuevamente y se mantuvo de pie, con las manos apoyadas sobre el respaldo de la silla que había ocupado, mientras expresaba sus disculpas por dejar la cena.

—Surgió otra emergencia en el hospital. Lamento tener que dejarlos, pero requieren de mi ayuda.

—Ve, hijo, lo entendemos. Es lo que tiene ser médico de guardia a la vez que eminencia en cardiología —dijo,

orgullosa, José.

—Gracias. Buenas noches —se despidió y salió, no sin antes toparse con Carla que entraba. Solo le hizo un gesto con la cabeza, para no ser descortés ante su amigo y su futura esposa, y siguió su camino.

Carla levantó la mano hasta su boca y deslizó el índice sobre sus labios. Que Julio los hubiera rozado activó todos los sentimientos y emociones que creyó que había enterrado en el fondo de su ser. Sin embargo, sus palabras, cual flechas que daban justo en el centro del blanco,

se clavaron muy profundas en su corazón.

¿La odiaba?

Sí, lo más probable era que así fuera, lo que la llevaba a pensar que conseguir un perdón de Julio no iba a ser posible dado lo que le había hecho.

¿Acaso lo quería?

Sí, lo deseó desde el mismo momento en que su mano escribió letra tras letra aquella carta que le había dejado la noche en que se entregó a él. Pero ¿quién era ella para arrebatarse el sueño que tenía? Le había hablado con tanta ilusión sobre el médico que ansiaba ser, que la ínfima posibilidad de pensar que podía tener un futuro junto a él la había desterrado por completo de su mente.

¿Tendría ahora una oportunidad?

Lo dudaba. Las veces en que su vista se había posado sobre los ojos de Julio, estos no le demostraron absolutamente nada que le indicara cuáles eran sus sentimientos, parecía que había levantado una muralla frente a ellos que le impedía ver nada.

Suspiró en un intento por deshacerse de la angustia que sentía y ordenó a sus pies que se pusieran en marcha para volver al restaurante. Aunque no lo deseaba, no tenía otra opción más que regresar y hacer como si nada hubiera pasado. Dibujando una leve sonrisa en su rostro, avanzó. Y cuando estaba por entrar, Julio salía. Apenas le hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo y

se alejó, raudo, de ella.

Cual frágil cristal que choca contra el suelo, Carla sintió que se quebraba en mil fragmentos cuando, por una milésima de segundo, atisbó en su mirada un dolor que logró traspasarle el alma. Deseó morir en ese mismo instante, que la tierra se abriera bajo sus pies y la hiciera desaparecer, o que el tiempo corriera hacia atrás, al momento en que fue de él, para recriminarse el no haber pensado con el corazón cuando su mano dudó en dejar la carta sobre la almohada. Sin embargo, nada de eso ocurrió, y ella seguía estática en la entrada sin poder reaccionar.

—Hija. —La voz de su madre la trajo de vuelta a la realidad.

Pestañeó un par de veces y se enfocó en observar lo que ocurría a su alrededor. Todos se habían puesto de pie y se disponían a dejar el restaurante. Podía escuchar, de todas formas, el murmullo de las conversaciones, por lo que supuso que la noche no acabaría allí y que la continuarían en la barra del bar o en la sala de estar. Para su suerte, no fue así. No obstante, su madre terminó de acercarse a ella y le pasó un brazo sobre el hombro.

—Creo que mi fular quedó en tu bolso de mano tras el vuelo, cielo. ¿Te importaría si vamos a por él? Sabes que es uno de los que más uso.

—¡Oh! Sí, seguro —respondió aún

sin captar del todo lo que le había dicho, pero avanzó junto a ella.

—Dudo que el cansancio te tenga en ese estado, cariño. ¿Hay algo que quieras contarme?

Carla se mordió el labio inferior. Su madre era demasiado perspicaz como para no darse cuenta que algo ocurría en su interior.

—Todo, mamá —dijo sin poder evitar que las lágrimas abordaran sus ojos una vez dentro del ascensor.

—¡Oh, Carla! —Su madre la atrajo hacia sí y la abrazó—. Ahora comprendo por qué temías tanto venir a Madrid. —Carla apenas se separó y la miró—. Hay cosas que por más que quieras ocultarle a tu madre, no puedes

hacer. Siempre fuiste muy transparente, hija. Tus ojos hablan por ti. Supe que la noche de la graduación había ocurrido algo que te marcó, y tu silencio confirmaba mis sospechas. Estabas callada, algo poco habitual, y andabas de aquí para allá en la casa, nerviosa, enojada por momentos. —Salieron en cuanto las puertas se abrieron y se encaminaron a la habitación que Carla ocupaba. Una vez dentro, se sentaron en el sillón—. Tu partida te tenía así, pero sabía que algo más pasaba en tu interior. Descubrí que se trataba de un chico cuando, en más de una ocasión, observé a aquel que no dejaba de pararse detrás de uno de los árboles de la calle y

mantenía su vista fija en tu ventana. Admito que me asusté al principio, pero tu hermana me confirmó que era un compañero tuyo, y todo cuadró.

—Julio —sollozó y sintió que el dolor se hacía más profundo en su interior—. Aquella noche... Él... Yo...

—Se cubrió la cara con las manos—. Lo amé como nunca creí que podría amar. Y le entregué todo de mí como él lo hizo conmigo. Pero lo abandoné sin importar que mi corazón me pidiera a gritos que le diera la oportunidad que me pedía.

—Cielo, tampoco tú te diste a ti misma esa posibilidad —acotó su madre mientras le acariciaba el cabello.

—No podía, mamá. Yo siempre fui vuestro orgullo, mi prioridad era

estudiar, cumplir con el objetivo que me había propuesto y demostrarles que podía lograrlo, que nada iba a impedirme que los cumpliera.

—Carla, hija. —Su madre apenas la apartó y le levantó la cara para que la viera a los ojos—. No tenías que demostrarnos nada. Tu padre y yo siempre estuvimos muy orgullosos de ti; eres nuestra hija y te amamos tal y como eres, nada podría cambiar eso. —Volvió a abrazarla.

—Fui una tonta al no darme cuenta de ello antes. —Pasó una mano por sus mejillas para limpiarse las lágrimas, pero fue inevitable que más volvieran a dibujar sobre ellas—. Julio también

tenía una meta, mamá. Esa noche me contó que deseaba ser médico, el mejor de toda España. Que le gustaban los niños y que su intención era ser pediatra. Tener una consulta y atender a cuantos pequeños pudiera. Es un gran doctor, el padre de Miguel lo dijo, pero ¿cómo crees que me siento al saber que es cardiólogo? Le destrocé el corazón y parte de su sueño. Puedo entender que no me perdone, porque ni yo misma puedo hacerlo.

—Hija, no te culpes.

—¿Cómo no hacerlo? Cuando me excusé para ir al tocador, nos encontramos, y él mismo me lo dijo. No pude ver en sus ojos más que un mínimo atisbo de dolor, y ni siquiera sé con

certeza si fue así. Y si se retiró de la cena, ¿qué puedo pensar, mamá? Seguramente, me odia.

—Y tú todavía lo amas, ¿verdad?

Carla cerró los ojos y respiró profundamente; no tenía sentido negar lo obvio.

—Nunca dejé de hacerlo —aceptó—. Intenté olvidarlo, aunque reconozco que no estuve con muchos chicos después de él. —Meneó la cabeza—. ¿A quién quiero engañar? John es el único con el pude tener algo, pero él bien sabe que no puede luchar contra lo que mi corazón siente. Sé que no desmentimos que somos la pareja que todos creen, y ahora es cuando me arrepiento de no

hacerlo, aunque no sé para qué me pueda servir.

—Hija, sé que no va a ser fácil, pero creo que si volvieron a verse después de tanto tiempo, es una buena oportunidad para aclarar lo que no se dijeron en ese entonces.

—Es posible, pero dudo que Julio quiera volver a encontrarse conmigo.

—Carla, tendrá que hacerlo, no tiene opción. Eres la hermana de la novia, y él, el padrino. ¿Qué elección tienen de no verse? —le sonrió con picardía.

—Ninguna —respondió y esbozó ella también una tenue risa.

—Bien. Es hora que vuelva con tu padre; seguramente, ya estará caminando por las paredes por mi tardanza.

¡Hombres! —expresó al tiempo que se ponía de pie—, no pueden vivir sin nosotras. Tú quédate, me excusaré con todos de tu parte, despreocúpate.

Yolanda besó afectuosamente a su hija y la dejó sola.

John la encontró acurrucada en el sillón de la habitación que compartían. Estaba adormilada y podía notar sobre sus mejillas que no hacía mucho que había dejado de llorar; la humedad sobre ellas era evidente. Inconscientemente, sintió una punzada de dolor en su interior. Había intentado tener una relación seria

con ella, pero estaba más que claro que el corazón de Carla ya pertenecía a alguien más, y que luchar contra él era una guerra que la tenía perdida desde mucho antes de conocerla. Ahora lo sabía con más certeza. Aquel que lo ocupaba volvía a estar en su vida, aunque eso no significara que fuesen a estar juntos. No obstante, él no iba a ser el que estuviera en medio. Podía ser posesivo, sí, pero sabía reconocer cuando estaba de más. Suspiró con nostalgia. Era hora de ponerle punto final a su historia con Carla, si es que podía llamar así lo que habían tenido. Se acercó a ella y se sentó a su lado. Con una suave caricia, rozó las yemas de sus dedos sobre la pálida mejilla de

ella.

—*Honey* —la llamó en un susurro.

Carla apenas se movió, y John optó por tomarla en brazos y llevarla hasta la cama. Con delicadeza, la tumbó sobre el edredón y le quitó los zapatos. Estaba tentado de seguir con su vestido, de deslizárselo y deleitarse con la visión de su cuerpo casi desnudo. La deseaba, sí, y ello se evidenció en su ingle. Maldijo en silencio. Ya no podía volver a tenerla, no cuando su antiguo amor, aunque más tenía que decir único, reaparecía en su vida. Tal vez, el tal Julio ya no la amara, y él podría seguir a su lado, pero algo le decía que no era así. No le pasó desapercibida la mirada

fulminante que este le dedicó cuando tan solo bromeó con que ella fuera la señora Huntington. Sí, la duda no tenía cabida en sus pensamientos; casi estaba seguro que ambos seguían amándose. Volvió a suspirar y se inclinó sobre ella con la intención de besarla en la frente; mal que le pesara, esa noche dormiría en el sofá.

—Quédate conmigo —susurró ella como si hubiera escuchado lo que pensaba.

—*Honey...*

—Por favor —le suplicó.

John la miró a los ojos y se perdió en sus iris empañados de lágrimas. ¿Cómo podía dejarla? No era capaz de hacerlo, y menos en un momento como ese,

cuando más sabía que ella lo necesitaba. Se quitó los zapatos y subió a la cama. Apoyó la espalda en el cabecero y dejó que ella se acurrucara en su pecho. Le acarició el pelo y absorbió su perfume para encerrarlo en un rincón de su ser y jamás olvidarlo.

—Soy la peor —exclamó ella.

—No digas eso, *honey*.

—Es verdad, John. Le destrocé el corazón, él me lo dijo, y también parte de su sueño. Si yo no puedo perdonarme por eso, ¿crees que Julio sí lo hará?

—Supongo que no va a ser fácil —le respondió con cierto tinte melancólico en su voz.

—Perdóname —susurró ella apenas

separándose y cubriéndose la cara con ambas manos—. No tendría que estar diciéndote estas cosas a ti.

—Tal vez no, pero en este momento soy el único que puede darte algún consuelo.

Carla se descubrió el rostro y lo miró a los ojos.

—Perdóname, John —repitió, expresando con esas simples palabras lo que su corazón no podía sentir por él.

John no respondió enseguida, la volvió a cobijar entre sus brazos y la besó en la coronilla.

—Siempre que me necesites, ahí estaré para ti, *honey*. Ahora, descansa.

Capítulo 9

Julio avanzó intempestivamente por los pasillos del hotel hasta llegar a la entrada y salir, donde se detuvo. Sentía que el aire le faltaba, y la sequedad y pesadez de esa noche de verano no ayudaban a que su estado mejorara. Llevó la mano hasta el nudo de la corbata y le dio un fuerte tirón para deshacerlo. Soltó, a su vez, los primeros botones de la camisa, pero eso tampoco le brindó el alivio que necesitaba.

—¡Joder! —vociferó sin percatarse que con su grito había hecho que las personas a su alrededor lo miraran sorprendidos—. ¿Por qué tuviste que

volver a aparecer en mi vida?

Meneó la cabeza repetidas veces y cerró los ojos, intentando con ello calmar la furia que se había apoderado de su cuerpo, como así también la sensación de querer volver a entrar al hotel, tomar a Carla entre sus brazos y besarla hasta saciar la sed que sentía de ella desde la misma noche en que fuera suya.

—Señor... —la voz que sonó a su espalda lo hizo darse cuenta que había salido como un vendaval, y se giró para ver quién le hablaba—. ¿Se encuentra bien?

El conserje del hotel estaba justo frente a él, perfectamente ataviado con su impecable uniforme y mirándolo

preocupado.

—Estoy bien. Gracias —le dijo.

—¿Está seguro? Lo vi salir tan aprisa que...

—No fue nada —lo interrumpió—. Lamento haberlo preocupado.

Aunque no muy convencido por sus palabras, el hombre regresó a su puesto mientras que él observó la calle a la espera de que apareciera un taxi. Tuvo suerte, al instante, divisó uno y lo detuvo. Le indicó la dirección de su apartamento al taxista y se mantuvo en silencio. Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento e intentó no seguir pensando. Sin embargo, la música de fondo no se lo permitió. A cada palabra que

escuchaba de *Recuérdame*, la canción interpretada por Pablo Alborán, sentía que su corazón se quebraba aún más.

¿Cómo hacía para olvidarla una vez más cuando ni diez años habían sido suficientes para hacerlo? ¿Cómo podía ser indiferente ante ella ahora cuando lo único que deseaba era volver a tenerla entre sus brazos? ¿Cómo hacía para no querer deshacerse del hombre con el que la había visto? ¿Cómo...?

Las preguntas se formulaban en su cabeza, pero ninguna respuesta era clara ante ellas. Y el dolor, el rencor y los celos, como crueles vigilantes de un preso, le recorrían el cuerpo con tal intensidad que de nuevo sintió que el aire volvía a faltarle.

«Ya basta, Julio», se dijo y se irguió en el asiento para indicarle al hombre detrás del volante una nueva dirección; la única forma que tenía de no seguir pensando en Carla era ocupando su mente en el trabajo.

No obstante, en cuanto se adentró en su oficina, no pudo evitar tomar entre sus manos el único recuerdo físico que tenía de ella: la carta que, vilmente, lo acompañaba en su día a día. Cientos de veces había intentado deshacerse de ella, y otras tantas incluso estuvo a punto de quemarla. Pero no podía. Tenerla consigo era el estigma que se merecía por haber amado y haberse entregado como lo había hecho, y la misma razón

por la cual tampoco podía volver a amar a alguien.

Abrió el primer cajón de su escritorio, la dejó caer allí y lo volvió a cerrar con la esperanza de haber guardado ahí también todos y cada uno de los sentimientos que no dejaban de acosarlo. Se giró, entonces, para coger la bata del perchero y colocársela. Daría un par de vueltas por urgencias y verificaría que todo estuviera en orden en la UCI de cardiología. «Seguramente, no se extrañarán de verme a estas horas», pensó mientras dejaba su oficina; no habían sido pocas las noches que se había quedado de guardia o custodiando el avance de algún paciente en delicado estado.

—¡Vaya! —Una exclamación, de repente, sonó a su espalda—. Parece que es cierto lo que se comenta por ahí.

Julio dejó sobre el mostrador la carpeta que tenía en las manos y tomó aire. «Lo que me faltaba para rematar el día», se dijo al tiempo que se daba la vuelta y clavaba sus ojos en los de la mujer que se encontraba a escasos pasos de él.

—Doctora Carballo —la saludó con un gesto de cabeza—. ¿Qué la trae por aquí y a estas horas? —prefirió no entrar en el tema de lo que se rumoreaba, y menos si él era parte de esos cotilleos.

—Trabajo, ¿qué otra cosa podría

ser? —Lo miró con picardía.

Julio apenas le sonrió, no quería ni imaginar lo que pasaba por su cabeza. Por todos era bien sabido que la mujer era una eminencia en medicina y que sus conocimientos eran buscados en todo el mundo, pero tampoco podía obviar lo que también se comentaba de ella y sus... conquistas.

—Algo que parece que tenemos en común, ¿no cree, doctor Montalvo? — Ella dio un paso hacia él y llevó una de las manos hacia el rostro para colocar su dedo sobre la mejilla, como si estuviera pensando en las palabras que diría a continuación—. Las noches en un hospital pueden ser... muy interesantes.

Julio intentó mantener la calma, pero

poca tenía ya, y no estaba como para aguantar lo avances de la mujer que tenía ante sí. Sin embargo, también sabía que debía tener cuidado con ella, un solo movimiento en falso y su carrera podría derrumbarse como un frágil castillo de naipes. Desvió el tema hacia el que intuía que la había llevado hasta allí.

—Imagino que estará interesada en los nuevos informes del doctor Gallardo Ferrer.

—Entre otras cosas.

—Pues lamento decirle que, esta noche, mi colega no está de guardia.

—Lo sé. No es novedad lo de su compromiso, y una pena para las

mujeres que suspiran por él. Pero bueno, dicen que el amor es así, ¿no?

«¿Así cómo?», quiso preguntar, pero era mejor guardarse esa incógnita para sí, aunque, si era sincero consigo mismo, tampoco quería responder a ello.

—Si me disculpa, doctora, debo seguir con mi ronda de guardia.

—Por supuesto, no es mi intención interferir en su trabajo. Nos volveremos a ver, hay algunos temas que me interesaría hablar con usted, pero todo a su tiempo. Primero me urge hablar con su colega. —Sin más, la mujer apenas expresó un «*ciao*» y lo dejó solo.

Julio cerró los ojos un segundo, respiró profundamente y volvió a coger la carpeta que había dejado hacía unos

minutos sobre el mostrador. Con ella en la mano, se dirigió hacia la UCI.

La mañana lo encontró adormecido sobre su escritorio, y dio un respingo al escuchar los golpes en la puerta. Estiró su cuerpo, dolorido por la mala posición en la que había estado, e intentó desperezarse.

—Pase —dijo al cabo de unos segundos cuando volvieron a tocar.

—Buen día —lo saludó Miguel—, aunque no parecen tan buenos para ti. Tu cara habla por sí sola.

Julio no respondió, se levantó del sillón y se acercó al dispensador de agua cerca de la ventana. Se sirvió en un

vaso y bebió el líquido de una sola vez mientras su vista se perdía en el soleado día que hacía fuera de la clínica.

—Por lo que veo, pasaste aquí la noche. Sé que es tonto por mi parte preguntar, pero ¿cómo estás?

—Cansado. La noche fue... ajetreada, no recordaba que estar de guardia fuera tan agotador. Por cierto, me encontré con la doctora Carballo. Está interesada en tu trabajo, aunque eso no es novedad.

—No me cambies de tema, Julio.

—Entonces, no preguntes —dijo con fastidio y se giró para verlo, lo que menos deseaba era que él le recordara lo que no podía olvidar.

—Mis padres están preocupados. Si

bien disimularon frente a la familia de Dara, no son tontos. Eres como un hijo para ellos, ¿acaso no te das cuenta?

Julio volvió a situarse detrás del escritorio, apoyó los codos allí y dejó caer la cabeza entre sus manos.

—Siento que me ahogo, Miguel —su tono de voz demostraba el dolor que sentía en su interior—. Volver a ver a Carla fue... —suspiró—, revivir su entrega, la mía, la nuestra... y, a la vez, su abandono. ¡Joder! —Golpeó la mesa con el puño y se apoyó en el respaldo del sillón—. ¿Cómo puedo ser tan estúpido de seguir amándola después de eso y tras diez años? Me siento como un... un... —No encontraba una palabra

para definirse.

—Un hombre enamorado hasta las trancas —terminó Miguel la frase.

Julio respiró profundamente, su amigo tenía razón. Sin embargo, reconocerlo no cambiaba nada. Él seguía con el dolor clavado en su corazón.

—Será mejor que me retire, que regrese a mi apartamento e intente despejarme. Siento cargarte con las consultas que me tocan atender hoy, pero no creo poder hacer frente a nada.

—Tranquilo, amigo, ya me las cobraré cuando te toque hacerlo con las mías.

Miguel se levantó de la silla que había estado ocupando y se retiró. Julio hizo

lo mismo y, una vez más, al cerrar la puerta, deseó que todos sus recuerdos y sentimientos quedaran allí atrapados y desaparecieran como la luz de una vela al apagarse.

Capítulo 10

Carla abrió lentamente los ojos. La pesadez de sus párpados no se debía al cansancio habitual de noches entregadas a elaborar, corregir o programar clases y exámenes, sino al dolor que su cuerpo expresó a través de lágrimas que recorrieron sus mejillas. Recordó su encuentro con Julio, la charla con su

madre y las palabras de John. Y una vez más, se sintió como un frágil cristal que se quebraba. Sin embargo, no lloró e hizo una respiración profunda para darse valor, el mismo que necesitaba para enfrentarse a aquello que le tocaba vivir.

Se giró en la cama con la intención de hablarle a John, pero descubrió que estaba sola, aún con el vestido puesto de la noche anterior y apenas tapada con la otra mitad del edredón bajo su cuerpo. Confundida, se destapó y dejó caer los pies hasta el suelo a la vez que se sentaba. El sol se colaba a raudales por la ventana para ofrecerle, incluso a través de las livianas cortinas, su calor. Se puso de pie y se acercó allí para

sentir su calidez.

Suspiró con nostalgia, y el ruido de la puerta al abrirse la hizo girar la cabeza para ver entrar a John a la habitación.

—*Honey* —la nombró él en un susurro—. ¿Cómo estás?

Carla le dedicó una tenue sonrisa; de más estaban las palabras para explicarle cómo se sentía cuando sabía que a John podría dolerle más que a ella lo que pudiera decir.

—No es tarde si quieres desayunar —mencionó.

—Solo dame unos minutos para que me asee y me cambie.

John asintió, y Carla se escabulló

en el baño. Al ver su reflejo en el espejo, no supo si reír o llorar. Tenía el maquillaje, o lo que quedaba de este, corrido, y el peinado que se había hecho la noche anterior estaba desarmado por completo. «Soy un desastre», se dijo y se inclinó sobre el lavabo para lavarse, en principio, la cara. Se deshizo de las horquillas que le quedaban en el cabello, se lo peinó y lo ató en una coleta. Apenas se cubrió con nuevo maquillaje, no mucho, solo el necesario para que su pálido rostro, al estilo Morticia Adams, no asustara a las personas con las que se cruzara en el hotel. Salió una vez que estuvo lista y buscó ropa que ponerse. Una falda recta y una camisola en tonos celestes fue su

elección, que completó con unas cómodas sandalias de tacón medio.

Se encontró con John en el saloncito de estar que tenía la suite que ocupaban y fue allí cuando cayó en la cuenta de la maleta que descansaba al lado del sillón donde este estaba sentado.

—¿John? —lo interrogó.

—Pedí una habitación para mí. Es lo mejor, *honey*.

Carla abrió la boca para responder, pero la cerró al instante, ya que el nudo en su garganta le impidió hablar.

—No me iré lejos, solo a dos puertas de la tuya —le dijo con una sonrisa, como si con ella pudiera quitarle hierro al asunto. Se puso de pie,

cogió la maleta y la invitó a que la siguiera—. ¿Vamos? Me muero de hambre.

Ella solo atinó a asentir y a caminar delante de él, puesto que le había cedido el paso. Avanzaron por el pasillo hacia el ascensor, previo a dejar las pertenencias de él en su nueva habitación, y se adentraron en el habitáculo para hacer un descenso demasiado silencioso e incómodo a su parecer, el mismo que mantuvieron hasta estar ubicados en una de las mesas del salón comedor donde se sentaron a desayunar.

—Tu hermana llamó hace un rato — le habló John—. Dejó dicho que a las once te espera para la prueba del

vestido que lucirás para la boda. Esta es la dirección a la cual debes ir. —Le tendió una tarjeta—. Te acompañaría encantado —le sonrió pícaramente, cuando ella lo miró, y le guiñó un ojo—, pero temo que no me vayan a dejar. De todas formas, tengo que buscar un esmoquin de alquiler. En la recepción ya me han informado dónde conseguirlo.

—Gracias —respondió simplemente.

—*Honey*. —John estiró su mano para coger la de ella—. No tienes que agradecerme nada. Sigo siendo el amigo que estará siempre a tu lado pese a todo. No quiero que porque tú no sientas por mí lo mismo que yo siento por ti, nuestra

amistad se vea afectada. Somos adultos. No pasa nada. Anda, termina tu desayuno, creo que necesitarás fuerzas para enfrentarte al vestido color verde limón que Dara ha elegido para ti.

Carla abrió grande los ojos, y John soltó la carcajada que había mantenido encubierta con sus palabras.

—Solo era una broma —le dijo sin dejar de reír, y Carla esbozó una sonrisa al tiempo que negaba con la cabeza.

—Eres un payaso.

—Aunque los detesto, lo tomaré como un halago; ver tus labios curvados hacia arriba es el mejor regalo que puedo pedir.

—¡Carlaaaa! —La indiscutible efusividad de Dara se hizo notar ni bien Carla puso los pies en la tienda donde la aguardaba—. ¡Qué bueno que ya hayas llegado! ¡Ven! Quiero que veas mi vestido. Es... es... ¡un sueño! —dijo suspirando—. ¡Y espera a ver el que elegí para ti!

—Dara, cielo —la llamó su madre, acercándose a sus dos hijas—. Déjala respirar.

—Hola, mamá —la saludó Carla con un beso en la mejilla—. Está bien. Me alegra ver a la peque tan entusiasmada. Hace que me olvide de... ya sabes —pronunció esto último solo

para que su madre la oyera.

—Es lo que tiene nuestra Dara. —
Le sonrió.

Las tres siguieron a la dependienta, que apareció de la nada, y se adentraron en un amplio salón donde había infinidad de vestidos perfectamente colgados en perchas, uno detrás de otro, mientras algunos más estaban expuestos sobre maniquíes. La variedad de colores y telas centelleaban frente a los ojos de Carla, sorprendida de tanta belleza y elegancia.

—¡Ven! —Dara la cogió del brazo y tiró de ella para situarla frente a uno de los probadores con sus cortinas cerradas—. Me tomé el atrevimiento de elegir por ti. —Su hermana hizo un

mohín con los labios, un gesto muy de ella cuando intercedía por cuenta propia —. Espero que te guste. A nosotras nos encanta —expresó a la vez que le guiñaba, cómplice, un ojo a su madre.

Carla meneó la cabeza; conocía a Dara y pese a ser muy libre en muchas de sus acciones, eran contadas las veces en que no había acudido a su madre cuando se trataba de contentar a su hermanita mayor.

—Entra y pruébate. Creemos que te sentará de maravilla.

—Mientras no sea verde limón —bromeó, y las dos la miraron sin entender—. Olvidadlo —concluyó y se perdió detrás de la cortina.

Sus ojos divisaron inmediatamente la prenda que esperaba cubrir su cuerpo. En púrpura, con pequeños destellos que desprendían la flor de piedras brillantes situada sobre el lado derecho, justo donde ella imaginaba que quedaría apoyada sobre la curva de su delicada cintura, el vestido colgaba en su percha. Se mordió el labio solo de pensar cómo luciría el color sobre su blanca y tersa piel, y hasta su corazón se saltó un latido cuando acercó su mano y descubrió la calidad y suavidad de la tela.

—¿Y? Anda, Carla, apresúrate, que queremos verte. —La voz de Dara expresaba la emoción en sus palabras. Parecía que estaba más ilusionada por

verla a ella con su vestido, que por mostrarle el suyo, espectacular y maravilloso, según le había comentado cuando mantuvieron cientos de conversaciones al respecto.

—Solo un minuto —logró responder y, rauda, se deshizo de su ropa y se colocó la nueva prenda. Necesitó de la dependienta, que estaba al pendiente, para que la ayudara—. Es precioso —dijo en un susurro. Era como un sueño; un sueño que no estaba segura de querer volver a tener.

—Y le queda a la perfección —mencionó la joven que terminaba de subirle el cierre, escondido en la espalda, y le acomodaba los pliegues de la tela que caía sobre una de sus piernas.

Carla suspiró y pestañeó varias veces para evitar que las lágrimas salieran de sus ojos. El recuerdo de la noche en que se sintiera una princesa como en ese momento le estrujó el corazón, pues no había querido asistir a ningún otro evento de tal índole, y eso que no le faltaron oportunidades para hacerlo.

—¡Carla!

El tono apremiante de su hermana la obligó a volver a la realidad y, nerviosa, descorrió la cortina y dejó que tanto Dara como su madre apreciaran lo que ella ya había observado frente al espejo del pequeño probador.

—¡Oh, vaya! ¡Te queda tal cual lo

imaginé! ¡Estás hermosa, Carla!

—Tu hermana tiene razón, cielo.

Carla esbozó una sonrisa de agradecimiento.

—Casi no hay que hacerle ningún retoque —aclaró la dependienta—. Pocas veces ocurre esto. Y es un alivio que así sea con tan poco tiempo para el evento.

—Es que mi hermana tiene cuerpo de modelo.

—Calla, Dara. —Se sonrojó Carla.

La mujer a su lado tomó unos apuntes y marcó unos detalles en el vestido antes de que volviera a ponerse la ropa. Cuando salió nuevamente, esperó que su hermana le mostrara el traje de novia, pero en vista de que

parecían que ya estaban por dejar el local, preguntó:

—¿No me vas a mostrar cuál es el que usarás?

—No. Es una sorpresa. Ni siquiera mamá lo ha visto.

—No es justo —dijo como una niña, y Dara le sacó la lengua.

—Ya conoces a tu hermana, cielo.

—Sí, lo sé.

Las tres rieron y dejaron la tienda, ya no tenían nada más que hacer allí, puesto que el vestido le sería entregado en el hotel unos días antes de la boda.

Capítulo 11

Las dos semanas que restaban antes del gran evento pasaron más rápido de lo que Carla esperaba. Tenía que reconocer que John se había comportado como un perfecto turista, y su entusiasmo no la había dejado deprimirse ni pensar en nada más que en hacerlo recorrer la ciudad de Madrid. Dara la había librado de las obligaciones que le hubieran tocado por actuar como madrina, alegando que ya tenían todo bajo control. A su vez, le prestó su vehículo, por lo que pudieron visitar más lugares de los que esperaban. Para ella también era como vivir todo como una espectadora más, ya que sus recuerdos

de la capital española databan de cuando ella era apenas una cría. Ahora podía ver todo con ojos de niña grande.

En algunas ocasiones, su padre los había acompañado, diciendo que recordar viejos tiempos era un buen entretenimiento y que se aburría con las idas y venidas que su esposa e hija menor tenían en lo que respectaba a los últimos detalles para la boda. Por más que tenían un gran servicio contratado, que no podía ser menos viniendo de su parte, como de la del novio (se habían puesto de acuerdo en hacerlo en conjunto), había ciertos temas que solo la novia podía tratar.

Al mejor estilo de guía turística, y haciendo honor al título obtenido en el

magisterio, Carla le habló de la fascinante historia que los rodeaba tan solo allí, en Madrid, mientras visitaban todos los sitios de interés que la ciudad poseía. John no se quedaba atrás en cuanto a sus conocimientos, y se animaron a hacer apuestas respecto a quién pagaría la cena cada noche. El primer combate, indudablemente, lo ganó John, como quien diría, por goleada. Visitar el Palacio Real fue como hacer un viaje en el tiempo, y mientras ella le nombraba a todos los monarcas y le contaba sus historias, como la del mismo palacio, John le rebatía con información de su país natal, Reino Unido. Ese día había sido

inolvidable, rió como hacía tiempo que no lo hacía.

En el Museo del Prado, como en el Thyssen-Bornemisza, el juego estaba en ver las obras y decir a quién pertenecía cada una. Y así siguieron con cada uno de los lugares que fueron visitando: la Plaza Mayor, la Puerta de Alcalá, el Museo Reina Sofía, la Fuente de Cibeles... Carla ya no supo si los últimos días él se dejaba ganar, pero tenía que agradecerle, porque reconocía que terminó siendo ella la que disfrutó de los restaurantes a los que John la llevó.

Para el día antes de la boda, Carla había reservado un último paseo: el Parque de El Retiro, pulmón verde de la

ciudad. No estaba segura de que pudieran recorrerlo al completo, pero al menos lo intentarían, eso si el día los ayudaba. Aunque el calor los acompañaba ya desde temprano, emprendieron su jornada turística. Nada iba a detenerlos. No podía dejar de maravillarse estando allí. Ver y sentir la naturaleza a su alrededor era algo difícil de explicar, y mucho menos imaginar que estaba a tan poco de la bulliciosa ciudad.

El Palacio de Cristal, con su estructura de metal y vidrio, le pareció un sueño. Fue construida e1887 con motivo de la exposición de las Islas Filipinas que se celebraba en ese año, y

su constructor, Ricardo Velázquez, se inspiró en en el Crystal Palace de Paxton; inicialmente, la idea fue utilizarlo como invernadero para albergar plantas tropicales, para ser hoy sede de muchas muestras temporales. Al recorrerlo, Carla, en su interior, deseó poder ser la mujer que correspondiera al hombre que no dejaba de estar a su lado, que se maravillaba tanto o más que ella con aquel lugar que instaba al romanticismo. Suspiró. Si John notó algo en ella, no lo supo, ya que la instó a seguir con la ruta prevista. Almorzaron en una terraza mientras no dejaban de conversar sobre lo maravilloso que era el parque, y después, decidieron acercarse hasta el centro cultural Casa

de vacas, construido en 1874 como vaquería y despacho de leche, pues en aquel momento mantenía una exposición de arte moderno.

Finalmente, el atardecer fue cubriendo de anaranjados los picos de la arboleda de El Parque del Retiro. El día llegaba a su fin, y el cansancio, después de la larga caminata, comenzaba a hacer mella en sus cuerpos. Apenas cenaron algo ligero y se despidieron frente a la puerta de su habitación.

Tumbada en la cama tras haberse dado un buen baño, a Carla le entraron los nervios que, junto a John, no había podido notar. Ni siquiera lo había

podido hacer cuando, en una oportunidad, acompañó a Dara hasta la clínica donde trabajaba su futuro esposo y se encontró con Julio. Sus miradas se cruzaron, pero como en veces anteriores, Carla no pudo descifrar lo que esta le transmitía. Quería hablar con él, sí, pero el miedo a que la rechazara, o incluso a que la echara de su entorno laboral, pudo con ella, y solo se quedó inmóvil mientras él le daba la espalda y se alejaba por uno de los pasillos. Reaccionó cuando su hermana la cogió del brazo y la condujo hasta la oficina de Miguel, allí debían esperarlo unos minutos mientras terminaba de atender una emergencia en la guardia. No llegaron a entrar; una joven con bata

llamó a su hermana, y esta se abrazó a la mujer efusivamente. Resultó ser una compañera de Dara que había decidido seguir con sus estudios de medicina. Así, antes de que ambas se enfrascaran en una charla, su hermana le indicó que entrara en el despacho y la aguardara allí.

El lugar era relativamente moderno, con ventanas amplias y muebles, en su mayoría, de madera. Un enorme escritorio presidía el centro y tras este, una biblioteca que llegaba casi hasta el techo. Se acercó y ladeó la cabeza para leer los lomos de los libros; sonrió, poco entendía de algunos títulos, aunque supuso que todos ellos estarían

sumamente ligados a su carrera y especialidad. Siguió haciendo un recorrido con la vista hasta que sus ojos se perdieron en un estante con varias fotografías enmarcadas. Emitió una tenue risa cuando se encontró con una de su hermana vestida con su uniforme de paramédico, como no podía ser menos. Y su sonrisa se volvió nostálgica cuando descubrió una en la que Miguel estaba junto a Julio. Instintivamente, levantó la mano y con el dedo delineó el contorno de su rostro. Así se quedó por unos instantes; el silencio de la estancia apenas era quebrado por el zumbido que cada tanto se escuchaba del exterior cuando algún doctor era llamado por los altavoces. Tenía que hablar con él sin

importar que la perdonara o no. Lo necesitaba.

Tan absorta estaba en sus pensamientos que no oyó que la puerta se abría, y se giró abruptamente cuando la voz a su espalda la sorprendió.

—Miguel, la doctora... —Julio dejó la frase sin terminar cuando la vio otra vez.

Carla pensó que era su oportunidad de hablarle, pero él parecía no estar dispuesto a ello, puesto que lo vio darse la vuelta con la intención de irse.

—Julio —lo nombró, y él se detuvo a unos pasos de la salida. Carla quería decirle muchas cosas, pero las palabras parecían no querer salir de su boca y se

mordió el labio inferior en un gesto nervioso—. Tenemos que...

—¿Hablar? —la cortó él de forma hosca—. No.

—Quisiera explicarte...

—¿Qué? —volvió a interrumpirla y esta vez se giró para observarla—. No hay nada que debas aclararme, de nada. Seguiste con tu vida... Sola, como me pediste. Y yo lo hice con la mía.

—No era cardiólogo lo que deseabas ser —se animó a decir.

Julio se pasó las manos por el pelo y dio un largo suspiro.

—Eso ya no tiene importancia.

—Sí la tiene, Julio.

—No. Me hubiera dado lo mismo cualquier rama de la medicina con tal de

tenerte a mi lado.

Carla notó en su voz un deje de nostalgia y cerró los ojos para evitar que las lágrimas acudieran a ellos. Sus palabras se clavaron en su corazón, y dolían más de lo que creía. Se obligó a seguir hablando:

—Tenías todo planificado para venirte aquí a Madrid, ¿quién era yo para cambiarte ese sueño? —Así lo había creído en ese entonces, aunque nunca estuvo segura de haber actuado como debía.

—Maldita sea, Carla —vociferó él—. Tú eras lo más importante para mí. Si me hubieras pedido que me quedara, lo habría hecho.

—¿Y si luego te arrepentías de dejar todo por mí? —dijo sin poder evitarlo; ese temor fue, en parte, el mismo que no le permitió darle la oportunidad del futuro juntos que él le había pedido.

—¿Cómo puedes decir...? —Julio se silenció, apretó los dientes y negó con la cabeza mientras sus ojos se clavaban en los de ella. Le dedicó una mirada llena de rencor antes de dirigirse a la puerta y cerrarla de un golpe tras salir.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas y se fundieron con la tela que cubría la almohada. Recordar aquel encuentro y sentir cómo sus palabras volvían a clavarse en su corazón la hicieron ver cuán equivocada había

estado. «Fui una tonta», pensó, «me dejé llevar por mi lado racional, siempre por mi lado racional». Quería gritar de la rabia, descargar la furia que sentía consigo misma y volver el tiempo atrás. Pero nada de eso serviría para cambiar las cosas ni iba a ser posible. No tenía más opción que aceptar que Julio jamás la perdonaría.

—Me lo merezco —se dijo y dejó que la angustia se hiciera presa de su cuerpo hasta quedarse dormida.

—¡Joder! —al mismo tiempo que expresaba su mal genio, el puño de Julio impactaba contra la pared. Llevaba la

ira guardada en su interior desde hacía un par de días y estalló sin más cuando su última gota de paciencia (que no era mucha respecto a sí mismo en lo últimos días) llenó el vaso.

—¡Julio, detente! —Miguel lo cogió por el brazo y trató de tranquilizarlo, pero él volvió a golpear con fuerza, haciéndose daño—. ¡Por Dios! ¡Ya basta! —Su amigo se puso delante y lo empujó hacia atrás—. ¿Acaso te volviste loco?

Lo llevó hasta el sillón e hizo que se sentara. Una mueca de dolor surgió de su rostro cuando la adrenalina dejó de actuar en su cuerpo y sintió que los nudillos le ardían. Se miró la mano

lastimada, cerró los ojos y negó con la cabeza. No estaba acostumbrado a perder el control de esa manera, pero no pudo evitar hacerlo al escuchar que Dara le comentaba a Miguel lo bien que Carla lo estaba pasando junto con el inglesito. Sabía que no tenía derecho a reprocharle nada después de darle la espalda, no obstante, los celos, ese maldito sentimiento que lo carcomía por dentro, le hacía hervir la sangre.

—No puedes seguir así —le dijo Miguel mientras se sentaba a su lado con una gasa embebida en agua oxigenada en una de sus manos—. Permíteme.

Julio se dejó hacer, pero no respondió al comentario de su amigo. No estaba en sus cabales y cualquier

cosa que pudiera decir no iba a ser coherente.

—Julio.

—Olvídalo, Miguel.

—No. Estamos a un día de la boda. Si tan solo por nombrarla te pones así, no me quiero imaginar qué harás cuando la tengas a tu lado. Te recuerdo que siendo ambos nuestros padrinos de boda, no tienen opción a estar uno cerca del otro. Y como ya te mencioné antes, lo que menos quiero es que mi enlace se vea empañado por una disputa entre mi mejor amigo y la hermana de mi esposa.

—¡Auch! —exclamó cuando Miguel presionó más fuerte de lo que debía sobre su mano lastimada—. Ten

cuidado.

—Te jodes, tío, por gilipollas. — Miguel se levantó y se acercó al escritorio. Cogió una venda y volvió a situarse a su lado—. Tardaste años en contarme lo que te pasaba. Siempre respeté tu silencio, Julio, y el hecho de que nunca quisieras formalizar con ninguna chica. Pero ahora que sé la razón de ello y que Carla volvió a cruzarse en tu camino, no puedo quedarme de brazos cruzados y ver cómo te destruyes a ti mismo. Esto es el comienzo. —Le levantó la mano ya vendada—. ¿Qué vendrá después?

Julio cerró los ojos y se dejó caer en el respaldo del sillón. Miguel tenía razón. Jamás había podido olvidar a la

mujer que le había partido el corazón. Y por más que lo intentó, la tenía tan dentro de su ser que le era imposible hacerlo. La amaba de una forma que no comprendía, porque también sentía que su abandono, porque no podía llamar de otra manera la forma en que ella se le había entregado para luego dejarlo, era el mismo sentimiento que lo hacía condenarla.

—¿Qué voy a hacer?

—Por empezar, cuidarte esa mano, no vaya a ser que se te infecte. Y segundo, respirar hondo, calmarte y tratar de buscar una solución.

—¡Qué fácil es decirlo!

—Bueno, sí, pero también debes

reconocer que con andar despoticando por ahí no logras resolver nada, solo preocupar a las personas que te rodean.

Julio se encogió de hombros.

—Venga, Julio, que, como ya te dije, no creo que tengas todo perdido.

Capítulo 12

El día había amanecido radiante; los rayos de sol le acariciaban el rostro y una suave brisa se colaba por debajo de las cortinas. Sin embargo, no fue eso lo que despertó a Carla, sino los insistentes golpes en la puerta. Se desperezó y bajó de la cama. Abrió la puerta de la habitación sin preguntar quién era y sin

ser consciente de que solo llevaba puesto un liviano camisón que dejaba mucho a la imaginación.

John no pudo evitar contener el aliento en cuanto la vio y por milésima vez desde que supiera que ella ya no podía volver a ser suya, se resignó a aceptar su destino.

—*Honey* —su tono de voz sonó ronco, y carraspeó para acomodarla—. Eh... creo que olvidé para qué venía.

Al darse cuenta de la razón por la que John se había puesto así, Carla sintió que sus mejillas se tornaban carmesí y se reprochó por eso; desde la adolescencia que aquello no le ocurría tan seguido.

—¡Jolines! —dijo—. Lo siento.

—Por mí puedes quedarte así todo el día —le respondió con picardía—. No me molesta en absoluto. —Se adentró en la habitación y se acercó a ella. La rodeó con sus brazos y depositó un casto beso en sus labios; eso era algo que, por el momento, no había dejado de hacer—. Las mujeres te están esperando en el *lobby* del hotel para comenzar con el día. Dijeron algo de manicura, peinado y no sé cuántas cosas más.

Carla se mordió el labio inferior. Con su noche de melancolía y nervios se había olvidado de poner el despertador. Incluso de avisar en recepción a que lo hicieran. Meneó la cabeza y, rauda, se

deshizo del abrazo en que la tenía atrapada John y se metió al baño para asearse y vestirse.

—En cinco minutos estoy lista.

La mañana pasó como el viento, veloz. Apenas pudo desayunar antes de salir junto a su madre y a Dara. Las tres iban a lucir radiantes, de eso estaba segura, las miradas de aquellos con los que se cruzaban así lo evidenciaban también. Pasado el mediodía y tras almorzar algo ligero, regresaron al hotel, donde tenían reservada una suite exclusiva para terminar de maquillarse y vestirse.

Carla, desde un rincón, observaba a su hermana mientras dos mujeres le

acomodaban el peinado y la maquillaban. Podía notar en su rostro la felicidad que irradiaba. Su tono de piel se asemejaba a la porcelana; sus cabellos eran lacios, sedosos y color castaño claro, y sus ojos, a diferencia de los suyos, tenían una tonalidad que parecía que siempre se estaba dejando la estación del verano para entrar en el otoño; podían ser verdes y marrones a la vez. Sonrió. No podía negar que todo en ella evidenciaba el amor que su corazón transmitía por el hombre que en pocas horas sería su esposo. Instintivamente, bajó los párpados y soltó un tenue suspiro. Su hermana estaba por realizar un sueño que ella había dejado escapar.

«La razón antes que el corazón. Siempre fuiste así, Carla», pensó resignada.

Se sobresaltó cuando sintió que una mano se apoyaba sobre su hombro. Levantó la cabeza y se encontró con los ojos de Dara que la observaban con cierta preocupación.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Nada —respondió. Supo que su contestación no fue convincente cuando Dara pidió quedarse a solas con ella por unos instantes.

—Carla, sé que nuestras charlas son muchas y hasta de varias horas, pero nunca hablamos respecto a temas del corazón. Bueno, a decir verdad, tú no lo

has hecho jamás conmigo, y no me equivoco si la incluyo a mamá. Pero desde el mismo día en que llegaste a Madrid que estás rara... —Cogió sus manos y se sentó justo a su lado—. Sé que la diferencia de edad que tenemos, a veces, puede resultar tediosa. No olvido tus horas de estudio y más estudio mientras yo jugaba con las muñecas. O tus, otra vez, horas de estudio cuando yo solo leía cómics. Quizás creas que para mí pasaron desapercibidas, pero de ti aprendí que vale la pena luchar por lo que se quiere. No sería la paramédica que hoy soy si tú no me hubieras acompañado hasta aquí para instalarme en mi nueva vida. Sin embargo, con tu actuar, también descubrí que no todo es

estudiar. No estaría a punto de casarme si no fuera así. —Le sonrió.

—Dara —intentó callarla, intuía hacia dónde quería llegar, pero su hermana no se lo permitió.

—No. Déjame hablar, Carla. Sé que tratas de esconder lo que sientes, siempre lo hiciste, pero no puedes engañarme. Lo que te tiene así es haber vuelto a ver a Julio —soltó tan directa como era.

Carla se sorprendió ante sus palabras. Lo que menos esperaba era que su hermana le dijera justamente eso teniendo en cuenta que casi nadie lo sabía. ¿O acaso...?

—Ni Miguel me contó nada ni hablé

con Julio o con mamá —dijo como si hubiera escuchado lo que estaba pensando—. Más allá de lo expresado por él en la cena, yo ya sabía quién era. Tengo muy buena memoria, y ninguno de los dos hicimos algún comentario al respecto desde que nos *conocimos*. Tampoco lo hice con Miguel, quien, por otro lado, se enteró esa misma noche.

—Vale —se resignó, de nada servía que se escondiera tras una mentira verdadera—. Lo acepto. Pero dejemos de lado mis sentimientos. Hoy es tu día, y no quiero que mis pesares lo empañen.

—Bueno, dudo que lo hagan, hermanita, creo que no hay mujer más feliz en la Tierra que yo.

—De eso estoy más que segura. Solo

hay que mirarte para ver cómo brillas. Así que... —Se soltó del agarre de Dara y se levantó para dirigirse a la puerta y llamar a las mujeres que habían salido hacía unos minutos.

—Espera.

Carla se detuvo, pero no se giró a verla, pues temía que sus emociones se desbordaran y terminara, realmente, por amargarle el día a su querida hermana menor.

—Es tu día, Dara. Olvídate de mí y disfruta.

—Lo haré. —Le apoyó las manos sobre los hombros y la obligó a darse la vuelta—. Pero tú eres parte de mi felicidad, y te noto melancólica, diría

que hasta triste. Y no me gusta, Carla.

—Los ecos del ayer no pueden borrarse. Y Julio es eso, peque, parte de un pasado que duele, sí, porque es imposible olvidar al primer amor, pero también, una de las mejores cosas que me pasó en la vida. Y me quedo con ello, con los momentos que pasé junto a él. No te preocupes por mí, voy a estar bien. Además, John está a mi lado. Es un gran amigo y me entiende.

—*John es un gran amigo* —repitió sus palabras con cierta mofa—, pero no es quién ocupa tu corazón, Carla, porque solo uno lo hizo y lo sigue haciendo: Julio.

—Ya, Dara. No quiero hablar de este tema.

—Perdóname por lo que te voy a decir, hermanita, pero serás la mujer más tonta del Universo si dejas pasar la oportunidad de volver a estar con él.

—Eso es imposible —dijo en un hilo de voz, el nudo que se le había formado en la garganta le impedía casi hablar—. No creo que él siga...

—¿Amándote? Yo no estaría tan segura. Mira, no sé con exactitud lo que pasó aquella noche de la graduación y después. Tampoco tienes que contármelo ahora, no tenemos mucho tiempo. —Le señaló el hermoso vestido de novia que estaba sobre la cama y le sonrió—. Pero si de algo estoy segura es de que a Julio lo están matando lo celos

—. Carla abrió grande los ojos—. Sí, no me mires así.

—Dara, no inventes —le reprochó—. Pasaron muchos años.

—¿Acaso tú dejaste de amarlo?

Las mejillas de Carla se colorearon al instante, algo que también volvía a sucederle con frecuencia. Bajó la vista y miró sus manos nuevamente entrelazadas con las de Dara. ¿A quién quería engañar?

—No... pero...

—Pero nada. Prométeme que lo intentarás al menos.

Suspiró, pero asintió para dar por concluido el tema, aunque no había nada que Dara le pidiera a lo que se pudiera negar.

Los nervios la estaban carcomiendo por dentro. Era la quinta vez, desde que estaba lista, que anudaba el moño del pequeño ramo que tenía entre las manos. Solo a su hermana se le podía ocurrir que ella llevara también uno idéntico al suyo, pero de menor tamaño. Si seguía así, se quedaría solo con la cinta. Pero no lo podía evitar. Saber que en unos minutos volvería a estar al lado de Julio la estaba sacando de quicio. Mucho más después de cómo él se había marchado la última vez en que se encontraron, y peor aún tras la promesa que le había

hecho a Dara.

—*Honey?*

La voz de John a su espalda la hizo dar un respingo, y un suave grito surgió de sus labios. Estaba tan metida en su pensamientos que no se dio cuenta de lo que pasaba a su alrededor.

—Lo siento, John —se disculpó.

—Tu hermana ya está lista, y el coche que nos llevará a la iglesia nos aguarda en la entrada. Tus padres partirán en cinco minutos junto a ella. Como madrina que eres, deberás ubicarte a un lado de ella en el altar y ayudarla con el vestido una vez finalizada la ceremonia —le enumeró para su suerte, ya que se había olvidado de todas las cosas que le dijera su

madre al respecto—. Yo me ubicaré en primera fila, junto a tus familiares. Demás está decir que no seré yo quien te acompañe al concluir el enlace.

—Si lo pudiera cambiar... —dijo con cierta tristeza en su voz.

—Está bien, *Darling*, es algo lógico. ¿Nos vamos? —Le tendió el brazo, al cual ella se aferró al instante.

Al salir del hotel, Carla tomó aire, como si del mismo valor que necesitaba se tratase, y subió al coche. El recorrido era corto, por lo que mantuvo un mutis en el interior que se volvió algo incómodo. La iglesia Santa Bárbara era una de las construcciones más espectaculares de Madrid y aquella que

más buscaban los novios para celebrar el matrimonio. Y no era para menos; con solo pasar por el frente, uno podía quedarse maravillado de su grandiosidad. Si de afuera, con su maravillosa fachada, su enorme patio y escalinata flanqueada de verde césped, grandes árboles y flores de variados tonos llamaba la atención, su interior no podía presentar menor opulencia.

El vehículo se detuvo en la puerta, y Carla no pudo evitar sentir que los nervios se acrecentaban en su interior. Bajó del coche y observó la cuantiosa gente que aguardaba la llegada de la flamante novia. Más de un centenar de personas se había reunido allí, y pocas caras le parecían conocidas, lo cual no

era de extrañar; el novio provenía de una familia de médicos reconocidos, así como su hermana tenía también muchos colegas, por no hablar de las amistades a las que seguramente su padre no había podido dejar de invitar. Se sobresaltó cuando John apareció a su lado y le entregó el ramo olvidado.

—Creo que estás más nerviosa que la propia novia —le dijo él.

—¡Dios! No creo poder hacerlo.

—Claro que sí, *honey*. No vas a dejar colgada a tu hermana, ¿o sí?

—Por supuesto que no, pero es que...

—Se mordió el labio inferior y suspiró

—. No me hagas caso.

—Eso es imposible, estás radiante

esta noche, *Darling*.

—John... —iba a protestar, pero la llegada del coche de la novia no se lo permitió.

—Vamos, debes estar en el altar antes que ella —expresó él, le tendió el brazo, que ella cogió, y avanzaron hacia el interior de la iglesia.

Carla, cohibida ante la gente que la saludaba sin que ella la conociera, apenas podía gesticular algunas palabras en retribución. Su vista quería evitar el ver al frente, hacia el altar, donde sabía que Julio estaría al lado del hombre que aguardaba a su hermana para hacerla su esposa.

—Familia de la novia a la izquierda —anunció John en tono de burla, y ella

esbozó una tenue risa que logró distraerla un poco.

Caminaron por el lado correspondiente, y una vez que llegaron hasta la primera fila, John le dio un casto beso en los labios y la instó a que se apresurara a ocupar el lugar que le correspondía, pues la música ya comenzaba a dar los primeros acordes en señal de que la ceremonia estaba a punto de dar inicio. Sin ser consciente de los ojos que no dejaban de observarla, se ubicó a un lado del altar y antes de llevar su vista hacia la puerta, su mirada se cruzó con la de Julio. Su corazón se saltó un latido, pues, a diferencia de otras veces, en ella, esta

vez, pudo corroborar las palabras que le dijera Dara.

Capítulo 13

—¿Los nervios te están jugando una mala pasada, amigo? —Miguel no pudo evitar mofarse de Julio. Era muy cómico verlo—. Si sigues así, dejarás un surco a mi alrededor. Y creo que comienzas a confundir a la gente, pues pareces el novio, aunque no lo digo por mí, ya que estoy más tranquilo que muchos de los presentes.

—¡Joder! —maldijo Julio y se disculpó al instante al caer en la cuenta de que se hallaba en la casa del Señor.

—Definitivamente tendría que haberte recetado un calmante.

—No veo el por qué —sentenció irónico—. Y si lo dices por esto —levantó la mano que tenía vendada—, no tiene impor...

—Sabes a lo que me refiero —lo cortó.

Julio resopló, desde que le había contado su historia con Carla, Miguel no dejaba de atosigarlo para que diera el paso que no había dado en el pasado y la enfrentara. Sin embargo, lo que él no sabía era que, así como los celos lo estaban matando por verla junto a otro hombre, el rencor no lo dejaba llegar a eso. Asimilar lo acontecido en los

últimos días le estaba llevando mucho tiempo, aunque, si era sincero consigo mismo, si seguía así, volvería a perderla, y no quería que eso sucediera de nuevo. Maldijo en silencio por sus contradicciones y se reprochó el ser tan imbécil. Iba a responder a su amigo cuando el murmullo de la gente fue en disminución y las primeras notas de la marcha nupcial comenzaron a oírse. Su vista, como atraída por un imán, focalizó la imagen de la mujer que lo tenía en ese estado de incertidumbre. Se quedó sin habla, no solo por lo bella y radiante que la veía, sino también por el contacto que el inglés hizo sobre sus labios. Apretó tan fuerte su mano cerrada que sintió que la herida de la tarde anterior

volvía a abrirse. Sus ojos destellaron los celos que no pudo contener y que transmitió en su mirada en el mismo instante en que se encontró con la de ella.

—Llegó el momento, amigo. —La emoción en la voz de Miguel lo volvió a la realidad, y perdió el contacto visual con Carla para centrarse en la puerta de entrada, donde la novia ya comenzaba a avanzar lentamente tomada del brazo de su padre.

El blanco vestido con detalles en color plateado destacaba sobre la piel de porcelana de Dara. El corsé se ajustaba a su pecho y se ceñía a su cintura de tal forma que la hacían ver

esbelta, alta y delgada. La falda le caía en una cascada brillante de tela y los bordados en plata que presentaba tanto en los laterales como en la parte baja se mecían con su andar, lento pero sin pausa, como hipnotizando a todos los que la observaban. Su cabello había sido trenzado casi en su totalidad y unos cuantos bucles castaños escapaban del peinado y apenas rozaban su cuello y hombros al descubierto. Parecía una princesa de cuentos de hadas, y Carla no pudo evitar emocionarse al verla; su sonrisa irradiaba felicidad, y sus ojos expresaban el amor que sentía por el hombre al cual estaba a punto de unirse. De igual manera, su padre también demostraba su atractivo y entusiasmo al

llevar a su pequeña hija hasta el altar. Él le sonrió cuando pasó por su lado para ocupar su lugar, y ella le devolvió el mismo gesto y se giró junto a su hermana en el momento en que la ceremonia daba inicio.

Poco más de media hora después, los novios habían dado el «sí» y sellaban la unión con un beso. Carla contuvo las lágrimas que embargaban sus emociones, no era el momento de que las gotas saladas arruinaran el suave maquillaje que cubría su rostro. Suspiró y siguió a los recién casados cuando se dieron la vuelta para comenzar su camino hacia la salida. Se agachó para acomodarle la cola del vestido a su

hermana; tres capas de tela escalonadas y abullonadas que le caían desde la cintura y rozaban el suelo. Las estiró para que se destacara el precioso bordado con hilos de seda en los bordes, y estaba por erguirse cuando sintió a Julio a su lado que le ofrecía la mano para que se pusiera en pie. Su vista se fijó en la venda que cubría sus nudillos, pero eso no le impidió que, instintivamente, la cogiera y que el contacto con su piel le hiciera sentir una descarga eléctrica en todo su cuerpo. Él entrelazó su brazo con el suyo, y los latidos de su corazón se aceleraron en menos de cinco segundos; rogó porque no le diera un ataque allí mismo, aunque sabía que, de ser así, tenía a su lado a

uno de los mejores cardiólogos de la ciudad. Juntos, iniciaron el camino hacia la salida y bajo la atenta mirada de todos los invitados.

Julio agradeció que los saludos y felicitaciones en las escalinatas de la iglesia los separara de Carla, pues sentía que no iba a poder aguantar un minuto más su calor sin dejarse llevar por sus emociones, las cuales le pedían a gritos que se olvidara de todo y de todos y la besara con la pasión contenida por años. «Dios, dame fuerzas para seguir», rogó en su interior mientras la veía alejarse y reunirse con el inglés y sus familiares. Una vez más, los celos hicieron acto de presencia,

pero no tuvieron cabida suficiente, pues varios colegas se le acercaron y lo distrajerón con sus banales palabras.

Poco a poco, la gente se fue dispersando y al cabo de un rato, Julio se encontraba sentado a la mesa en uno de los salones del Palace, donde los novios habían decidido celebrar su enlace. La elegancia destacaba por cada rincón que mirase, aunque casi no prestaba atención a ello, pues su vista solo podía dirigirla hacia una sola dirección: aquella en la que se encontraba Carla. No perdía detalle de sus gestos; de la sonrisa que iluminaba su rostro; del vestido que cubría su cuerpo y le hacía resaltar sus curvas; de la luminosidad de su piel bajo la luces

de las arañas; del brillo de su sedoso cabello atado en un rodete sobre su nuca, con algunos mechones que acariciaban sus hombros al descubierto... Todo en ella lo atraía y no veía la hora de encontrar el momento justo para acercarse y hablarle. Había tomado la decisión de hacerlo, fuera cual fuese el resultado de ello.

El tintinear de un cubierto sobre el cristal de una copa lo hizo desviar la mirada hacia la mesa principal. Miguel estaba de pie junto a su esposa y esperaba a que todos le prestaran atención. Agradeció la presencia de familiares y amigos, expresó unas palabras muy emotivas hacia Dara, que

ella retribuyó de igual forma, y dieron inicio al baile con el tradicional vals de los novios.

Julio se acomodó en la silla y observó a la pareja. Sintió envidia de su amigo, la felicidad se reflejaba en el rostro de ambos, que, a pedido del público, volvieron a besarse. Él deseaba eso, tener en sus brazos a Carla, disfrutar de su cuerpo y besarla hasta saciarse, olvidarse de dónde estaban y llevarla hasta el mismo lugar donde la había hecho suya por primera vez. Los recuerdos le llegaron tan nítidos que creyó que había retrocedido en el tiempo, sin embargo, también la carta que encontró y el dolor que esta le causó no dejaron de estar presentes en ellos.

Llevó la mano hasta el bolsillo de su chaqueta, pero allí solo encontró vacío, ya que aquel trozo de papel que lo atormentaba había quedado resguardado en el cajón del escritorio de su oficina. Respiró profundamente y se levantó, como padrino que había sido de la boda, no podía dejar de cumplir con su rol y bailar con la novia, con su madre, con la de Miguel... y con Carla.

Su último objetivo se vio truncado, pues cada pariente femenina de Miguel, así como varias colegas de ambos, lo retuvieron más de lo que esperaba. Indignado y cansado de dar tantas vueltas, pero sin demostrarlo, dejó la pista, se acercó a la barra y pidió un

trago, al cual le siguieron un par más cuando descubrió a una sonriente Carla en brazos del inglés. Con fastidio, y con los celos carcomiéndolo como nunca antes, se giró sobre la silla alta en la que estaba y dejó de observar. Allí se quedó casi toda la noche, hasta que los novios se despidieron y dejaron a los invitados solos para que terminaran de disfrutar de la fiesta.

El sonido de un cristal al romperse lo hizo volver a la realidad de la que se había apartado, y giró la cabeza para ver el barullo que se había formado. Su estado de aletargamiento se le esfumó por completo al comprobar lo que había ocurrido, y una sonrisa ladina se dibujó en su rostro; era su oportunidad para

hablar con la mujer que no había podido sacar de su corazón.

Carla, aún con los sentimientos revolucionados en su interior, pasó una velada estupenda. Ver a su hermana y a sus padres tan felices la llenaba de una alegría difícil de describir. La cena había sido maravillosa y abundante; la atención, inigualable, y la elegancia y distinción del hotel, más allá de comprobarlo ella misma estando alojada allí, no tenían comparación. Su hermana y su flamante esposo ya se habían retirado, al igual que sus padres, y ella

aún se mantenía allí debido a la insistencia de John de quedarse un rato más.

Esbozó una sonrisa cuando John la hizo girar otra vez en sus brazos, no podía negar que era un gran bailarín y que lograba, con sus ocurrencias y salidas, hacerla olvidar que allí todavía se encontraba Julio.

— Y a , *Dandy*, creo que tuve suficiente. Si seguimos dando vueltas voy a terminar más mareada de lo que ya estoy por el champagne que tengo en mi cuerpo.

— Tienes razón, *honey*. De todas formas, también creo que fue bastante para mí. Me temo que bebí de más, por no decir que estoy más que lleno con

todo lo que comí.

Ambos rieron y cesaron de bailar. No llegaron a acercarse a la mesa que ocupaban cuando uno de los invitados, algo pasado de copas, chocó con ellos. El contenido del vaso acabó vertido sobre la falda de Carla, mientras que el cristal se hizo añicos al caer al suelo. Las disculpas por parte de este fueron algo guturales y apenas entendibles. John lo miró con desdén, y ella le restó importancia al asunto y se sentó en una silla libre. Cogió una servilleta, mojó una de sus puntas con agua e intentó limpiar el estropicio sobre la tela, pero fue inútil. Resignada, se puso de pie.

—Será mejor que lo ponga en remojo

si no quiero que le quede una mancha por siempre; es una lástima que un vestido tan hermoso y delicado se arruine por esto. Dame unos minutos a que me cambie y regreso —le comentó.

—No te tardes, *honey*, o tendré que ir a buscarte. —John le guiño un ojo, y ella meneó la cabeza y le sonrió antes de dejarlo solo.

Sosteniendo la falda en alto, Carla agradeció la ventaja de haber hecho la fiesta de la boda en el mismo hotel en el cual se alojaba. De otra forma, la mancha que ya comenzaba a divisar sería muy difícil de sacar. Aguardó el ascensor y se introdujo en el interior ni bien las puertas se abrieron. Se apoyó en el fondo y suspiró. Estaba agotada, no

solo físicamente, pero tenía que reconocer que, pese a todo, la velada no dejaba de ser maravillosa.

Al llegar a su piso, salió y se dirigió hasta su habitación. Pasó la tarjeta por la ranura correspondiente, abrió y entró. Avanzó hacia el armario para buscar ropa que ponerse, pero se detuvo en el mismo instante en que se dio cuenta que la puerta no se había cerrado como esperaba y se giró para hacerlo ella. Su sorpresa fue enorme cuando vio a quien menos esperaba ver delante de ella.

—Julio —lo nombró en apenas un susurro.

El silencio se instauró entre ambos por unos segundos. Julio la observaba

casi sin pestañear. Tenía la corbata floja y anudada por debajo de los primeros botones de la camisa, que, abierta, dejaba entrever el inicio de su pecho. Carla tragó saliva e intentó decir algo, pero nada salió de su boca.

Ese gesto no pasó desapercibido para él, que dio un paso hacia ella. Sus rosados labios lo atraían, pero recordó en ese instante que otros, hacía un par de horas atrás, se habían posado sobre ellos.

—¿Esperabas a alguien más? — ironizó—. Supongo que al inglesito, ¿cierto? —al instante en que pronunció esas palabras, se reprochó a sí mismo por hacerlo; los celos que volvía a sentir hablaron por él—. ¿No te agrada

verme, *honey*?

Carla se mantuvo callada, la confusión que sentía de verlo allí era comparable con la misma actitud que él presentaba, y todos sus encuentros desde que había llegado a Madrid pasaron frente a sus ojos como una película. No sabía si estaba jugando con ella o, por el contrario, realmente la estaba enfrentando. Una idea surgió en su cabeza.

—¿Estás... ebrio? —le costó decirlo, pero necesitaba saberlo, temía que fuera cierto y que él pudiera hacer algo de lo que luego podría arrepentirse.

—¿Eso crees, Carla?

Asustada, asintió.

—Más cuerdo no podría estar, aunque reconozco que tengo cierto grado de alcohol en mis venas, pero no es suficiente para borrar tu recuerdo de mi mente y de mi corazón. —Se tocó el pecho y avanzó hacia ella—. Aquí duele, Carla. Duele ver que no soy yo quien está a tu lado... Duele saber que tus sonrisas nunca fueron para mí... que tus labios solo me pertenecieron una noche, y que hoy son otros los que degustan su sabor... Duele saber que esa misma noche, tu piel y tu cuerpo fueron míos... Duele pensar que no me diste la oportunidad de demostrarte que podía ser para siempre... Duele releer, una y otra vez, la carta que me dejaste, saber

que esas palabras guiaron mi camino... Lo que soy, el hombre en el que me convertí, no es más que un holograma sin alma. Me arrebataste la vida con tu rechazo. Y pese a ello, Carla, no puedo odiarte, nunca pude hacerlo, porque el mismo amor que te entregué desde el día en que te conocí sigue, aún hoy, corriendo por mis venas, porque mi corazón nunca fue mío, y tú te lo llevaste con tu partida; roto, dolido, pero siempre tuyo. —Con cada frase que fue expresando, sus pasos lo acercaron a ella hasta quedar a pocos centímetros de su cuerpo. Levantó la mano que tenía vendada y divisó sobre la tela unas tenues manchas rosadas. Recordó por qué la tenía así, y la sangre le hirvió. Sin

embargo, no la bajó y la acercó a la mejilla de la mujer frente a él—. Sigue siendo tan suave como la recuerdo —le dijo al tiempo que la acariciaba—. Y los años te hicieron aún más bella — pronunció y, sin poder resistirse más, se apoderó de su boca y se perdió en su sabor, en su calor y en su interior.

Capítulo 14

Cada palabra expresada por Julio golpeaba sin cesar en la cabeza de Carla a la vez que cientos de emociones recorrían su cuerpo mientras él devoraba su boca como un sediento al

que no le alcanza el agua de un manantial para saciarse. Un sentimiento de amor y odio le estrujaba el corazón. El primero, por lo que sentía por él; el segundo, por sí misma. Jamás podría perdonarse el saber que era dueña del dolor que Julio había vivido tras su entrega, su rechazo y su partida, y lo peor, por tantos años. Las lágrimas, inevitablemente, surcaron sus mejillas, y su humedad se mezcló con la del interior de sus bocas. Quería no separarse de él, reparar con besos y caricias todo el daño que le había causado, demostrarle que ella tampoco había podido olvidarlo, pero más necesitaba obtener su perdón, y así sanar no solo su corazón, sino también el suyo.

—Julio... —susurró su nombre en el momento en que sus bocas se separaron por unos segundos, pero no le sirvió más que para tomar aire, pues él volvía a arremeter contra ella con un frenesí que estaba comenzando a asustarla. Tal vez el alcohol que él había dicho que tenía en sangre estaba haciendo su efecto; tal vez le quería transmitir el dolor expresado en sus palabras; tal vez los celos que descubrió en su mirada lo hacían actuar así; tal vez solo quería hacerle ver que no la había olvidado y que aún la amaba. Pero fuera como fuese, y aunque no quisiera, debía detenerlo. Haciendo acopio de la fuerza de voluntad que alguna vez la había

caracterizado, quiso separarse, sin embargo, no fue ella la que generó la distancia entre ellos. La entrada de John a la habitación y el tono de voz que usó fueron los causantes de la tensión que sintió en el cuerpo de Julio y de la corriente de aire que se instaló entre ambos cuando él la soltó de repente. Sus ojos, anegados aún, se abrieron en ese mismo instante y se clavaron en los de él, que la miraba fijamente y con una expresión llena de dolor y de lo que supuso que era una mezcla de celos y rabia. Instintivamente, negó con la cabeza; no había nada entre John y ella, y era justamente eso lo que quería decirle con su gesto, pero no obtuvo el resultado que esperaba, ya que Julio le

dio la espalda y se alejó. Levantó la mano para detenerlo a la vez que intentaba que de su boca saliera alguna palabra, mas solo escapó el aire que había retenido. El golpe de la puerta al cerrarse que escuchó fue como si hubiera caído sobre ella, porque sus pies dejaron de sostenerla y su cuerpo vagó libre camino al suelo.

Julio maldijo una y mil veces la interrupción. La sangre le hervía, y los celos volvían a hacer estragos en su interior. Se sentía como un completo idiota, como un payaso frente a la

multitud que se reía de sus estupideces. Tendría que haber sido más fuerte y no haberse dejado llevar por sus emociones. Pero ¿a quién quería engañar? Deseaba ese beso ante todo, anhelaba su boca y más, mucho más. Quería volver a hacerla suya, marcarla a fuego con sus caricias, recorrer su suave y tersa piel, estar en su interior como aquella única noche y no dejarla ir. Pero no, el cruel destino volvía a jugar con él. La miró con dolor, con la rabia de saber que ella le pertenecía a alguien más y con los celos destilando por cada poro de su piel. Ya no lo soportaba. Si tenía que estar un segundo más frente a ella, no iba a ser responsable de sus actos. Le dio la espalda y avanzó hacia

la puerta, la que golpeó con fuerza al cerrar. Sin embargo, eso no le impidió escuchar el «*honey*» que el inglés pronunció y que lo hizo sentir aún peor.

Carla despertó gracias al intenso olor que penetró en sus fosas nasales. Estaba tendida en la cama, y, a su lado, John sostenía delante de su nariz un pañuelo embebido en alcohol. Respiró profundo y se acomodó sobre las almohadas. Su vista se detuvo en la parte baja del vestido que aún llevaba puesto.

—Quedará arruinado —dijo mientras pasaba los dedos sobre la tela.

—Creo que eso es lo menos importante, *honey*.

Carla cerró los ojos un instante, dejó escapar un suspiro y elevó las rodillas para rodearlas con sus brazos. Todo en ella estaba revolucionado y no encontraba la forma de calmar el dolor que se le había instalado en el corazón.

—«No se puede perder lo que nunca se tuvo», bien lo dice el dicho. Y, sin embargo, me siento como si me hubieran quitado la vida para entregarme otra más dolorosa aún —pronunció sin poder evitar que las lágrimas bañaran sus mejillas—. Y yo soy la única culpable de mi desdicha. Todas y cada una de sus miradas y de sus palabras son flechas

directas y más que merecidas al centro de mi corazón.

—No te martirices así.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Cómo? Saber que no me odia lo hace todo más complicado. Y que crea que soy... tuya... peor. —Escondió la cara entre sus manos.

—Habla con él, Carla.

—¿Para qué? Tú lo viste irse, John.

—Cree una verdad que no es cierta.

—No va a escucharme. Ya lo intenté, y solo me dio la espalda.

—Te dio algo más, *honey*. Y si yo no los hubiera interrumpido...

Carla levantó la cabeza para verlo, John tenía una sonrisa sesgada en sus labios y un pícaro brillo en sus ojos que

hicieron que sus mejillas se colorearan.

—Hazlo, Carla. Le prometiste a tu hermana estar aquí a su vuelta. Aprovecha los días que te quedarás y búscalos.

—¿Y si no quiere verme? —preguntó con temor.

—Entonces, es un completo... ¿cómo decís vosotros? Ah, sí, un capullo.

Carla apenas sonrió. Quizá él tenía razón, e intentarlo no le podía causar más dolor del que ya sufría. Amplió el gesto en sus labios y se acercó para besarlos en la mejilla.

—Gracias, *Dandy* —le dijo con cariño.

—Tu felicidad también es la mía,

honey. No lo dudes.

Al día siguiente, Carla dejó el hotel para trasladarse al pequeño departamento de su hermana. Sus padres habían regresado a Cartes esa misma mañana, y ella, como bien le había recordado John la noche anterior, le había prometido a Dara que cuidaría de su hogar en su ausencia, así como de Toulouse, su gato siamés. No era algo que hubiera querido hacer, mucho menos tras los acontecimientos que venía viviendo, pero jamás había podido negarse a los pedidos de su hermana menor.

Y allí estaba ahora, sentada en el sillón, con los pies apoyados sobre la

mesa baja y con un papel que se mecía sin cesar en una de sus manos mientras que con la otra acariciaba el pelaje del pequeño felino acurrucado a su lado. Dara había jugado sucio, no le cabía dudas, las palabras impresas en tinta negra de su puño y letra en la hoja que no podía dejar de observar lo confirmaban.

Hermanita,

por una vez en tu vida, deja la razón de lado y actúa con el corazón.

Busca a aquel que lo ocupa.

Te quiero.

Dara

P.D.: Eso de buscar es un decir, ja,

ja. No tienes excusa, te dejo todos sus datos.

Sin poder evitarlo, una sonrisa se dibujó en su rostro y estaba segura que no se equivocaría al pensar que su reciente esposo había sido partícipe de la treta. Se mordió el labio inferior, la clínica estaba a pocas manzanas del apartamento, ese podría ser el primer lugar donde buscarlo.

—No es veterinario —dijo, mirando a Toulouse—, lástima, serías la excusa perfecta.

Dejó caer la cabeza en el respaldo y suspiró. «Vamos, Carla, no es tan complicado», pensó, pero todo lo que se le ocurría era muy descabellado, por no

decir estúpido. Resignada, se levantó para prepararse un café y al pasar junto al perchero se detuvo.

—Debo estar completamente loca, pero podría funcionar.

Julio comenzaba a sentir el cansancio en su cuerpo, llevaba más de 24 horas en la guardia, pero se negaba a dejar de hacerlo; al menos de esta manera mantenía su mente en otra parte y no en lo acontecido con Carla en la boda de su amigo. No obstante, sabía que debía tomarse un par de horas para recuperar fuerzas; la ausencia de Miguel en la

clínica implicaba trabajo extra, y debía estar lúcido si quería que todo siguiera funcionando como hasta ahora. Decidió que se quedaría hasta el mediodía y esperaría el momento mientras seguía atendiendo los casos de guardia, que, dado el clima que estaban sufriendo, eran bastantes; las deshidrataciones e insolaciones estaban a la orden del día, aunque no faltaban tampoco algunas fracturas o raros accidentes que, en muchos casos, terminaban en cirugía.

Se encontraba en un cubículo atendiendo a una señora mayor, que parecía tener la presión alta, cuando el barullo que se había armado fuera le llamó la atención. Como uno de los responsables de la clínica, perteneciente

a los Gallardo Ferrer, pidió disculpas y salió a ver qué ocurría. Sus ojos se abrieron de par en par, y sus manos se cerraron para formar dos tensos puños. Carla estaba vestida con el uniforme de paramédico, que supuso que era el de su hermana, y Ana, la jefa de enfermería la increpaba.

—¡Vergüenza le tendría que dar!
¡Dios, su palidez lo dice todo, mujer!
¡Hacerse pasar por paramédico! ¿A dónde quería llegar?

—Yo... —Carla apenas si pudo pronunciar algo. Su idea de entrar al hospital como si fuera paramédico no estaba mal y esperaba no encontrarse con nadie en su camino, pero la suerte

no había estado de su lado cuando la interceptaron para que ayudara con uno de los casos de guardia. En su vida había tratado con nada, lo más que había hecho era ponerse una tirita en algún que otro corte o raspón y mirar hacia otro lado cuando debía hacerse análisis clínicos y tenían que extraerle sangre. Sí, había sido una locura hacerse pasar por su hermana.

—¡La gente está cada vez más loca!

—Lo siento —Carla intentó disculparse, pero la enfermera la cogía con fuerza por el brazo mientras llamaba a la gente de seguridad—. Puedo explicarlo.

—¡Y claro que lo hará! Pero no será a mí, no, señor.

Julio respiró profundamente antes de tomar cartas en el asunto.

—Yo me encargo, Ana —le habló a la vez que se acercaba.

—Doctor Montalvo. —La mujer pareció aliviada al verlo, observó a la joven y entrecerró los ojos. Lo miró de forma interrogativa, y él asintió—. Julio —lo nombró con precaución, pero él la acalló.

—Puedo controlarlo —tras decir esas palabras, fue él quien cogió a Carla por el brazo y la hizo avanzar a su lado y en silencio hasta una habitación desocupada.

—Tienes suerte de que la jefa de enfermería no tuviera sus lentes puestos

para leer tu apellido en el uniforme —le dijo tras entrar y soltarla como si le quemara, cosa que así era, pese a la tela que cubría su brazo.

—Necesitaba hablar contigo —pronunció ella.

Julio hizo caso omiso a sus palabras y siguió amonestándola por su acto.

—¿Sabes que esto podría perjudicar no solo a tu hermana, sino a la clínica? ¿En qué estabas pensando, Carla? —Se pasó las manos por el pelo, con frustración.

—Julio —lo llamó ella con cierto reproche en el tono de su voz—. Lo que pasó la otra noche...

—Ya no tiene importancia —la cortó—. Solo... —suspiró—, vete, Carla, y

déjame seguir con mi vida como tú lo hiciste con la tuya.

—Escúchame, por favor, Julio.

—¡No! —gritó—. Vi y oí más de lo que puedo soportar. —Se acercó a la puerta—. Sal por tus propios medios y no regreses, o me obligarás a que la seguridad lo haga por su cuenta, y te puedo asegurar que no serán benevolentes en tal caso. —Sin más, la dejó sola.

Capítulo 15

—¿Una negativa y ya te das por vencida, *honey*? —John, sentado en el borde de

la cama mientras ella preparaba las maletas, intentaba hacerla entrar en razón.

—Hablar con una pared sería más fácil. No quiere escucharme, John.

—Tienes su móvil, ¿cierto? —Ella asintió—. Escríbele un mensaje.

Carla sopesó la idea, pero la descartó segundos después, no iba a servir de nada.

—¿Crees que lo leerá?

—Con probar no pierdes nada. —Le tendió el aparato, y ella lo cogió a regañadientes.

—No sé qué decirle.

—La verdad.

Carla observó la pantalla por unos minutos. Había guardado su número en

la agenda, pero no se animó a enviarle nada.

—Todavía no inventaron la transmisión por pensamiento, *honey*, con solo mirarlo no lograrás mucho.

—Es que...

John le arrebató el móvil y decidió por ella. Lo vio deslizar los dedos, detenerse un instante y volver a entregárselo.

—Tienes razón, no es fácil —le dijo. Carla suspiró resignada.

—Ya está, John. Seguiré como lo hice antes.

—Y cuando vuelvan a encontrarse, ¿qué harás? De más está que te recuerde que tu hermana acaba de contraer

matrimonio con su mejor amigo.

—Algo se me ocurrirá. Somos adultos, podremos manejarlo.

—Si tú lo dices... ¿Hablaste con Dara? —cambió él de tema.

—No. —Dejó de guardar la ropa en la maleta y se sentó junto a John—. Pero no hay nada que deba decirle. ¡La muy pícara! —exclamó.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

Carla se recostó sobre el colchón, llevó las manos hacia su pelo y se masajeó la cabeza.

—Que Dara hizo de las suyas.

—Sigo sin comprender, *honey*.

—Verás, ¿recuerdas que me rogó para que me quedara en su apartamento porque no tenía quién le cuidara a

Toulouse? —Él asintió—. Me mintió. Ayer me crucé con su vecina y me entregó una bolsa de comida. Sin entender, le pregunté por qué. Me dijo que ella iba a quedarse con el minino en su ausencia y que como no fue así, de nada le servía que la tuviera. Ahora se la devolveré, le dejaré al gatito y listo. Le mandaré un simple mensaje a Dara, y nada más.

—¿Y qué harás con las llaves?

—Se la puedo dar a la vecina también, o al portero.

—¿Y son de confianza?

—Supongo que sí, lleva cinco años viviendo aquí.

—¿No sería mejor que las dejaras en

la clínica, a Julio?

—No, John —dijo tajante.

—Pero sería lo más correcto.

Carla se levantó y lo observó, estaba serio y suponía que sus palabras llevaban toda la razón. Suspiró.

—¿Qué tal si vas tú? —le sonrió con picardía.

—Ni hablar. Estoy seguro que en cuanto me vea, recibiré un golpe.

—¡John! —lo amonestó.

—¿Qué? ¿Te olvidas de todas las miradas fulminantes que recibí por su parte?

—¿Acaso no sabes defenderte? —lo desafió.

—Claro que sí, *honey*, pero lo hago por él, soy un muy buen boxeador. —

John se puso de pie y con las manos cerradas en puños, comenzó a mover los brazos hacia adelante como si realmente estuviera dando golpes.

—No es gracioso, John. —Se levantó ella también y siguió con su maleta.

—Te puedo acompañar si quieres, pero me quedo fuera.

—Ya, olvídalo —dijo—. Las llevaré antes de ir al aeropuerto.

—Está bien. Bueno, debo irme ya. Al venir hacia aquí, vi una tienda de antigüedades. Tal vez consiga algo bonito para mi madre, ya sabes que le encantan esas chucherías.

—¿Vuelves para cenar?

—*Of course*[\[7\]](#), no me perdería una

cena preparada por ti.

—Zalamero.

John le dio un fugaz beso en los labios y salió. Mientras descendía en el ascensor, sacó el móvil de su bolsillo y verificó que los datos del doctor Montalvo le hubieran llegado bien. Cuando le quitó el aparato a Carla, ya tenía pensado lo que iba a hacer, por eso, se auto envió el contacto a través de *whatsapp* y eliminó la evidencia un segundo después de que la recibiera; sabía que así había sido por la vibración que sintió. Sonrió, satisfecho, conocía demasiado a Carla como para saber que no solo había guardado su número telefónico, sino también su dirección. Detuvo un taxi en cuanto dejó el edificio

y le indicó su destino al conductor. No estaba seguro si lo iba a encontrar, pero prefería comenzar por su lugar de trabajo antes que ir directo a su hogar.

Al llegar, respiró profundamente. No era un cobarde, pero tenía que reconocer que Julio parecía un hueso duro de roer. Las miradas que le dedicó bien podrían haberlo matado en el acto de ser posible. Sin embargo, mal que le pesara, tenía que dejarle una cosa en claro: si seguía siendo tan necio, terminaría por perder completamente a Carla, y mal que le pesara verla con él, deseaba, por sobre todo, que ella fuera feliz. Se acercó a la recepción y preguntó por él.

—¿Quién lo busca? —indagó la

mujer detrás del mostrador, quien no apartó la vista del ordenador ni dejó de mover sus dedos sobre el teclado.

John chascó la lengua. «Piensa rápido, John», se dijo.

—Soy el doctor... Perkins... cardiólogo —carraspeó—. De Londres.

La mujer levantó la cabeza, se acomodó las gafas sobre el puente de la nariz y lo miró detenidamente como si le estuviera sacando una radiografía.

—Tiene suerte, el doctor Montalvo todavía no se ha retirado. La última puerta a la derecha por aquel pasillo. — Le indicó con el índice por dónde debía ir.

John le agradeció y se encaminó hacia allí. Apenas golpeó con sus

nudillos al llegar y esperó una respuesta. Escuchó un seco «adelante» y abrió despacio; sabía que no iba a ser bienvenido.

Julio no esperaba recibir a nadie. Desde el altercado con Carla, se había encerrado en su oficina y desistió de salir. Tenía los ánimos por el piso, estaba cansado y su humor iba de mal en peor. Rogaba que quien había tocado a la puerta no fuera una de las enfermeras para decirle que tenían algún problema, pues no estaba seguro de poder solucionarlo en el estado en el que se encontraba. Levantó la cabeza de sus manos, donde había estado reposando, para ver a quién menos hubiera

esperado tener enfrente.

—Antes de que digas nada, te pido tan solo un minuto.

John le habló con calma y con ese acento que lo identificaba como inglés, y Julio sintió que los celos volvían a recorrerle el cuerpo al recordar todas las imágenes de este junto a Carla. Con rabia, se puso de pie y apoyó las manos sobre el escritorio.

—No le di esa oportunidad a Carla y tampoco te la voy a dar a ti. Sal de mi oficina, ahora. —Intentó que su voz mostrara el mismo sosiego, pero no fue así, la última palabra la expresó en un tono más alto.

—¿Sabes? Pensé que eras más inteligente.

—¿Quién te crees que eres?

—Aquel que desea ver feliz a Carla.

—¿Y para eso te tomaste la molestia de venir hasta aquí? ¿Para echarme en cara lo feliz que es ella a tu lado?

—No. Para decirte que no lo es si no es contigo.

—Vete a decir sandeces a otra parte. No soy ciego.

—Escúchame, Julio. Intenté ser algo más que un amigo, pero luchar contra su corazón cuando tú eres su dueño es imposible.

—Los actos hablan por sí solos — objetó.

—Los míos. No juzgues los de ella, solo yo soy culpable de lo que te hayas

podido imaginar que hay entre los dos. Es cierto que hubo algo, pero ya nada queda de ello más que solo amistad.

—¿Me crees idiota?

—Si la dejas ir, no te quepa la menor duda que sí. Mañana regresa a Santander. También yo me marcho, aunque a mi país. Sin embargo, mis obligaciones me harán volver junto a ella, y puedo asegurarte que si la encuentro sola al llegar, no vacilaré en hacer lo imposible por que esté a mi lado nuevamente, y ya no como amigo.

—¿Es una amenaza, acaso?

—Tan solo, una advertencia, doctor.
—John se giró para salir, pero antes de hacerlo agregó—: Sé hacerme a un lado, pero también, luchar por lo que quiero.

Y Carla es parte de ese *quiero*, te guste o no.

Julio se quedó observando la puerta tras salir John. Sentía que la sangre hervía en su interior y que en cualquier momento explotaría cual volcán a punto de hacer erupción. Golpeó el escritorio con el puño y maldijo en voz alta, no solo por todo lo que el inglés le había dicho, sino también por el dolor que se apoderó de sus nudillos aún sin curar. Se dejó caer en el sillón y cerró los ojos al mismo tiempo que llevaba las manos hacia su cabeza. ¿Realmente iba a dejar que Carla desapareciera de su vida otra vez? Respiró profundo y soltó el aire lentamente, intentando con ello calmar

todas y cada una de las emociones que recorrían su cuerpo en ese instante. No estaba seguro de lo que iba a hacer, pero sí que debía tomarse un tiempo para pensar en ello, por lo que se puso de pie, decidido a marcharse del hospital, ir a su apartamento y tomar un buen baño que lograra relajarlo por completo.

Capítulo 16

Carla miró el sobre en su mano y suspiró. Tenía que tomar valor una vez más para seguir adelante. Rogaba no cruzarse con Julio cuando fuera a dejar las llaves del apartamento de Dara en la clínica. Ya había tenido demasiados

encuentros con él, como para tener uno más y llevarse un nuevo disgusto consigo de regreso a Santander.

—Con observarlo no se va a teletransportar —pronunció John a su lado en el taxi que la llevaría hasta el aeropuerto.

—Lo sé —le respondió con cierta melancolía en la voz.

—Ve, *honey*, no lo demores más, o no llegaremos a tiempo.

Carla respiró profundo, le dio un beso en la mejilla a John y salió del coche para dirigirse hasta la clínica. Ni bien puso un pie en el interior, recordó el episodio del día anterior y deseó no encontrarse con nadie que lo hubiera

presenciado. Sin embargo, como parecía sucederle allí en Madrid, la suerte no estuvo de su lado, y la misma mujer que la había pillado la miró con los ojos entrecerrados y por encima de las gafas que descansaban sobre su nariz.

—¿Usted otra vez por aquí?

—Yo... —Carla tragó saliva y se aclaró la garganta—. Lamento el altercado de ayer, no era mi intención incomodar a nadie, solo quería... —se silenció, bajó la vista al sobre en su mano y se limitó a decirle la razón por la que se encontraba allí—. ¿Conoce al doctor Gallardo Ferrer? —le preguntó, y al instante se amonestó. Era más que lógico que debía saber quién era, y el gesto en el rostro de la mujer se lo

confirmaba—. Lo siento, yo... —Soltó el aire que había estado conteniendo—. Esto es para él. —Estiró la mano—. Bueno, en realidad... como él no está... —balbuceó—, para su colega, el doctor... Montalvo. Soy la hermana de Dara Ortega.

—Sí, lo sé, Carla Ortega —pronunció la mujer a la vez que se acomodaba mejor los lentes—. La recuerdo, y no solo por lo de ayer. También asistí a la boda de su hermana y de Miguel. —La observó detenidamente y apenas movió sus labios en un gesto que Carla no supo interpretar.

—Si es tan amable de entregárselo,

por favor.

—Cuenta con ello.

—Gracias. —Estaba por girarse cuando ella la detuvo con una pregunta que la confundió.

—¿Al menos consiguió lo que buscaba?

Carla se mordió el labio inferior, la miró a los ojos y negó con la cabeza.

—No, pero supongo que ya no tiene importancia —dijo con nostalgia, volvió a agradecerle y se despidió.

—Ni se te ocurra decir una palabra, Ana —pronunció Julio en cuanto Carla se perdió tras la puerta. La había visto entrar, pero no se atrevió a hacerle frente. Lo poco que se había podido relajar, así como descansar, no fue

suficiente para aclarar todas las dudas e incertidumbres que aún poblaban su mente.

—«No hay peor ciego que el que no quiere ver» —parafraseó la mujer.

—Sigue doliendo, Ana —dijo con pesar.

—¿Hasta cuándo, Julio? Tienes la oportunidad de estar de nuevo junto a ella, y ahora eres tú quien le da la espalda. ¿A qué esperas? ¿A que ese falso médico te la quite definitivamente? —Hizo alusión al joven que se había acercado a preguntar por él la tarde anterior. No tuvo que pensar mucho para darse cuenta de quién se trataba en realidad.

Julio observó a la mujer que le hablaba. Conocía a Ana desde que había comenzado a hacer sus prácticas hospitalarias. Ya rondaba los sesenta años, con un cuerpo algo rollizo y el pelo entrecano que no dejaba teñirse, ya que decía que cada cabello blanco en su cabeza significaba el esfuerzo y los logros que la habían llevado a ser lo que era: la jefa de enfermeras más respetada y cuidada en toda la clínica. Sin embargo, mientras todos la veían como una mujer rígida y algo hosca, él encontró en ella el hombro que necesitaba para llorar su pena, esa que no deseaba contarle a nadie, pues sabía que no lo entenderían o se burlarían de

él. El amor que nunca había dejado de sentir por Carla no era novedad para Ana, y sus palabras, como en tantas otras ocasiones, lo ayudaron a comprender lo que, por necio, no quería reconocer.

—Solo tú puedes hacer que esa cicatriz que tienes en tu corazón sane para siempre. No la dejes ir, cariño, o te arrepentirás por el resto de tu vida y más.

Julio la abrazó afectuosamente y le dio dos besos, uno en cada mejilla.

—Haré algo mejor. —Le guiñó un ojo con picardía y con una enorme sonrisa en su rostro, pues ya tenía pensado qué hacer para recuperar a Carla—. Sé que te complicaré más, pero

estoy seguro de que te encargarás de todo en mi ausencia. Eres la mejor.

—Ya lo creo que sí —concluyó la mujer, con orgullo, mientras veía como Julio se alejaba. Sonrió, deseando que por fin él pudiera cerrar una historia que lo tenía a mal traer desde hacía diez largos años.

Desde que llegaron al aeropuerto, Carla notó que su amigo no dejaba de observar hacia todos lados como si estuviera buscando algo. Eso, sumado a su poco habitual silencio, llamó su atención. Podía entender que le diera su espacio,

pero su falta de palabras, más que nada de consuelo en esos momentos, la estaba preocupando.

—John, te conozco lo suficiente como para saber que algo te tiene demasiado inquieto —le dijo al tiempo que se detenía frente a él y lo miraba a los ojos—. Y no me digas que no es nada. —Lo señaló con el dedo índice.

—Es... bueno... todo lo que sucedió en estas semanas, *honey*. No puedo evitar pensar que regresas sola a Santander. ¿Por qué no te vienes conmigo? —Le sonrió con picardía.

—Ya lo hablamos, John. No voy a cambiar de opinión. Aunque duela, aunque no haya conseguido el perdón de Julio, debo seguir adelante. Lo hice una

vez, puedo volver a hacerlo.

—No es lo mismo.

—¿Dónde está la diferencia? —le preguntó, un tanto molesta por tener esa conversación otra vez.

—Tú lo dejaste la primera vez, y ahora es él quien lo hace contigo cuando ni siquiera quiso escucharte, cuando tampoco mis palabras parecieron surtir efecto.

Carla abrió grande los ojos.

—¿Cuándo hablaste con él?

John se encogió de hombros, pero no dejó de mirarla.

—Después de la decisión que tomaste de regresar a Santander. Saqué los datos de tu móvil.

—¿Por qué?

—Porque no puede ser tan estúpido como para perderte otra vez, pero veo que así es, pues no está aquí para impedir que te vayas —dijo con amargura y cierta rabia en su tono de voz, no solo por él, sino también por lo que sabía que ella sentía por Julio—. Enfádate conmigo si quieres, *honey*, pero creí que era lo correcto.

Carla no pronunció ni una palabra, de todas formas, el nudo que se le había formado en la garganta tampoco la hubiera dejado. Volvía a sentirse como en aquella tarde lluviosa en que dejó Cartes, solo que en esta oportunidad no había nadie que la observara a lo lejos

ni una nueva vida por comenzar, simplemente, continuar con la que ya tenía y encerrar, una vez más, lo que su corazón sentía. Pestañeó para evitar que las lágrimas surcaran sus mejillas y respiró hondo. Sacó de su cartera los papeles del vuelo y cogió la maleta que descansaba a su lado.

—No vemos en un par de semanas. Dale saludos a tu familia de mi parte. Y cuídate. —Besó a John en cada mejilla y le dio la espalda.

—Carla... —la nombró él.

Ella detuvo sus pasos por un instante.

—Olvídalo, John. Ya no importa —murmuró y se alejó aprisa antes de que él pudiera decir algo más.

Unos días después...

—Mamá, ¿es necesario que te acompañe? —preguntó Carla mientras terminaba de decorar unos pasteles que acababa de hornear su madre. Desde que había dejado su profesión, parecía ser que la cocina era su nuevo pasatiempo. Tenía que reconocer que se le daba muy bien, y que sus exquisiteces ya eran conocidas en todo Cartes. Tanto era así que ya tenía una pequeña clientela que clamaba por ellas. Y justamente, en ese momento, debía hacer una entrega.

—Pues sí, cielo, no puedo cargar yo sola con todo esto —señaló la mesa cubierta de variadas delicias—. Estrella

espera tener los pasteles antes de que lleguen sus nietos. Solo será un momento, y luego podrás volver a meterte de lleno con tus tareas del instituto.

No era precisamente esa la razón por la que no deseaba acompañar a su madre, pero no dijo nada al respecto. Tal vez era una casualidad, o el destino que no dejaba de jugarle malas pasadas desde que había estado en Madrid, pero la casita donde se hospedaba Estrella estaba situada en la calle Camino Real. Hacía demasiado tiempo que no recorría esa zona, pues los recuerdos que abordan su mente cuando lo hacía la desarmaban por completo. Cada vez que visitaba a sus padres desde que se había

marchado a Santander, evitaba pasar por allí. Sin embargo, esa tarde, no tenía otra opción más que ayudar a su madre. En silencio, terminó de acomodar unos pasteles en su caja correspondiente, la cerró y la cogió en sus manos para llevarla hasta el coche aparcado en la entrada.

Yolanda miraba a su hija de soslayo mientras conducía. Parecía perdida en la vista que le ofrecía el paisaje, pero ella bien sabía que no era así. Estaba segura que Carla tenía la mente puesta en los acontecimientos ocurridos hacía ya largos diez años, y que se habían intensificado con la visita a Madrid y con el encuentro con Julio.

Interiormente, sonrió, la llamada que había recibido el día anterior era la razón de ello; solo esperaba que todo saliera acorde al plan trazado. Detuvo el vehículo en una zona permitida, se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la puerta para descender. Cogió algunos paquetes de la parte trasera y se dispuso a acercarse hasta la numeración correspondiente al hogar de Estrella mientras Carla hacía lo mismo y la seguía.

—No es necesario que te quedes conmigo en cuanto dejemos los pasteles, cielo. Ya conoces a Estrella, se pondrá a contarme todas las andanzas de sus nietos, y no quiero que te aburras mientras lo hace.

Justo en ese momento, y antes de que Carla pudiera responderle a su madre, una señora ya entrada en años las recibía con una gran sonrisa en su rostro. Llevaba un vestido floreado debajo de un delantal en tono beige que estaba manchado con lo que, supuso, era tierra y por el que colgaban del bolsillo unos guantes de jardinería. El pelo, completamente cano, apenas se asomaba bajo el sombrero de paja que cubría su cabeza.

—Yolanda querida —saludó efusivamente a su progenitora—, me alegra verte de nuevo, y más si vienes cargada con esas delicias. Pasa, pasa —le dijo.

—Buenas tardes, Estrella. Vine con mi hija mayor, Carla.

La mujer reparó en ella, levantó la cabeza y abrió grande los ojos para verla mejor.

—Vaya, que ya es toda una mujer —pronunció con sorpresa—. Te recuerdo bien, niña. —Con un dedo, apenas le rozó la nariz—. Llevabas gafas de montura roja, tu cabello siempre atado en una coleta alta y muchos libros entre tus manos. Recuerdo que en más de una ocasión te tenían que llamar la atención por andar caminando con la cabeza metida en ellos.

Carla se sonrojó, aunque sabía que era cierto lo que la mujer decía.

—Sigues igual de delgada que en aquel entonces —acotó la anciana al tiempo que negaba con la cabeza—. La juventud de hoy en día... —Suspiró con suficiencia.

—Por eso tú alimentas a tus nietos con muchas calorías —apuntilló Yolanda para que el bochorno que Carla sentía en ese momento no fuera en aumento.

—Pues claro que sí —festejó Estrella—. Pasad, pasad —repitió.

—Carla no entrará, tiene que hacerme otro recado —dijo su madre mientras la miraba y le guiñaba un ojo—. Me avisas cuando acabes y te paso a buscar, ¿sí, cielo?

Carla asintió con la cabeza, le entregó los paquetes a la anciana y se quedó estática frente a la puerta mientras las mujeres entraban y veía como esta se cerraba. «¿Y ahora qué?», se preguntó. Giró sobre sí misma, miró a ambos lados de la calle y avanzó adondequiera que sus pies la llevaran. No quería pensar, estar allí le provocaba volver a tener sentimientos encontrados, y más aún después de las últimas palabras que le dijera John en el aeropuerto.

Sin ser consciente, sus pasos la guiaron al mismo punto donde había tenido una noche mágica junto a Julio. Se quedó observando la fachada del edificio. La puerta de madera oscura se

vislumbraba a menos de un metro de la arcada de piedra en tonos marrones claros. Una hilera de macetas con verdes plantas formaba un camino a uno y otro lado de esta, y coloridas flores se dejaban entrever en los balcones, mientras que algunas otras parecían querer trepar por las paredes. Los faroles, con su clásico estilo antiguo, de cuatro lados en vidrio y negro metal, aún estaban apagados, aunque intuía que no tardarían mucho en ser encendidos, ya que la tarde comenzaba a hacer su presencia poco a poco. Cerró los ojos por un momento e intentó que las lágrimas y los recuerdos no la asaltaran, pero fue en vano. Muchas imágenes pasaron por su mente y gotas cristalinas

bañaron sus mejillas. Llevó allí su mano y apenas las secó.

—¿Cómo pretendo que me perdones, Julio —sollozó—, cuando ni yo misma puedo hacerlo?

—Deberías, Carla, pues yo ya lo hice.

Capítulo 17

Los nervios lo estaban matando como nunca antes mientras, escondido en una galería, esperaba a que Carla apareciera. Desde la última vez que la había visto, las horas se convirtieron en una maratón por dejar la clínica, pasar por su apartamento y hacer una pequeña

maleta, interrumpir a Miguel con una llamada en medio de su luna de miel y tomar el vuelo que lo dejaría lo más cerca posible de la mujer que nunca había podido olvidar y que seguía amando pese a todo.

Sus padres se extrañaron cuando lo vieron entrar en la casa donde había vivido durante su adolescencia, pues desde que se había instalado en Madrid, eran ellos los que solían visitarlo. Su único interés, por aquel entonces, de regresar a Cartes, ya no se encontraba allí, y desde que había decidido encerrar sus sentimientos, tampoco quería volver. Los recuerdos fueron muy crueles en su andar diario, y más en la tierra donde los padeció. Sin embargo,

ahora tocaba regresar y luchar por aquello que no había podido tener entonces.

Entre risas y festejos por parte de Dara, esta le pasó los datos que necesitaba saber. Con algo de duda, pero decidido a darlo todo, telefoneó a la casa Ortega. Fue Nora, la madre de las hermanas, quien lo atendió. Para su suerte, la mujer fue muy comprensiva y lo ayudó a idear un plan de reencontrarse con Carla. Y esa era la razón por la cual él se encontraba a la espera de que ella apareciera, aunque parecía que el tiempo se había detenido, pues cada vez que miraba su reloj, parecía que el minuterero se había

quedado clavado en el mismo número.

Tamborileaba los dedos sobre la pared de forma frenética; si tenía que esperar por más tiempo, se iba a desquiciar. Cerró los ojos e hizo una inspiración profunda. Debía calmarse. Cuando volvió a abrirlos, retuvo el aire que estaba por exhalar y lo soltó lentamente mientras no dejaba de observar cada paso de Carla, sus gestos, sus movimientos, todo en ella. La vio mirar la fachada del edificio, aquel que pertenecía a su familia desde tiempos remotos, aquel donde había pasado la mejor noche de su vida. El que ella llevara su mano hacia su sonrosada mejilla para secarse las lágrimas, que estaba seguro que había derramado, le

indicó que ella también recordaba todo lo sucedido allí, y, sigiloso, salió de su escondite y se acercó despacio. Las palabras que Carla expresó en ese instante lo golpearon, pues si no hubiera sido tan necio, ella no tendría que estar, ahora, lamentándose por un perdón que él ya le había dado hacía mucho, ni tampoco hacerlo por sí misma. Decidido a liberarla de ese sufrimiento, pronunció las que así lo harían.

Carla se sorprendió al escuchar aquellos vocablos, pero más lo hizo al saber que la voz que los había pronunciado pertenecía al único hombre que había amado en toda su vida. Cerró los ojos, ¿realmente él estaba allí o era

producto de su imaginación?

—Carla.

Oyó que la llamaba, pero tenía miedo de girar y que todo fuera tan solo un sueño, uno más de los que venía teniendo desde su estancia en Madrid. No fue hasta que sintió una caricia en su rostro que los abrió para encontrarse con los de Julio.

—Estás aquí —dijo en un susurro apenas perceptible, como si con ello reivindicara que verdaderamente no era una ilusión.

—Y seguiré si tú así me lo permites.

—Perdóname, Julio, fui... —Los dedos de él sobre sus labios acallaron lo que estaba por decir.

—Yo fui tan culpable como tú al no

luchar por lo nuestro. Me dejé llevar por lo que escribiste, por esas palabras que marcaron mi corazón, pero que también me guiaron hacia el camino que me haría volver a ti. No hay perdón que nos debamos, sino una vida para estar juntos. Te amo, Carla, siempre lo hice y nunca voy a dejar de hacerlo.

Carla no supo qué responder, mas tampoco pudo, las mariposas en su estómago despertaron del letargo en el que las había recluso y recorrieron su cuerpo haciéndola reaccionar de la única manera posible que tenía para expresar lo que ella también sentía por él: acercándose más y fundiendo sus labios con la boca de Julio en un beso

que desató la pasión que por años había contenido.

Julio se sentía en el paraíso. Por fin Carla volvía a estar en sus brazos, por fin volvería a ser suya. Rodeó su cintura y la pegó más a su cuerpo, necesitaba todo de ella, hacerla sentir cuánto la había extrañado, cuánto deseaba rozar de nuevo su piel desnuda, que supiera que ansiaba con fervor volver a estar en su interior. La calidez de sus labios lo estaba embriagando a tal punto que de no ser por el silbido que oyó de unos jóvenes que pasaron cerca, la habría tomado allí mismo. Apenas separándose de ella, con la respiración agitada y los ojos vidriosos y destellantes de deseo, soltó una pequeña carcajada algo ronca.

—Será mejor que no demos un espectáculo aquí mismo. Ven —le ofreció la mano como en aquella oportunidad, y Carla la cogió sin dudar.

Se apresuraron a subir la escalera, aunque sin poder evitar besarse nuevamente en cada descanso. Cada uno ansiaba entregarle al otro todo lo que no había podido dar en los años en que estuvieron separados. Julio la arrinconó contra la puerta en cuanto llegaron; su boca no podía dejar de besarla, necesitaba de ella como una flor lo hace con el agua, como el rayo sigue al trueno o como las estrellas acompañan a la luna. Buscó las llaves en el bolsillo de su pantalón y abrió tan raudo como sus

manos se lo permitieron. Sin soltarla, cerró con la ayuda de su pie y la llevó directo a la habitación, hacia la cama que una vez compartieron. La dejó caer de espalda para colocarse encima de ella y desvestirla. El corazón de Carla latía desbocado, podía sentirlo bajo su palma mientras le levantaba la camisola que llevaba puesta y se la sacaba por la cabeza. Y el suyo le seguía el ritmo, más aún al comprobar que no llevaba sostén.

—¡Dios, eres todavía más bella de lo que recordaba! —gimió a la vez que acariciaba su torso hasta llegar al cierre de esos pantaloncillos cortos que tenía puestos y que le conferían unas piernas estilizadas y apenas bronceadas. Los días en Madrid ya lo había notado, sin

embargo, en cada ocasión en que la vio, su vestuario siempre había sido más bien formal que cómodo. Tiró de ellos y la despojó también de las sandalias que aún tenía puestas. Aprovechó ese momento para deshacerse de su propia ropa, bajo la atenta mirada de la mujer que no dejaba de enloquecerlo y a la que tan solo le debía quitar una prenda para dejarla tan desnuda como él se encontraba.

—¡Mi madre! —exclamó Carla de repente.

Julio dejó escapar una carcajada, sabía que se refería a Yolanda, pero no pudo evitar reír por la exclamación.

—No te preocupes por ella. —Sus

manos se deslizaron por las delgadas piernas de Carla hasta llegar al borde de las bragas. Carla emitió un gemido e, instintivamente, levantó la cadera para ayudarlo a retirarle esa molesta prenda —. En este momento ya debe estar de vuelta y segura de que esta noche no regresarás a casa.

Carla entrecerró los ojos, y él le sonrió con picardía.

—Te explicaré todo más tarde, ahora solo necesito recuperar el tiempo perdido y demostrarte cuánto y cómo te amo, Carla. —Se apoderó de su boca antes de que pudiera decir algo y la hizo suya; suya para siempre.

Los rayos de sol sobre su rostro hicieron que Julio se lo tapara con la almohada.

—Resultaste ser un dormilón. —La armoniosa voz de Carla cosquilleó en sus oídos.

Se desperezó estirando los brazos por lo alto de su cabeza y sonrió pletórico cuando sintió unas caricias sobre su pecho desnudo.

—Creo que aún estoy soñando —dijo—. ¿Eres real o es que todavía no desperté? —Se descubrió la cara y buscó la mirada de Carla. Ella respondió levantando la cabeza y clavando sus ojos en los suyos.

—Tan real como esto —respondió

ella a la vez que se acercaba y rozaba sus labios con los suyos.

Julio la envolvió e intensificó el beso.

—Temía abrir los ojos... —susurró sobre su boca.

—Ya nada ni nadie podrá separarme de ti. Te amo, Julio, siempre lo hice, aunque fui muy terca para reconocerlo. —Se acurrucó sobre su hombro, y él la rodeó con el brazo—. Fui una tonta...

—Shhh. Deja de recriminártelo. Estamos juntos, y ahora eso es lo importante. —Le acarició la piel justo sobre la curvatura de su cintura—. Y, en parte, se lo debo a tu madre.

—¿Por qué lo dices?

—Cuando dejé Madrid, lo hice con

una única meta: buscarte en Santander. Obtuve un par de maldiciones por parte de Miguel al interrumpirlo en su luna de miel. —Sonrió—. Pero tu hermana es una mujer muy intuitiva, y risueña, por cierto. Necesitaba saber tu dirección allí, y ella me facilitó todos tus datos, incluso los de tus padres, aunque estos yo no los había olvidado.

—Lo mismo hizo conmigo respecto a ti. —Se mordió el labio inferior y escondió la cara entre las manos.

Julio obvió el comentario; aunque le dolió que Carla ni siquiera lo hubiera intentado por otros medios más que el que utilizó para hablarle, ya no valía la pena recriminárselo, por lo que siguió

hablando:

—Ni bien bajé del avión, fui directo a tu apartamento, para encontrarme con que el sonido del timbre resonaba una y otra vez, pero nadie salía a abrirme. Pensé que habías ido a hacer algún recado, pero tras estar allí parado casi toda la tarde, comprendí que no te encontrabas en la ciudad.

—Suelo pasar algunas semanas con mis padres durante el receso del instituto.

—Ahora lo sé. —Suspiró—. Desesperado, corrí a coger el primer autobús que pasara o algún taxi que se detuviera; necesitaba ir a Cartes a como diera lugar. Estuve a punto de hacer dedo y hasta comenzar a andar a pie,

pero por suerte, un coche se apiadó de mí. El viaje fue tranquilo, aunque me pareció que tardaba una eternidad. Estaba anocheciendo y el paisaje se volvía difuso, pero, en mi mente, las imágenes de la *tierruca* que me vio nacer se sucedían unas tras otras como viejas fotografías guardadas en un álbum. Sus sierras, sus playas, la historia que, aún hoy, nos rodea... Tú vuelves cada verano, yo no lo hago desde que te vi marchar aquella tarde lluviosa en que cargaste las maletas en el coche y dejaste Cartes.

—Julio... —lo nombró ella ahogando un sollozo.

—Aquel día, empapado, llegué a mi

casa e hice la maleta lo más rápido que pude. Me inventé una excusa para decirle a mis padres y me marché a Madrid —continuó—. El apartamento que iba a habitar estaba igual que como se había quedado mi pecho: vacío. Esperaba no tener que ocuparlo, pues tenía la esperanza de no irme, o al menos no hacerlo hacia la capital. Pero, a veces, nuestros actos son muy diferentes a lo que verdaderamente queremos. Yo no quería relacionarme con nadie, era hosco en general, y solo me centraba en el estudio. Mis notas fueron de las mejores desde el principio, y el señor Gallardo Ferrer, profesor en la Universidad y dueño de la clínica en la que hoy soy socio junto a

Miguel, vio potencial en mí. Me acogió bajo su protección, y le debo mucho por haberme formado y convertido en el médico que soy.

—Querías ser pediatra —le recordó ella con tristeza en la voz.

—No. Como ya te lo había mencionado, me daba igual la especialidad. Creí que si te decía que quería atender a niños, ibas a entender lo que realmente deseaba, pero no fui del todo claro. Estupidez de adolescente, supongo.

El silencio los rodeó por unos instantes. Carla tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar, y las lágrimas hacía un buen rato que mojaban

sus mejillas y se esparcían sobre el hombro de Julio. Él, por su parte, sentía que debía contarle todo lo que había vivido, no para que ella se sintiera mal, sino porque necesitaba que lo supiera y así también poder desahogarse como solo una vez lo había hecho, junto a Ana.

—Mis padres se sorprendieron mucho al verme llegar, pues siempre fueron ellos los que me visitaban. La excusa del estudio es infalible. —Carla se removió a su lado, y él apenas esbozó una risa, ya que recordaba que eso era algo que ella solía decir a menudo—. Jamás imaginaron que mi exilio se debía a ti. Me juré que no regresaría a la ciudad, al menos si no era necesario hacerlo.

—¿Las palabras que te dijo John te hicieron volver? —se animó ella a preguntar.

Julio sintió que los celos se hacían presentes, pero logró controlarlos, al fin y al cabo, Carla estaba a su lado, y para más inri, desnuda. Sonrió.

—No solo lo que él me dijo. Ana, la jefa de enfermería, me hizo ver también cuán equivocado estuve.

—¿La mujer que me... descubrió?

Julio adoró el sonrojo en sus mejillas cuando movió la cabeza para verlo.

—La misma. Resultó ser el hombro que necesitaba para desahogar mis penas cuando yo no hacía más que casi vivir dentro de la clínica.

—Ahora entiendo la pregunta que me hizo.

—Fue allí cuando yo también lo hice. Y aquí me ves.

—¿Y dónde entra mi madre en todo esto?

Una carcajada surgió de sus labios, y Carla se irguió para verlo mejor.

—Al día siguiente a mi llegada, llamé a tu casa. Esperaba que fueras tú la que me atendiera y creí que así había sido, hasta que tu madre me sacó de mi error. Fue algo bochornoso haberle dicho a ella: «te amo, siempre lo hice y nunca dejé de hacerlo», pero por suerte me reconoció y me ayudó a estar junto a ti. Dudé de que su idea pudiera dar

resultado. Yo solo quería encontrarte lo antes posible y decirte esas palabras, pero me convenció de que iba a resultar. Y doy gracias al cielo de que así fue.

—Mi madre tiene un sexto sentido. Aunque sé que sus ancestros son todos españoles, creo que alguno se habrá colado desde tierras irlandesas para caer justo en ella.

La risa que ambos compartieron antes de volver a unir sus cuerpos fue como un eco que rebotó en la habitación; ecos del amor que una vez se profesaron y que nuevamente volvían a retumbar en sus corazones.

Epílogo

Las despedidas nunca se le habían dado bien, mucho lo había aprendido Carla. Y aunque John le dijo que todo estaba bien, que su felicidad era más importante, no podía evitar sentirse culpable por su partida. Él había resultado ser un gran amigo, aquel que lograba comprenderla y que estaba siempre dispuesto a brindarle su ayuda. Que volviera a su país natal le dolía, pero entendía su posición. Sabía que, para él, pese a lo dicho, no iba a ser nada fácil verla junto a Julio cada día.

Después del reencuentro, habían hablado sobre el futuro, y Julio había sido firme con su decisión. Hacía

tiempo que quería abrir su propia consulta, por lo que esa era la oportunidad para poder hacerlo, y qué mejor que en la ciudad en la que ella residía y trabajaba y que no distaba mucho de donde vivían sus respectivos padres. Además, tenía la ocasión para visitar el Hospital Universitario Marqués de Valdecilla, uno de los mejores en cardiología en Santander. Siempre que lo invitaban a ir allí, como le había comentado, él rechazaba la oferta porque no deseaba tener la posibilidad de encontrarse con ella.

Cuando Carla le contó a John, sintió que algo se quebraba en su interior, pues ella había pensado igual de sus viajes a Madrid, sin embargo, él la consoló con

su habitual encanto y algunas risas que logró sacarle con sus bromas.

—Me alegro que mis palabras hicieran eco en su cabeza —le había dicho—, porque estaba dispuesto a batirme a duelo con él si se atrevía a dejarte ir otra vez para querer recuperarte luego. Soy bueno en el boxeo, pero también con cualquier otra arma, ya sabes, es lo que tiene pertenecer a un linaje con historia.

—Disculpad mi imprudencia al olvidarlo, milord —le respondió ella con cierto deje de burla y cariño en su voz; conocía a la familia Huntington y estaba al tanto de los títulos que todavía mantenían algunos de ellos. John no era

la excepción, aunque intentaba mantenerse alejado de toda esa burocracia. Su postura era muy distinta a la de su estirpe, y aunque lo respetaban, algo raro en ese mundo, nunca faltaba alguna que otra recriminación.

—Ya te lo he dicho, *honey*, tu felicidad también es la mía. De todas formas, la vuelta a mi país era inevitable, debo atender los asuntos en los que se metió mi hermano. Me guste o no, es lo que estoy obligado a hacer.

Y allí estaba ahora, en el aeropuerto de Santander, despidiendo a su amigo. Julio la había acompañado, alegando que quería agradecerle. Ella no se negó, aunque intuía que no iba a estar muy feliz después de lo que haría, pero era

algo que le debía a John; ya sabía, de todos modos, cómo compensar su enojo.

—No es un adiós, *honey*. Seguiremos en contacto —le dijo John—, aunque no sea como el que me gustaría —pronunció solo para que ella lo escuchara y le guiñó un ojo con picardía.

—Eres un *Dandy* —lo amonestó, pero le sonrió—. Espero que puedas solucionar el tema con tu hermano lo antes posible.

—A veces parece que yo fuera el mayor de los dos. —Meneó la cabeza—. En fin, no te preocupes por ello, no estaré solo. —Se acercó para abrazarla, acababan de anunciar su vuelo.

Carla respondió apretándolo contra sí y antes de separarse, se mordió el labio inferior, se puso en puntillas de pie y depositó un tierno beso sobre sus labios para apartarse segundos después.

—*Honey*, ¿quieres que vuelva con un ojo morado, acaso? —Observó a Julio y lo vio apretar los puños a los costados de su cuerpo.

—Te lo debía, John —respondió ella con un tenue sonrojo en sus mejillas—, por todo lo que hiciste por mí, por los dos. Además, a él lo sabré recompensar. —Ahora fue ella la que le guiñó un ojo—. Buen viaje —le deseó—. Avísame al llegar.

—Gracias. Lo haré.

Carla lo vio alejarse mientras sentía que Julio se colocaba a su lado y le rodeaba la cintura de forma posesiva.

—No te enfades —susurró—. Tengo algo mucho mejor para ti. —Se giró entre sus brazos y lo besó con pasión.

John avanzó por el pasillo hasta llegar a la puerta de embarque y coger el avión que lo regresaría a su país. Llevaba tan solo un pequeño bolso consigo —todas sus pertenencias las había enviado con anterioridad— y lo depositó en el maletero antes de ubicarse en su asiento. Dejaba España con un sabor agrídulce,

pero feliz de ver a Carla tan emocionada por haber cerrado por fin su historia de amor. Miró por la ventanilla, todavía estaban en tierra; las dos horas y media de espera en la escala de su vuelo se le habían hecho eternas y todavía le quedaba otro tramo hasta estar en su ciudad. Apoyó la cabeza en el respaldo, cerró los ojos y suspiró. Los abrió a los pocos segundos debido a los improperios que escuchó a su lado. Su vista se quedó clavada en la cintura que apenas mostraba una piel blanca de una joven que, con los brazos en alto, empujaba un bulto sobre su cabeza.

—Cada vez los hacen más pequeños, ¡me cachis!

John la observó. Era delgada y

relativamente alta según lo que había podido notar estando de pie; su cara era más bien fina y alargada, con ojos marrones y unos claros y sonrosados labios bajo una nariz algo respingona. El cabello le caía lacio sobre sus hombros, en un color que no supo definir, pues no era castaño, pero tampoco rubio. Desvió la vista hacia adelante cuando el avión se puso en movimiento y sacó el libro que tenía pensado leer durante el trayecto, restándole importancia al alboroto.

—Señorita, ya estamos a punto de despegar, siéntese, por favor, yo me encargo —le habló la azafata, que acomodó en un santiamén la maleta de la

chica.

—Gracias —respondió ella y se sentó en el asiento libre a su izquierda.

John se sorprendió cuando la joven se inclinó hacia su lado para mirar por la ventanilla.

—¡Bien! —festejó—. Hora de una nueva aventura. ¡Ups! Perdón —le dijo cuando una de sus manos se apoyó sobre su rodilla para que evitara caer sobre él—. A veces olvido que no viajo sola. Digo, lo hago, bueno, en fin. —Volvió a su posición.

John se quedó mudo. El perfume de sus cabellos traspasó su sentido del olfato y le hizo erizar la piel. Era floral, pero también tenía algo más que no supo identificar.

—¿Viaje de negocios? —le preguntó, mirándolo a los ojos.

—No —dijo sencillamente. ¿Por qué lo habría creído así? No iba muy formal vestido como para que ella pensara eso. Frunció el ceño.

La chica hizo una mueca con sus labios a la vez que subía una de sus cejas y levantaba los hombros, en un gesto que le pareció de indiferencia, se colocaba los auriculares en sus oídos y apoyaba la cabeza sobre el respaldo del asiento mientras tarareaba una canción que él no conocía.

Suspiró una vez más e intentó concentrarse en la lectura, sin embargo, no le fue del todo posible; el

movimiento de las piernas de la mujer sentada a su lado lo distraían cada tanto. Cerró el libro, lo guardó y trató de dormir. El viaje no era largo, pero no le vendrían mal unas horas de sueño. Despertó cuando la voz de la azafata por el altavoz indicaba que ya estaban por aterrizar. Se desperezó lo más que pudo en el pequeño espacio que tenía. Bien podría haber viajado en primera clase, o incluso en un vuelo privado, pero eso solo le demostraría a sus padres lo que insistían en hacerle ver: que provenía de una familia pudiente de Londres y que no necesitaba trabajar como lo hacía para sobrevivir.

Volvió a sobresaltarse cuando, una vez más, la joven, que había olvidado

que estaba a su lado, se acercó a la ventanilla.

—Nubes —pronunció con cierto tono de enfado en su voz—. Parece que es cierto lo que dicen.

—¿Y qué es eso? —le preguntó de la misma manera. John amaba su país como para que alguien pusiera en tela de juicio su clima.

—Que tiene más días nublados que soleados —respondió ella, acomodándose de nuevo en su sitio y cruzándose de brazos.

—Te asombrarías de todas las cosas que el Reino Unido tiene para ofrecer, pese a su clima.

—¿Inglés?

—¿Tú que crees? —La miró, y ella hizo lo mismo. La vio llevarse una mano a la barbilla y entrecerrar los ojos como si lo estuviera estudiando.

—Ehmm... demasiado serio. Sí, sos inglés, definitivamente.

John apretó los dientes. ¿Quién se creía que era esa mujer para juzgarlo sin siquiera conocerlo? ¿Por qué pensaba que todos en su país eran iguales? Giró la cabeza hacia la ventanilla, ofendido.

—¡Me cachis! —la escuchó decir—. Lo hice otra vez. Soy un desastre.

—¿Me cachis? —repitió para hacerle entender que no la comprendía. La vio dudar, intuía que buscando una respuesta —. No eres española —afirmó más que

preguntó.

—Soy 100% carne argentina —le dijo con el orgullo pintado en su rostro.

—¿Perdón? —La miró con extrañeza, no por lo que había dicho, sino por cómo había presentado su nacionalidad.

—¿Argentina? ¿Continente americano? ¿Al sur? ¿Limítrofe con Uruguay, Brasil, Paraguay, Bolivia y Chile?

—No soy un ilustre en geografía, pero sé dónde queda —le dijo, molesto.

—Hey, lo siento. No fue mi intención ofenderte... dos veces. —Se encogió de hombros—. A veces no me doy cuenta de lo que digo. Soy Juliana López, argentina. —Le tendió la mano.

—John Huntington, inglés —le

correspondió al saludo, disimulando la sonrisa y el cosquilleo que sintió cuando ella sí lo hizo.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Soy argentina. Imagino que se preguntarán por qué hago la aclaración. Y la respuesta es sencilla (o eso creo). Primero, lo hago por cuestiones de modismo, para evitar el que luego digan que no se entiende lo que la autora dice o que deberían “traducirlo” al español (como si hablara un idioma distinto,

grrr).

Segundo, porque la historia tenía que ser ambientada en España. Mar y Yolanda no solo me prestaron un pedacito de sus tesoros, sino que me dejaron “entrar” en sus “tierrucas”, y más allá de las miles de preguntas que les hice, es posible que algo se me haya podido pasar en cuanto a la veracidad de todo lo que escribí al respecto.

Pido perdón si algo no es acorde a la realidad, y digo a mi favor que al ser esta historia una ficción, lo tomen como pequeñas libertades que me permití usar.

AGRADECIMIENTOS

Bueno, esta es la parte más difícil de escribir, pues es tanta la gente a la que debo dar las gracias, que espero que mis palabras no sean demasiado largas ni aburridas.

En primer lugar, aunque el libro esté dedicado a ellas, no puedo dejar de agradecerles a mis amigas en la distancia (pero muy en mi corazón), Mar y Yolanda, por ayudarme en todo, desde prestarme los nombres de sus tesoros, hasta aguantarme con miles de preguntas sobre sus lugares de residencia. ¡Gracias!

A Dacar Santana, mi loquilla amiga, que con sus mensajes de voz logra sacarme una sonrisa siempre.

A Kathia Iblis. Amiga, a ti, el alentarme constantemente y suspirar cuando te pasaba esos pedacitos de textos para ver qué opinabas.

A Julianne May. Que te pidan la historia de un personaje porque te enamoró, es algo que no se puede describir.

A Eliz, mi hermana pequeña, porque un poco de ella hay en la hermana de la protagonista.

A Bachu, mi prima, pero mi lectora cero. Gracias por marcarme esos detalles que yo no vi y que hicieron que la historia estuviera perfecta.

A Bárbara Padrón Santana, que me ayudó con el tema de la graduación y lo

que los chicos suelen hacer.

A mis compis del *whatsapp*, que también atosigué con alguna que otra pregunta sobre España. Alma Gulop, Noa Pascual, Encarni Arcoya, Lorena López Miguez, Nora Alzavar. (Y Gemita, aunque no sea de España, pero que también me dio palabras de aliento para seguir adelante).

A mis compis del Septiembre Romántico y Rioplatense, Marta D'Arguello, María Border (doble gracias para vos), Victoria Aihar, Estela Escudero, María Laura Gambero, Mariel Ruggieri, por esas charlas interminables y las palabras de aliento.

A toda la gente linda que siempre me dedica palabras de aliento en las

redes sociales y que comparte también mis cosillas.

A mi familia, que me permite pasar horas y horas escribiendo.

Y a ti, lector, que elegiste esta historia para que formara parte de tus lecturas.



[1] El último mes es el peor.

[2] Estoy de acuerdo contigo.

[3] Apelativo cariñoso: dulzura.

[4] Apelativo cariñoso: pequeña señorita.

[5] Apelativo cariñoso: querida.

[6] Lo sé.

[7] Por supuesto.